

El Ruedo



SEVILLA
1848 - 1948

NUMERO ESPECIAL

4
Plas.

JAAVEDRA



¡Lo mejor,
para el mejor!

Pampa

Coñac
Centenario

Terry





Dirección: MANUEL CASANOVA

El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

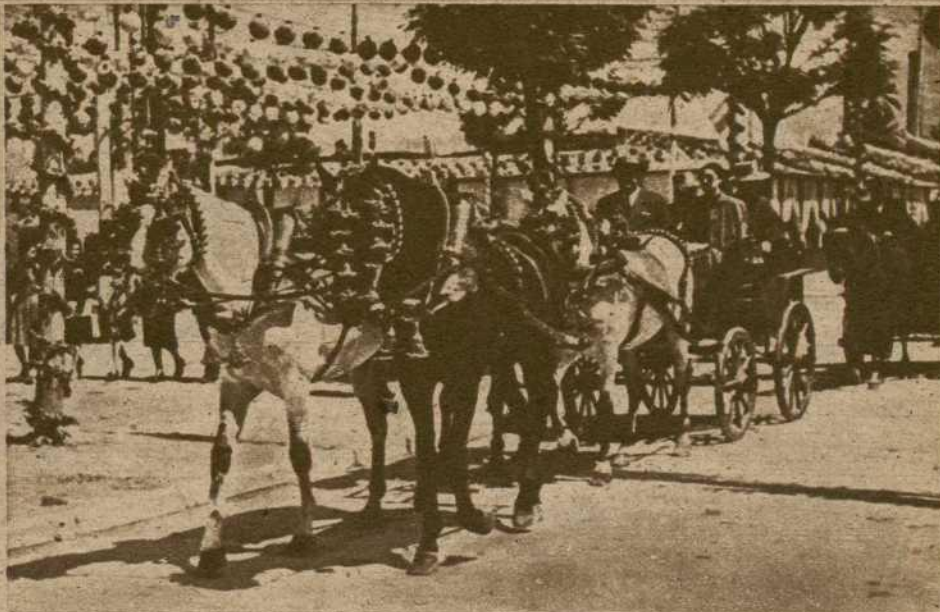
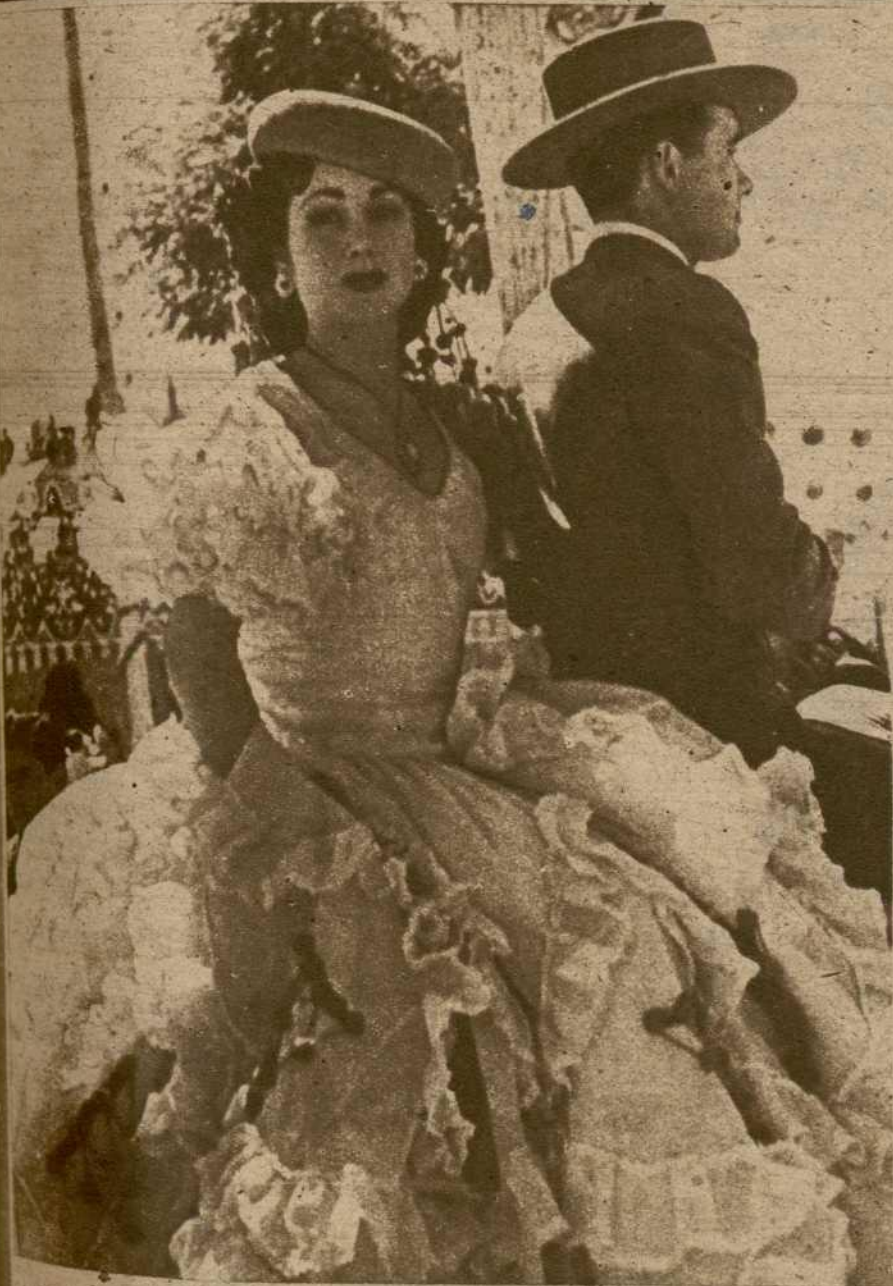
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28. — Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26. — Telef. 214460

Año V - Madrid, 15 de abril de 1948 - N.º 199

CATEGORIA Y SOLERA DE LA FERIA DE ABRIL EN SEVILLA



naderías de más fama y combinaciones de los toreros de la primera fila, van a colmar un ambiente taurino que se pone a punto por sí mismo, con carteles y sin carteles, y que se mantiene no en unos días ocasionales y determinados, sino todo el año, en la Plaza y en la calle.

Acaso por diferentes circunstancias, imponderables a los que difícilmente es posible ir a la mano, falten un par de nombres, que hubieran dado a los carteles una mayor variedad; pero será de justicia reconocer que si no están todos los que «son», es evidente que «son» todos los que están. Y en el juego de arte y de riesgo que se va a desarrollar en el ruedo de la Maestranza, el ruedo más ilustre de España, están vigorosamente representados la plástica y el estilo y el dominio del mando sobre el toro, los conceptos taurinos que han determinado y determinarán las polémicas más ardorosas. Pasión de la Fiesta, que es su fundamento y su aire.

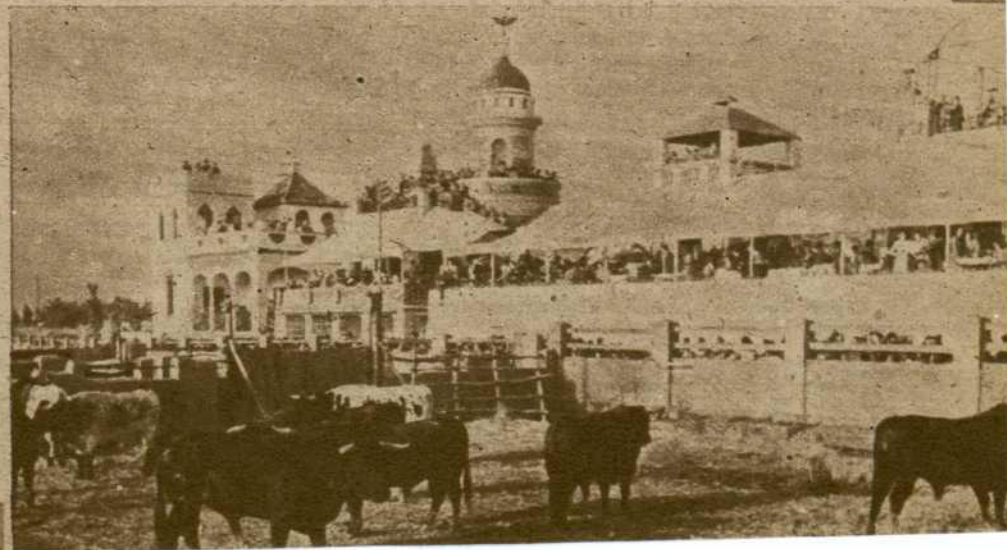
Pero si Sevilla es en cada temporada taurina el arranque definidor, en este año alcanza un rango mucho más considerable. Lo decimos sin caer en una adulación fácil: creemos que es el de Sevilla el público más capacitado taurinamente para juzgar de un nuevo ciclo del toreo, volviendo a ese punto de partida que es la armonía de la lidia completa, en indestructible conjugación del torero y del toro. Del toreo en todas sus dimensiones, en la de las especializaciones geniales y en el hondo de buscar la emoción por el conocimiento del toro y su contar con el toro para la realización de las suertes todas de una corrida.

Contraste de valores, de personalidades, del que volverá a salir fortalecida la afición. Todo ello en el marco único de esa feria deslumbradora que al cumplir sus primeros cien años se ofrece como uno de los espectáculos más fascinadores del mundo.

EL RUEDO se complace en rendir su homenaje a la Sevilla incomparable, a sus corridas de categoría y solera y a su feria famosísima.

EMECE

DEL 18 al 20 de abril —dice nuestro ilustre colaborador José María de Cossío en un trabajo divulgado por la Dirección general de Turismo— se celebran las ferias de Sevilla y sus corridas tienen la más elevada categoría. Concurrencia, Plaza, tradición, solera taurina, todo se da cita en las famosísimas fiestas sevillanas, para que sus corridas tengan la máxima importancia. Apenas cabría decir más —tan justa es la síntesis— si por esta vez no hubiera que añadir que esas fechas del 18 al 20 van a ser superadas este año ampliamente, ya que ahora va a celebrarse el primer centenario de la feria con el rumbo que corresponde a esa categoría y a esa solera en ese ambiente de excepción, en esa expresión plástica maravillosa que es color y gracia de la primavera en la tierra de María Santísima. Siete corridas de toros, una novillada de postín, con la selección de las ga-



PEPE LUIS VAZQUEZ; gran capitán de esta temporada

PEPE Luis Vázquez, el torero de estos tiempos, vuelve a llevar el mando de la Fiesta. Su poderío es evidente, porque ya supo ser evidente, allá en Castellón, a principios de marzo. Fué entonces cuando Pepe Luis dió comienzo a esta soberanía, que siguió con mayor potencia en las fallas y que va a culminar en la feria de Sevilla.

Vuelve el mando de la Fiesta a quien debía volver. Al mayor torero: a Pepe Luis.

Pero Pepe Luis, un poco ya de vuelta de estas vanaglorias, se sonreía cuando yo le hablé de ello.

—No hagas caso... El mando y la soberanía hay que tenerlo con el toro y en el ruedo. Lo demás, poco importa. Yo no quiero ni reinados ni viejos mandatos. Precisamente, tengo ganas de torear... Y toreando no se puede pensar nada más que en el toro.

—¿No crees que esta feria de Sevilla va a ser muy dura?

—Esta y todas las ferias de Sevilla son duras, porque es una feria de respeto por muchos conceptos y muchas razones.

—¿Tú toreas a gusto en Sevilla?

El reinado de la Fiesta, para el torero de San Bernardo



Pepe Luis momentos antes de salir para la Plaza

El famoso diestro de San Bernardo, con su apoderado, Marcelal Lalanda, en el descanso de una corrida

cae. Y esto es lo más importante que se va descubriendo en lo que va de temporada: que hay afición y que se llenan las Plazas.

—¿Estás contento de tus actuaciones?

—Amigo mío: esta es una pregunta difícil de contestar, porque en el toreo pasa como en la vida: que nunca uno está conforme consigo.

—¿Concretando?

—Puedes decir que esta temporada me encuentro a gusto, que estoy toreando a gusto...

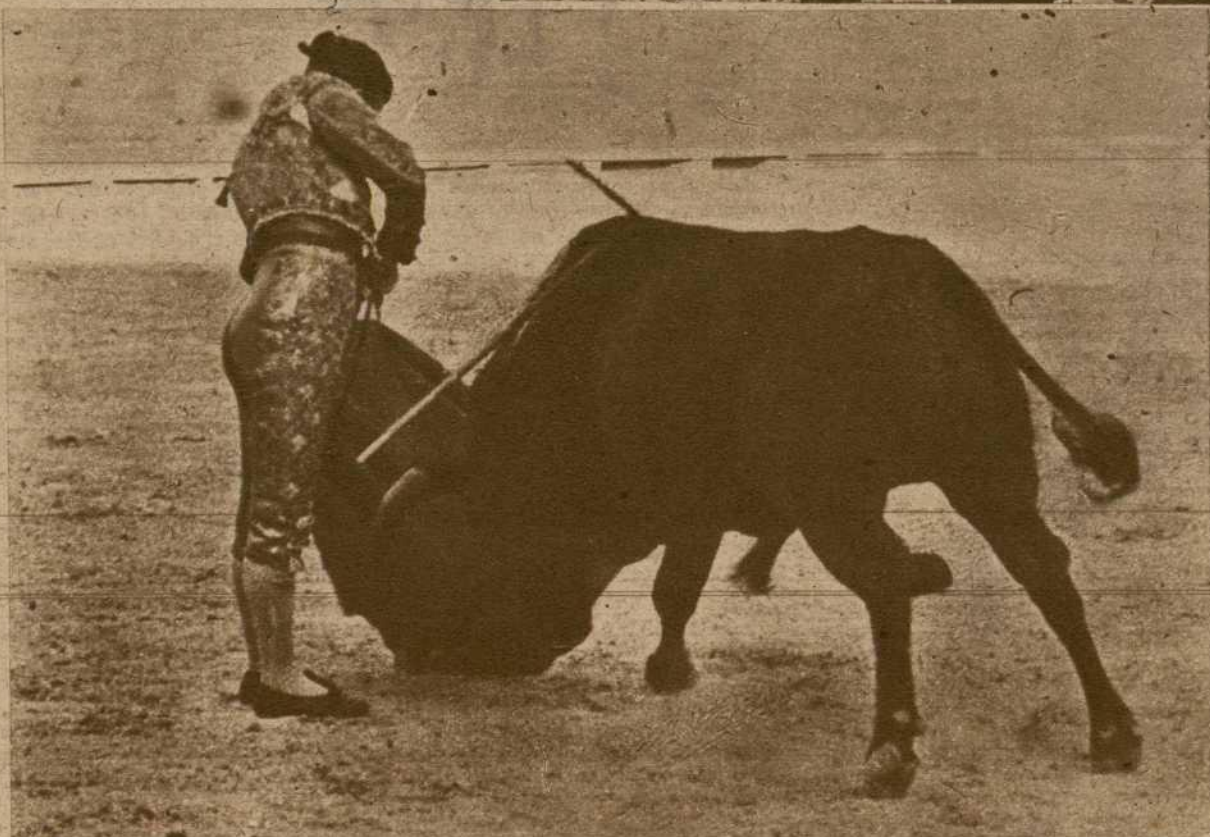
No hemos querido perder, con nuevas preguntas la importancia de las últimas palabras de Pepe Luis. Porque el cronista y el aficionado saben que estas palabras de Pepe Luis valen más que todas las promesas. Que Pepe Luis Vázquez esté a gusto esta temporada tiene una importancia vital para el toreo. Quiere decir que Pepe Luis quiere ser Pepe Luis..., y esto sí que lo es todo en el toreo.

Pepe Luis, triunfador en Castellón, Valencia... es el torero que, tarde a tarde, va escribiendo las páginas más gloriosas del toreo.

Nada ni nadie se acerca al arte esplendoroso del torero de San Bernardo, que, afortunadamente para los públicos, este año está toreando a gusto...

Porque, siendo así, los triunfos de Pepe Luis van a ser constantes.

LUIS FERNAN



—Yo, sí. Toreo en Sevilla, que es decir algo: toreo ante mis paisanos y toreo en mi tierra chica, donde está mi hogar, donde me hice hombre y torero. Por todo esto toreo a gusto en la feria... Y también porque, contrariamente a ese refrán tan popular que dice que "nadie es profeta en su tierra", yo tengo muchos amigos en Sevilla y todos me han alentado en mi carrera y entre todos me han hecho torero. A Sevilla, pues, voy contento, sin temor y, a la vez, con profundo respeto.

—Tienes razón, Pepe Luis. Después de Sevilla, ¿qué piensas hacer?

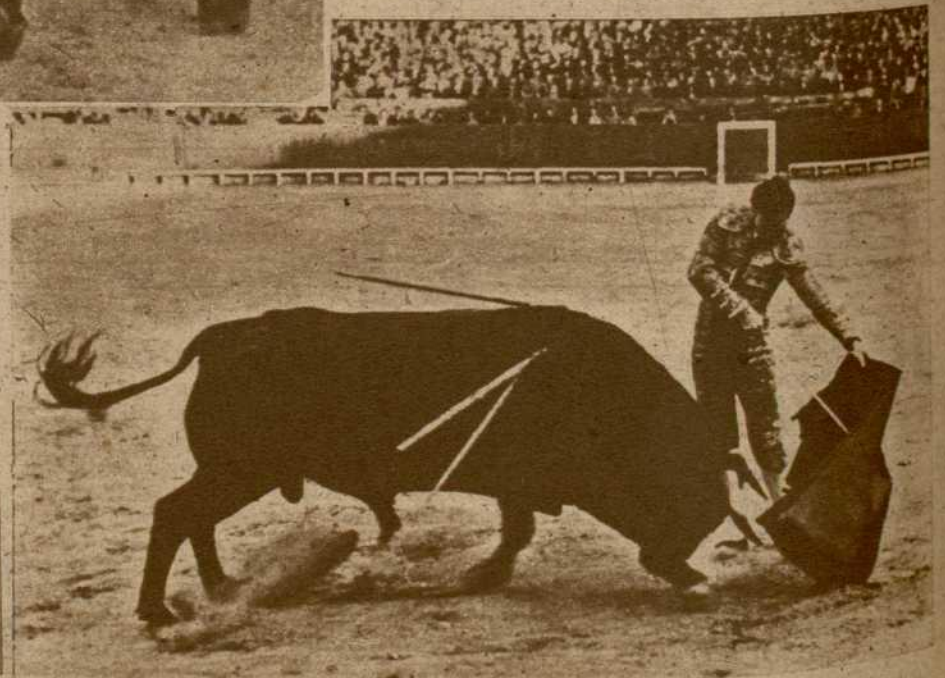
—Desde luego, torear. Pero ahora esto no me preocupa. Estoy pendiente de Sevilla, y todas mis ilusiones están en su feria.

—¿Cómo ves la temporada actual?

—Con más empuje que nunca. Este año va a ser muy bueno para todos. Los públicos llenan las Plazas, lo cual prueba que la afición no de-

Un natural de Pepe Luis

Este es otro de los naturales de Pepe Luis



EL DOMINGO EN LAS VENTAS

Pedro Robredo confirma en Madrid su alternativa

quedado en que los rumbos del toreo no van por ahí. Y a los toreros, últimamente, no se les ha exigido eso de lidiar.

Por eso, como los toros no fueron fáciles, ni «Gitanillo de Triana», en su línea de estilista magnífico, ni «Vito», también de ese corte, pero desentrenado, sin sitio, pudieron lucirse. Ni torearon ni mataron. Es más: la reacción encontrada del público, cuando Rafael Vega de los Reyes hizo al sexto un quite con tres lances extraordinarios, la interpretamos en el sentido de que el público no va a contentarse ya únicamente con «el quite del perdón». Otra cosa es que se discuta si son éstos o los otros toreros los que han de cargar con las corridas bien criadas. El problema es el mismo para los ganaderos. Puede tratarse de una injusticia social entre los toreros bien o mal colocados; pero el aspecto, taurinamente considerado, no varía.

El caso es que la corrida fué mala, y que la única excepción, por su pundonor, por el sentido de la responsabilidad que le cabía en la tarde de la confirmación de su alternativa, la puso Pedro Robredo, que de haber tenido más fortuna con el estoque en su primer toro, habría redondeado un triunfo merecido por su faena de muleta, decidida y justa, que entusiasmó a los espectadores. También en el sexto, que se rompió un pitón al rematar contra las tablas, Robredo estuvo valiente y con ganas, y se ganó las únicas palmas ruidosas de una tarde de toros desafortunada. Esas



Uno de los lances del quite de Rafael Vega de los Reyes



«Vito» toreando de muleta al quinto



«Gitanillo de Triana» confirma la alternativa a Pedro Robredo

CUANDO se sale de la Plaza después de una corrida mala, no se sabe qué escribir sobre ella. No por ocultar la verdad o paliar lo ocurrido, sino porque estamos convencidos de que el lector no soportaría el relato minucioso. Lo mejor sería apelar al recurso, tan empleado por los antiguos cronistas, de afirmar únicamente: «La corrida no fué del agrado del público.»

Lo «peor» de la corrida enviada por don Juan Cobaleda Sánchez fué que era una corrida bien criada. Parece una paradoja, pero es cierto. No fué una corrida mansa. Fué, sencillamente, una corrida poderosa. Hubo

toros, los tres primeros, que se crecieron en los caballos, y que, acaso poco picados, fueron para arriba. Salvo el tercero, al que se lidió muy mal, y que acabó con peligro, a los demás, si no torearlos al uso del preciosismo, pudo y debió «lidiárselos». Pero ya hemos



Pedro Robredo en su faena al toro de la alternativa
(Foto Baldomero y Cía)

y las que premiaron los lances, en este mismo toro, de «Gitanillo». Lo demás no fué del agrado del público.

Lástima, porque el cartel no estaba mal. Sobre el papel, tenía su interés, y esta vez era explicable que casi se llenara la Plaza.

EL LAPIZ EN "EL RUEDO"

La corrida del domingo
Por ANTONIO CASERO



Cogida de un ban-
derillero - afortunada-
mente sin consecuen-
cias.



Cuando "el Boni" iba a ser alcanzado en un burladero,
el toro cae de rodillas... y a sus pies...



Robredo torea-
do al sexto toro.

ANTONIO CASERO

Los de Cobaleda empujaron fuerte a los caballos y se crecían al castigo



A VISTA DE TENDIDO

Había toros.—Un detalle del gitano.—La tarde friolera.—Robredo pierde una oreja.—¡Cuánto sabe el público!—Se desnivela la corrida.—Por lo demás, ¿qué añadir?

Y había toros —TOROS, con mayúscula de la divisa verde y encarnada, de don Juan Cobaleda, el de Salamanca—. Y había toreros —al parecer—. Por lo menos, el «calé» Rafael Vega de los Reyes, el que se llevó la ovación en el quite, por su gracia, y su garbo, y su estilo, ese estilo inimitable, que sale no sabemos de dónde —dándole, tal vez, un susto al miedo—, pero que en definitiva es la flor de la Fiesta. ¿Qué sería de nosotros, los aficionados «fetén» —como dicen los castizos— si no se viera un detalle de estos que despierta la ovación del instante y al mismo tiempo la contraovación —la protesta—, por todos los momentos perdidos en una tarde friolera, a pesar del tan cacareado abril madrileño?... Por un detalle así, vale la pena seguir en el tendido, aunque observemos, a derecha e izquierda, que la gente que ha venido sin gabardina, fiándose del cielo azul y del sol mentiroso, se suba las solapas, almenándose el cuello.

Sí, había toros —de la divisa verde y encarnada, la de don Juan Cobaleda, el de Salamanca—. Y una confirmación de alternativa: la de Pedro Robredo, al que no le faltó voluntad, y que se perdió una oreja en el primero por exceso de servicio. Los cronistas dirán lo que hicieron o lo que no hicieron «Gitano» y el «Vito». A nosotros, espectadores vulgares y sin opinión técnica, no nos gustaron. Salvo el detalle antedicho del quite de Rafael, el resumen de un juicio sería decir: poco menos de nada.

De todas las impresiones multicolores y confusas de una corrida, hay siempre algo que domina y destaca: la nota valiente, el acorde brioso, lo que hiera la imaginación y la memoria, lo que no se olvida. En realidad, de cosas así se forjan los recuerdos de los toros y de los toreros, que luego dan pasto y pábulo a las tertulias de los inviernos en las tardes de los «colmaos», entre cabezas disecadas de astados, con ojos de cristal y carteles de letras llameantes, con fechas que se van haciendo viejas. Y la nota y el acorde de la corrida del pasado domingo corrieron a cargo de Robredo.

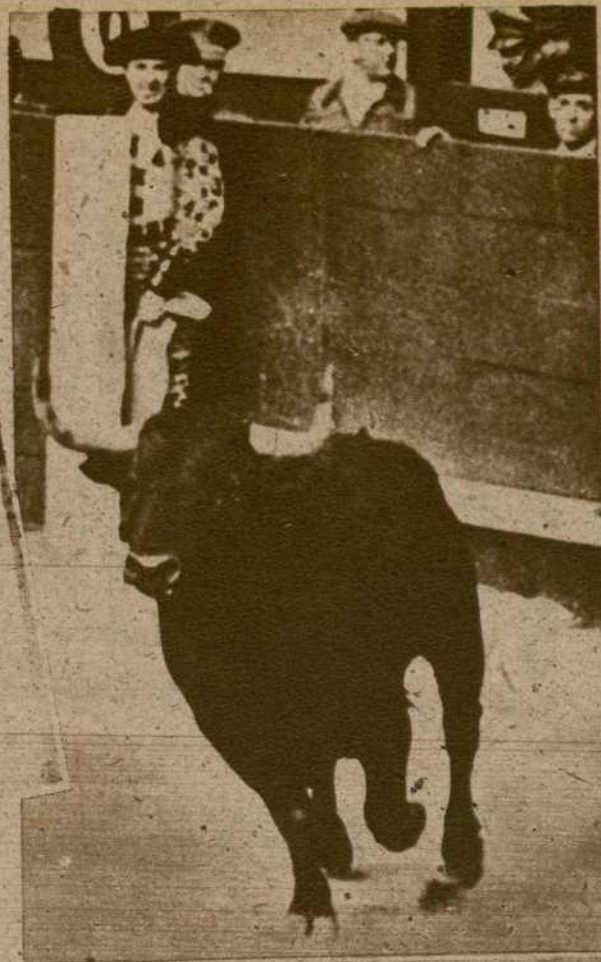
El público había comentado los filetes negros que arlaban el traje del gitano y la precipitación de Vito, que atropellaba el turno en los quites por exceso de ganas: «¡Que no te toca a tí!...» (Pepe

Blanco, el buen «cantaor», como a requerimiento de la concurrencia, cantineaba por lo «bajines» en el 9: «¡Farolero, tú que vas!...») Robredo brindó y después dejó la montera en el suelo, para meter en ella los pies —como en un estuche de la quietud—, y a pesar de que el bicho se colaba y achuchaba, sacó, a fuerza de valor y de coraje, todos los pases posibles. Se puso de rodillas, no como el niño castigado ni mucho menos como el lidiador oportunista y a favor de corriente, sino como lo que era, como un torero que confirmaba la alternativa en Madrid, jugándose lo que se tenía que jugar. El público —¡cuánto sabe, de verdad!— entendió y comprendió el gesto pundonoroso. Le alentó con sus oles y sus aplausos: ¡siguió la faena del lidiador con auténtico interés. Y lamentó con todo su corazón la precipitación del matador, que sin esperar a que el toro cuadrara de veras, sin dejar que un peón hábil metiera un capote oportuno, aceleró, una y otra vez, el viaje con el acero... Y se perdió la oreja que todos soñábamos, la que habría hecho entrar en calor la tarde friolera, sin que bastara a compensarla la ovación merecida, que hizo a Robredo salir a saludar, a pesar de su poca fortuna con el estoque.

Ahí se desvió y se desniveló la corrida, donde había

El nuevo torero, «Frasquito», su apoderado, Raimundo Blanco y Florián Rey presenciando la corrida en la Plaza de las Ventas

(Fotos Cifra y Baldomero)



Así se arrancaba el tercer toro

TOROS —con mayúscula— y un gitano con gracia y extraños y sobrecoedores filetes negros en el traje de plata, y un «Vito» que salió ansioso de hacer algo —y se quedó con las ansias, esto es, con la ganas—, y la voluntad evidente de Robredo que, a pesar de todo, dejó un sabor bueno, ilusionado, esperanzado...

Por lo demás, ¿qué añadir?... Un cuerno roto, que también contribuyó a romper la tarde; la bravura del tercer toro, que descargó sobre los caballos como pocas veces hemos visto nada igual; la prudencia del veterano «Boni», que por ser proverbial —y sabía— ya va haciendo gracia; el gusto de Emilio Rodríguez, «Cata», que se vió empujado y levantado y salvado de milagro, y que consideró, casi místicamente, con la cabeza apoyada contra la barrera, su increíble fortuna de haber escapado con bien del mayor peligro, y alguna puya bien puesta, en todo lo alto, y cargando como mandan los cánones, que nos devolvió la emoción de la suerte, ya casi olvidada... Quizá porque había TOROS —con mayúscula—. Y, quierase o no, esto es lo importante. Lo demás, ya se nos dará de añadidura.

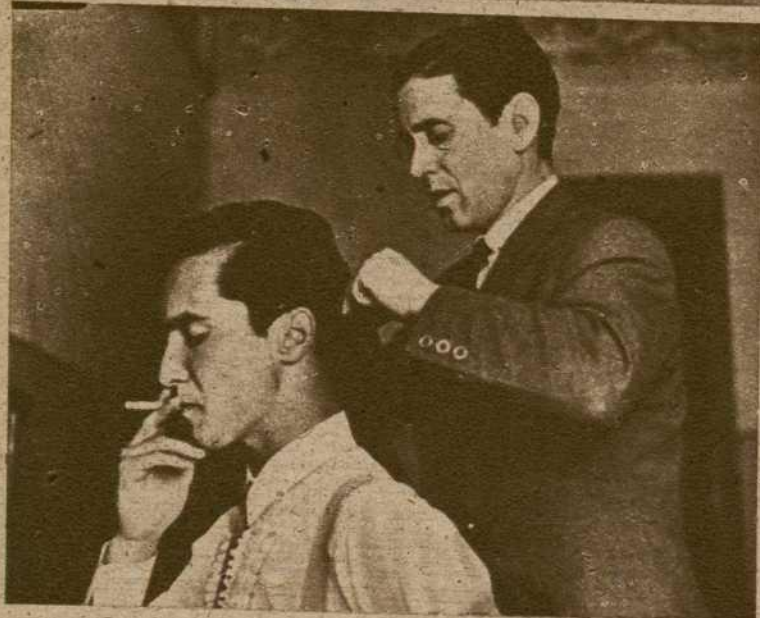
ALFREDO MARQUERIE





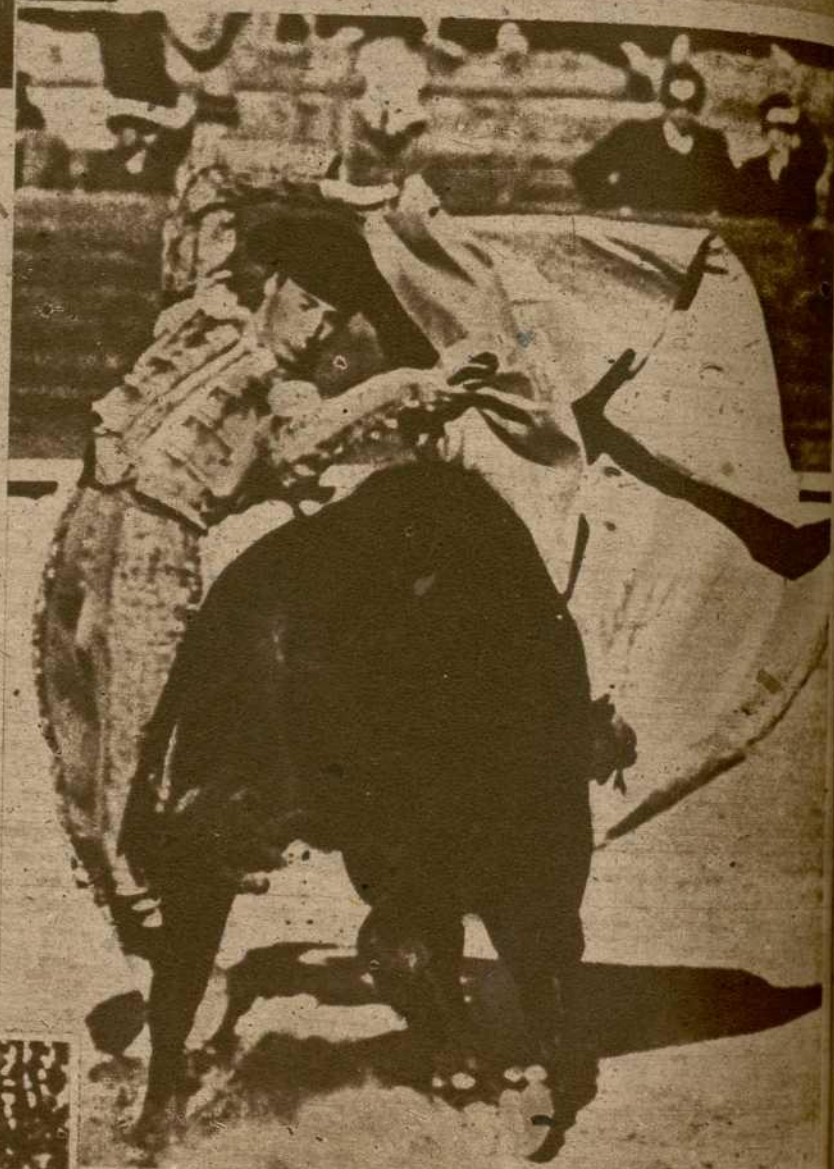
LUIS MIGUEL,

base de las combinaciones
de la feria de
SEVILLA



Luis Miguel se dispone a emprender el viaje para torear. Le rodean su cuadrilla: «David», Muñiz, «Chavito», Pelnado, «Angelito», «Chocolate» y Teodoro, el conductor de la «arabia», que ha de cruzar en la temporada por todas las carreteras de España

«Miguellito», el mozo de estoques, le hace el añadido. Luis Miguel, concentrado el pensamiento en la corrida que va a torear, fuma lentamente un cigarrillo



Luis Miguel lleva siempre toreado al toro. Ha aquí el ritmo de este farol tan ceñido

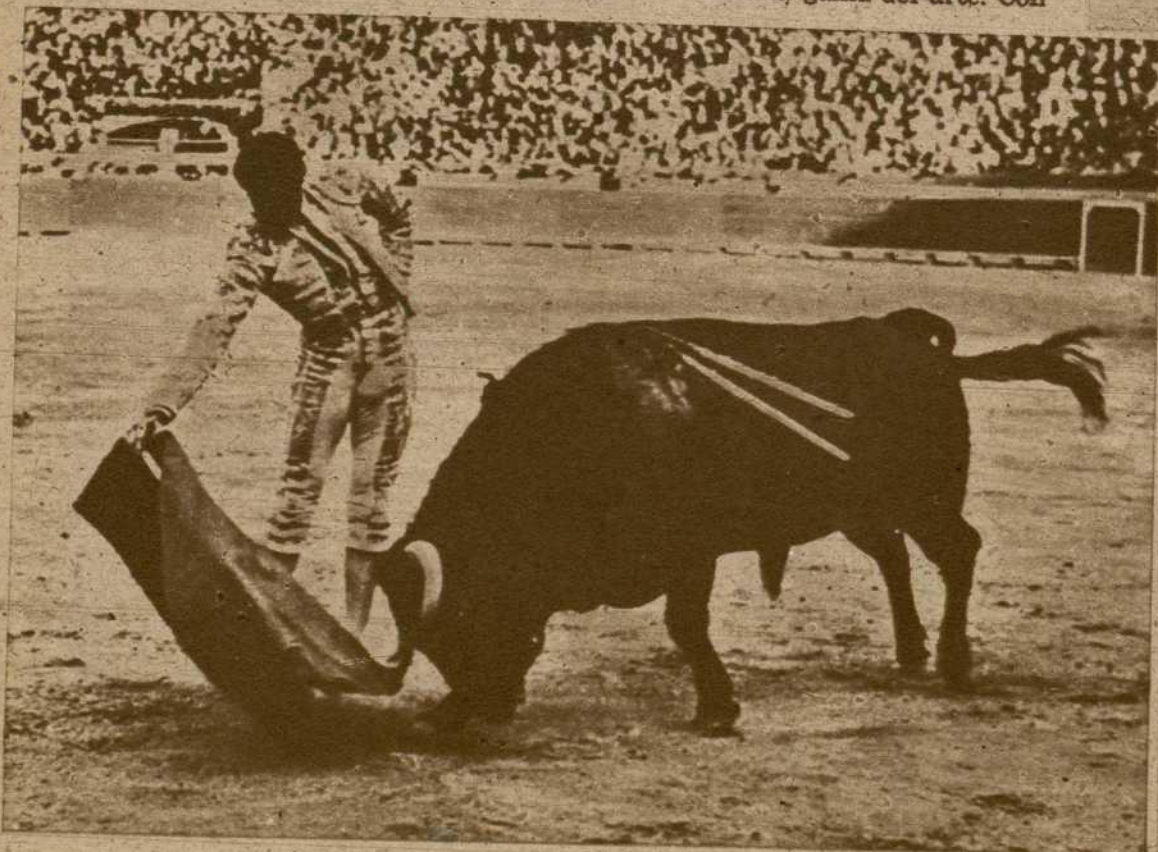
Luis Miguel no se ha dado el caso de que le hayan perdonado los públicos por un quite al final de una actuación poco afortunada; que esa es la servidumbre y la gloria de los primeros planos. Luis Miguel es, a sus veintidós años, el torero de una pieza que sabe y que mide exactamente su responsabilidad.

Y de este gesto suyo, que es la conciencia profesional viva, nace la leyenda malintencionada de su seriedad en la Plaza, a la que se da la interpretación equivocada de soberbia. ¡Magníficas todas las soberbias que no residan sino, como en el caso de Luis Miguel, en un afán de perfeccionamiento, en una entrega total y apasionada a la profesión que voluntariamente se ha elegido!

A otro torero cualquiera que no tuviera el

Un pase de Luis Miguel. Pase largo, templado, en que el toro va embebido en la muleta

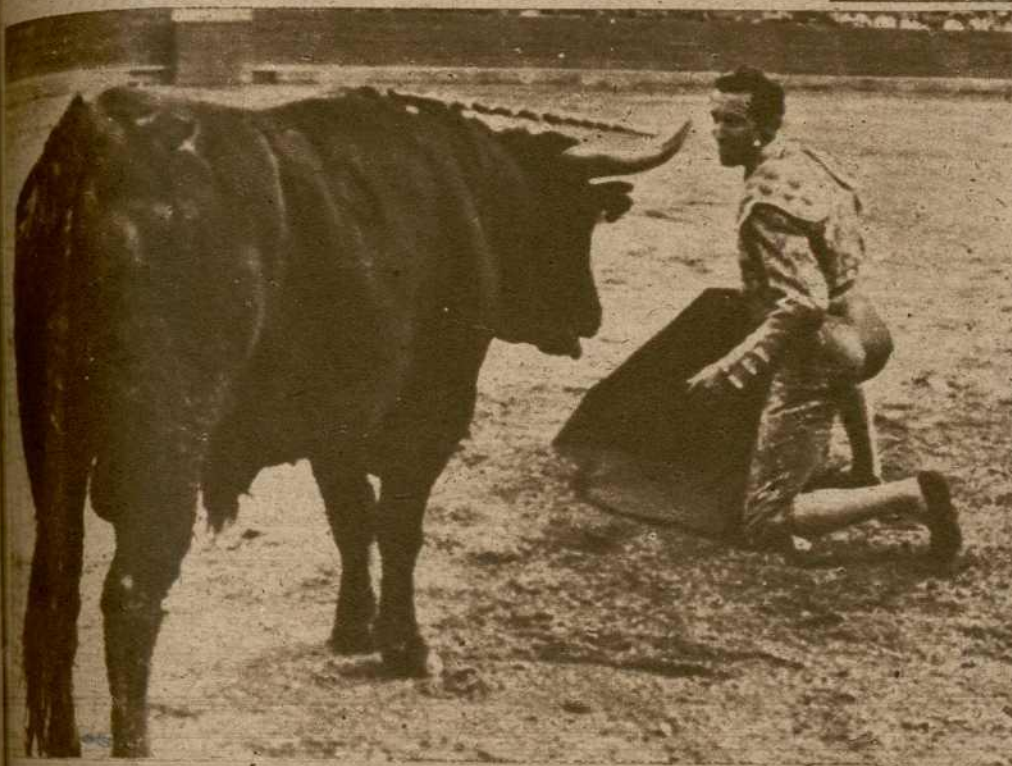
LUIS Miguel va a torear cinco corridas en la famosa feria de Sevilla. Luis Miguel es la base de los carteles más importantes de España. Luis Miguel es un torero castellano. En Sevilla se lidian toros de peso. ¡Cuántos comentarios en las «peñas» taurinas sobre estos sencillos enunciados! Vale la pena añadir algunos más a este hecho, ciertamente extraordinario. Es, por lo pronto, el pleno reconocimiento a una máxima jerarquía taurina; pero es, a la vez, la firmeza de la idea de un hombre, de una convicción. Poco se le ha regalado a Luis Miguel. Su puesto no lo debe ni a un azar ni a una corriente favorable. Todo lo ha conseguido por su esfuerzo, por su valor, por un sentido profundo del toreo y por una variadísima gama del arte. Con



tono y la valía de Luis Miguel no se le combatiría en la sombra. Es precisamente la sombra que proyecta su personalidad relevante la que estorba para las maniobras clandestinas. Frente a ellas es contra lo que se alza Luis Miguel con las únicas armas de su presencia triunfante en los ruedos. Y así una tarde y otra tarde. Y es en la temporada anterior, en San Sebastián, con su salida en hombros por las calles cuadradas de la bella ciudad portuaria; y es Bilbao, con su feria «torista», donde Luis Miguel afirma el pabellón de su fama, y ha sido antes, en la «corrida de Santiago», en Valencia, y luego en la dura y exigente feria del Pilar de Zaragoza, y en ese mismo día de la festividad de la Patrona de Aragón —el día de la «Raza»— en Barcelona, donde troca la hostilidad inicial con un triunfo resonante, que este mismo año acaba de refrendar en la corrida del lunes de Pascua, cortándole las orejas al toro «Alegria», del duque de Pinhermoso. Y fué en Madrid, en la de Beneficencia, un año, y en la corrida de la Prensa, otro, con el viento en contra, y en tantos y tantos ruedos ibéricos.



El pase de pecho. El toro tarda en pasar. Es así posible que el espectador saboree la suerte



Ya está dominado el toro. Sólo entonces es cuando Luis Miguel se adorna, ofreciendo el cuerpo sin defensa a los pitones

es a las que con toda su alma, con el fervor de una afición sin límites, se entrega totalmente Luis Miguel. La soberbia, lógica en sus veintidós años consagrados al arte difícil de torear, es para otras manifestaciones de orden más subalterno y menos confesables.

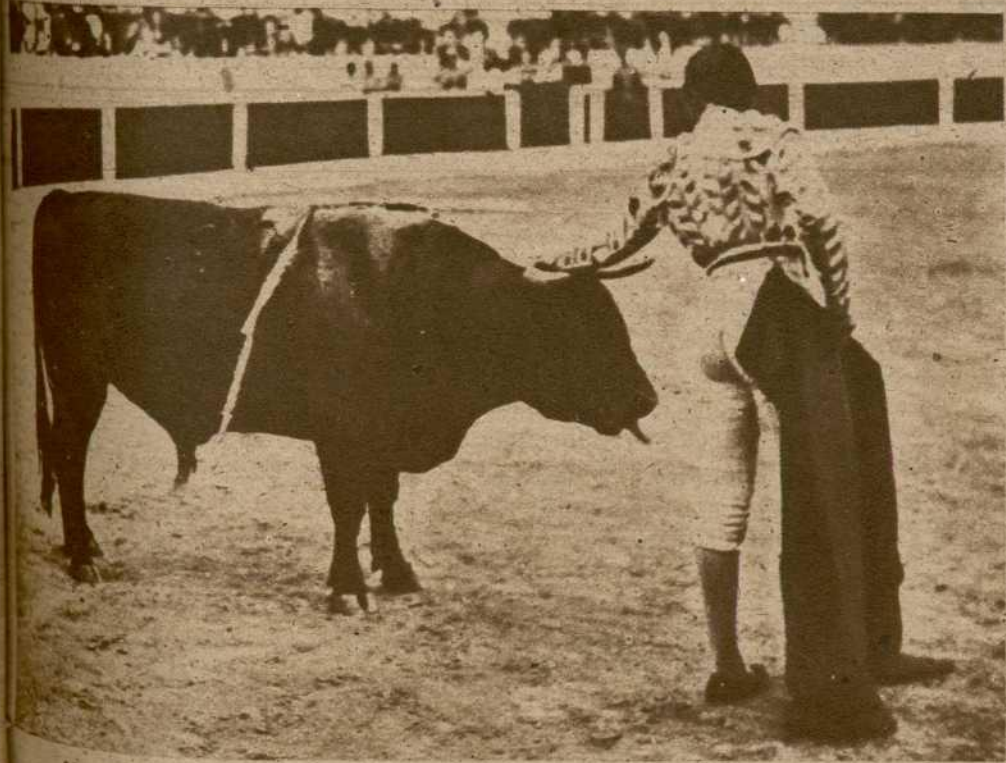
Así, ahora, con una temporada ya hecha por delante, con docenas y docenas de contratos firmados, sin buscar la comodidad, Luis Miguel va a torear cinco corridas de toros en la famosa feria sevillana. Y va con su espíritu henchido de esperanzas, con su propia fe, sin la que no hay posibilidad de enfrentarse con la vida, convencido de que es el público sevillano, tan capacitado, que tan bien sabe ver los toros, el que ha de juzgarle. «Por lo que haga», no por lo que malintencionadamente se le atribuya, en el afán torpe de forjar a su alrededor una leyenda inexistente y hacer que se revuelva el río para ganancia de pescadores.

Es al sol claro de la luminosa primavera sevillana, en este centenario de una feria famosa, donde Luis Miguel va a pasar, seguro de sus facultades, pero sin jactancias que le han mentido sus enemigos, la prueba del fuego. Los toreros, como todos los seres, tienen derecho a que se les enjuicie por sus virtudes o por sus defectos propios, no por los que quieren fingirles y deformarles los demás. La verdad acaba por hacer siempre su camino.

ALVARO NOGUERA

Como tantas veces, el público premia la actuación de Luis Miguel concediéndole los máximos trofeos

(Fotos Cano, Vidal, «Finezas», Valls, Marín Chivite y Garci-Sánchez)

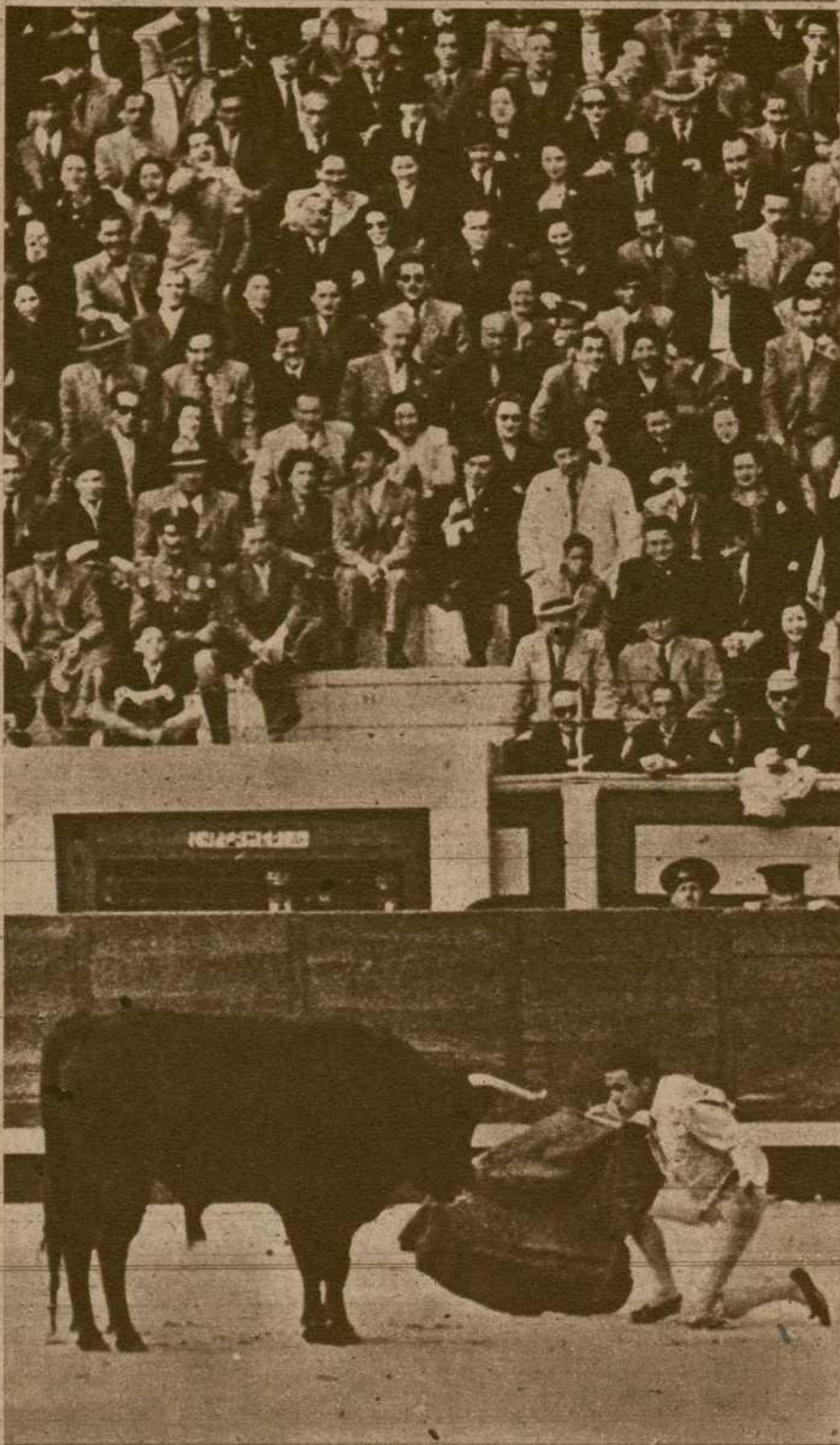


Al remate de un pase cualquiera, Luis Miguel descansa con naturalidad, acariciando el testuz de la res sin interrumpir la faena

Con todo este haber tan considerable, por un fenómeno inexplicable, a Luis Miguel se le atribuyen culpas imaginarias. ¡Ah! Pero nosotros tenemos una fe ciega en la justicia sana, en la comprensión primaria de las multitudes; y esas son, con sus aplausos, con la concesión de orejas y rabos, con las salidas en hombros, con los llenos en las Plazas, las que fallan en definitiva. Y es a ellas, a su juicio imparcial, a sus advertencias tenidas en cuenta, sin punto de soberbia, para perfeccionar su toreo,



PEDRO ROBREDO y su triunfo en MADRID



La emoción de la corrida del domingo en Madrid estuvo a cargo de Pedro Robredo, el valeroso matador de toros, que en ese día confirmaba su alternativa. A Pedro Robredo le importó poco echar por delante su toro más grande del lote, en una corrida que toda ella era «buena moza». Pedro Robredo venía a Madrid a poner todo su valor al servicio de la afición y como una prueba de su entusiasmo por colocarse este año en ese puesto, reservado a los que no se «reservan». Para Pedro Robredo fueron las ovaciones más cálidas de la tarde, que llegaron al entusiasmo en tres pases de rodillas escalofriantes, a su primero, y cuya actitud recoge la fotografía. Pedro Robredo firmó el domingo pasado, en las Ventas, su personalidad, de la misma manera que ya a «firmar» muchas corridas en esta temporada de 1948. Pedro Robredo, con razón, pide paso.

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

BASTARIA a muchos diestros españoles leer la crónica de Ismael Herráiz en «Arriba», publicada el martes último, para tomar alguna urgente medida encaminada a resolver rápidamente el famoso pleito del intercambio de diestros españoles y mejicanos. Resulta que, por encima de todas las dificultades creadas por la personal conveniencia de cada diestro, una vil intriga opera sobre la hipersensibilidad del patriotismo mejicano.



Ya hace días, al leer la crónica del director de «Marca», Lucio del Alamo, también en Méjico, como Ismael Herráiz, nos dimos cuenta de que la voz española que pedía el cronista debería sonar con urgencia. Hoy, ya la cosa no ofrece dudas. «Ajenos al mundo taurino — escribe Herráiz —, hemos percibido la importancia polémica que tiene incluso en Prensa muy afecta a la causa de España. Hoy, por ejemplo, la revista más importante de la capital de Méjico publica dos grandes páginas en huecograbado con fotos del desfile de la Victoria y con rótulos y pies tipográficos llenos de entusiasmo. Pero dos páginas adelante, el crítico taurino arremete violentamente contra los españoles y alude a tremendas represalias. «El Soldado» reclama contra los artistas españoles que trabajan aquí en una proporción de veinte a uno, cuando menos, con relación a los mejicanos que trabajan en España.»

En Méjico se halla extendida la falsa especie, que aquí también llegó a tomar considerable volumen, de que la ruptura era una medida de Gobierno. El absurdo supuesto circuló con fortuna, pese a que en más de una ocasión se dieron a la publicidad notas acreditativas de que se trataba de una cuestión meramente sindical, resuelta libremente por los propios interesados, y el problema entró en un período de abrumador silencio, nada conveniente para la Fiesta en sí, y mucho menos conveniente aún, como ahora puede verse, para los más altos intereses, que son los de España entera.

Por fortuna, nuestros toreros habrán de reaccionar ante los hechos con su probado patriotismo. Dos dinastías toreras, Bienvenida y Dominguín, y el diestro Domingo Ortega, tiene hoy mucho que hacer sobre el caso. Ellos son bastantes, y aun sobrados, para conseguir que la voz cordial española solicitada por Lucio del Alamo llegue pronto a Méjico en la forma necesaria para que la réplica, también cordial, no tarde en llegarnos.

No creemos preciso extendernos en otras consideraciones, porque con ellas nos saldríamos del justo marco habitual de esta sección y porque los diestros a quienes nos dirigimos no precisan de más excitaciones. Ellos tienen una excelente preparación intelectual para comprender muchas cosas; pero tienen muy por encima sus sentimientos patrióticos. Domingo Ortega; Pepe, Antonio y Angel Luis Bienvenida; Domingo, Pepe y Luis Miguel Dominguín, que estarían siempre dispuestos al más doloroso sacrificio por España, no pueden ahora detenerse, si es que para ello tienen algún motivo, en hacer una simple dejación de amor propio para allanar las dificultades que puedan oponerse a una urgente y favorable solución del pleito del intercambio taurino hispano-mejicano. A ellos nos remitimos con estas líneas y de ellos esperamos recibir la más grata y breve noticia que nos diga: «Estamos ya de acuerdo.»



Beses de doña María

Sánchez, de Terrones, para Félix de la Vega, José María Martorell y Octavio Martínez «Nacional».

LA NOVILLADA DEL DOMINGO EN VISTA ALEGRE

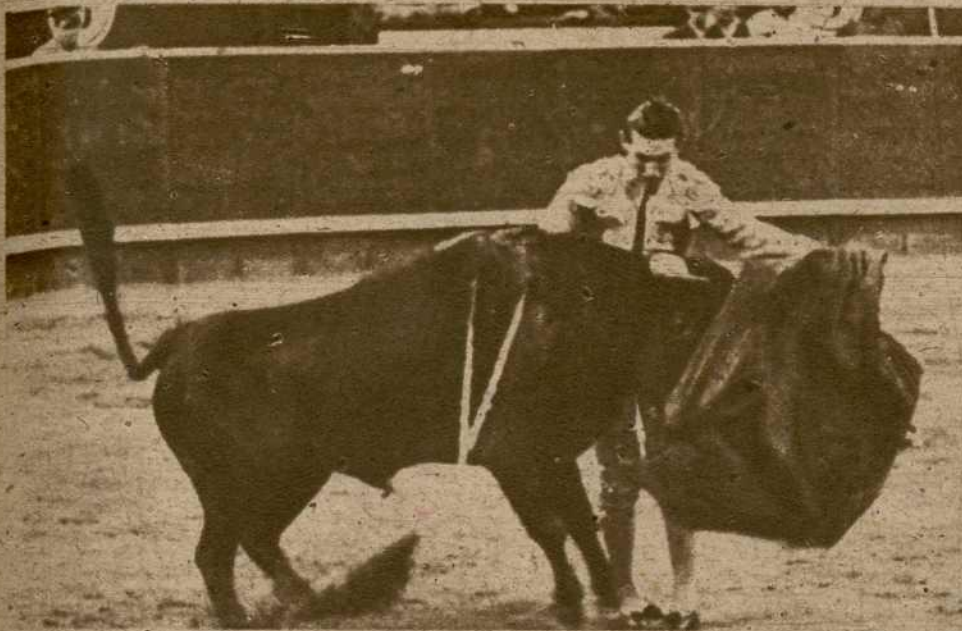
que hicieron trabajar de lo lindo a los toreros. Dicho lo que antecede del ganado, volvamos a Martorell, quien, como queda dicho, se lució con el capote. A su primero, el mayor de su lote, reservón y huído, le obligó a tomar la muleta a fuerza de consentirle y meterse en su terreno. Fueron

buenos, muy buenos, unos ayudados por alto y unos naturales. Con la espada no estuvo acertado. Se le ovacionó y salió al tercio. En el quinto, muy pequeño, bravo y con mucho nervio, sólo logró buenos muletazos por bajo y en redondo. Después de administrar un pinchazo y media estocada, se retiró a la enfermería, pues fué alcanzado por el novillo, que le produjo una herida de dos centímetros en la cara.

A Félix de la Vega se le aplaudió en el primer tercio en todos los novillos. Anduvo suelto y decidido manejando la muleta, y logró no pocos pases de buena factura. En sus dos novillos salió al tercio, y en el quinto, que remató por cogida de Martorell, oyó palmas.

Se presentó Octavio Martínez, «Nacional», torero almeriense, poco hecho aún, pero muchacho valiente de verdad, que puede dar—si tiene ocasiones de adiestrarse— un gran avance en su profesión. Unas cosas le salieron bien y otras mal. Es de esperar que si le dan corridas han de salirle todas bien a no tardar. Oyó un aviso en el sexto porque estuvo pesado con el estoque.

BARICO



FRIO y viento en la tarde de abril. Expectación. Interesaba a unos ver de nuevo al cordobés Martorell, y a otros comprobar si eran ciertas las noticias que de su mérito tenían. Ni unos ni otros pararon atención en la divisa del ganado que se iba a correr, y sin duda, el ganado tuvo la culpa de que la actuación de Martorell no fuera todo lo brillante que se podía esperar, aunque a quienes ya lo habían visto les afirmase en su primera impresión, y a quienes por primera vez le veían les demostrase que es un torero del que se puede esperar mucho.

Fuó para Martorell la tarde del domingo un compás de espera. Nada perdió ni ganó. Que le aplaudieran su toreo con el capote nada dice a quienes en la tarde de su presentación apreciamos la calidad del toreo de capa del cordobés.

Después de la corrida recordábamos lo que le sucedió en Barcelona a un matador de toros cuyo nombre no damos porque no es menester. Este matador, artista de pies a cabeza, tiene —ha tenido siempre— la preocupación de no visitar una enfermería ocurra lo que ocurra, y se sale con la suya. Fué contratado para torear en Barcelona, sin fijar fecha, y el hombre creyó prudente dar una vuelta

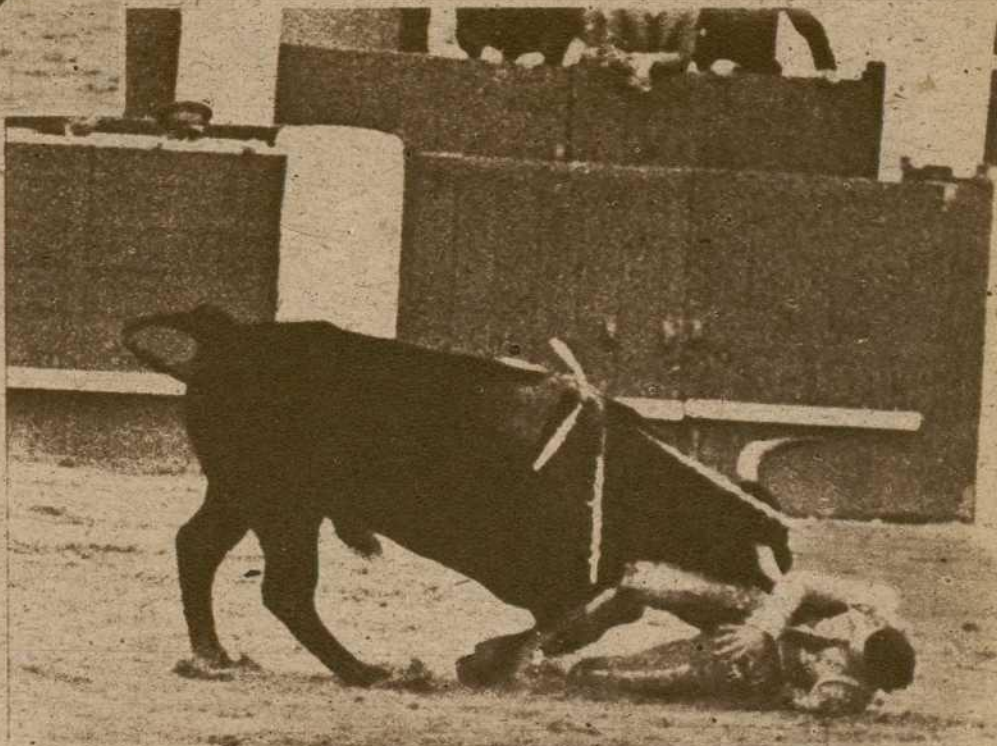
por la Ciudad Condal antes de ultimar el contrato. Llegó a Barcelona, y con el empresario señor Balaña, fué a ver las dos corridas que había en los corrales de la Plaza —una pequeña y otra grande—, y ante la natural sorpresa del empresario, pidió que se incluyera en el cartel de la corrida grande. La toreó, y estuvo muy bien. Luego se lidió la corrida pequeña, y los matadores anduvieron de cabeza. Pocos días después nos encontramos al matador, y le preguntamos: «¿Cómo se decidió usted a torear los toros grandes? ¿Es que sabía que los pequeños iban a dar guerra?» El torero sonrió, y dijo: «Mire usted. Ni una ni otra ganadería pueden echarse nada en cara.

Son de parecida categoría. Yo vi que los toros grandes podían ser mansos, pero nada más; en cambio, los pequeños tenían unas caras de *espabilaos!*»

Y tal fué el ganado que se corrió el domingo en Vista Alegre. Tres novillotes de buen tamaño que no ofrecieron peligro, aunque mansurronearan, y otros tres pequeños, pero *«muy espabilaos»*,

José María Martorell, en un muletazo. Cuando el cordobés no pudo lucirse estuvo valiente, muy valiente

Cogida de Martorell, en su primer novillo. Afortunadamente, esta cogida no tuvo consecuencias



El novillo busca al espontáneo y no lo encuentra. El espontáneo busca un hoyo en el que esconderse, y tampoco da con él

El espontáneo, sonriente y feliz después del susto, abandona el ruedo, acompañado del banderillero Gordillo (Fotos Cifra)



Las
grandes figuras
del TOREO

Ya está de nuevo en España PAQUITO MUÑOZ



PAQUITO Muñoz acaba de regresar de América. Antes de llegar a Madrid, de trámite obligado, y como su descanso es torero, actuó el domingo en Lisboa de manera brillantísima. No cabe ni un mayor dinamismo ni una mayor impetuosidad por parte de los públicos que le aguardan. El éxito le sirve de cortejo triunfal. Ya está entre nosotros. Y ya se prepara, sin tregua oscura y posible, a comenzar su temporada en España el próximo domingo. Un caso de verdadero «record».

Viene —no podría ser de otro modo— satisfechísimo de su campaña por los ruedos de América. Lima, Iquitos, positivas ganancias, contratos venturosos, satisfacciones sin cuento le envuelven y le asedian sin conseguir nublar en lo más mínimo su modestia. Parece que fue ayer. Y es hoy, cuando apenas desligado de sus más íntimas emociones, no, había, no de la serie de éxitos conquistados ni de las incidencias de su feliz viaje —que todo ello es motivo para una más amplia información—, sino de la impresión que le ha producido el no figurar en los carteles de la feria sevillana. Porque no puede resultar más paradójico —por lo menos esta paradoja es del dominio de todos los aficionados— que Paquito Muñoz, que sin darse cuenta publicitario es el motor de los toros que a la fecha tiene más corridas con-

tratadas en firme, no haya sido incluido en las combinaciones turísticas de la ciudad del Betis. Misterios del toreo y de... sus aledaños. Por eso, cuando pasado el preámbulo de saludos y felicitaciones le preguntamos si piensa asistir como espectador a las corridas sevillanas, el populárrimo torero nos contesta:

—Ni esa satisfacción puedo proporcionarme, ya que toreo en tres fechas coincidentes con las famosas corridas sevillanas.

—Lo que demuestra claramente que no te perjudica en nada la omisión que tanto se critica. ¿Y a qué se ha debido ello? ¿A propósito decidido de no torear en Sevilla en sus ferias o a no haber sido requerido por la Empresa?

—Sobre esta incidencia ya mi apoderado, don Carlos Gómez de Velasco, me cuenta que hizo pública historia de cuanto tuvo relación en las negociaciones con la Empresa sevillana. Y sería redundancia el volver sobre ellas. Claramente quedó demostrado que por nuestra parte no hubo la menor informalidad, ni mucho menos la más mínima exigencia. Esto me tranquiliza y atenúa mi lógica contrariedad.

—Quizá se tomara como argumento la ligera suposición de que tú, en vista de los triunfos conseguidos en Suramérica, no pudieras regresar a tiempo de figurar en los renombrados carteles.

—Pues ya ve usted la realidad. Para corresponder al número de corridas que afortunadamente tengo escrituradas, no se podía ni se puede perder tiempo. De ahí que, sin tomarme ni el más necesario descanso, esté de nuevo en la brecha. El no figurar en los carteles de Sevilla es para mí, no un quebranto material, como fácilmente puede comprobarse, sino una aspiración de orden sentimental. El halago que para un torero modesto como yo significa el verse en tan decantada feria, es un regalo exquisito, más que una obligación, máxime si se tiene en cuenta que fui favorecido por la Empresa con una valiosa prioridad al demandar mi contrato. Traicionaría, pues, mis sentimientos si no declarara mi contrariedad por lo sucedido, cuya responsabilidad no me alcanza.

La evocación de Sevilla y su feria de abril, pintan ligeramente el rostro juvenil de esta primerísima figura, que sonríe siempre, como el su noble y simpática sonrisa, plébrica de luz, quisiera inundarlo toda.

Ya está de nuevo en España el singular torero. Sea bienvenido.



Todo el ambiente de la Feria se refleja en los minutos en que el público entra en la Plaza.

SERÍA difícil hallar mejor cartel para la Fiesta de Toros que esta equilibrada y serena visión de la Maestranza, con la Giralda al fondo y sobre el círculo dorado de su arena las cuadrillas desplegadas en el paseillo, mientras un pasodoble torero derrama por los tendidos la gracia musical de sus compases. Parece como si el verso primoroso de Gerardo de Diego se hiciera carne bajo la impresionante claridad del cielo sevillano:

*Vibra el clarín llamaradas,
La brisa insinúa el paso,
y el jardín de tres espadas
abre sus flores de raso.*

Fué un acierto de la Real Maestranza de Caballería edificar la Plaza de Toros tan cerca del río. Quizá de tan ilustre vecindad aprendió el famoso ruedo esa lección de majestad que su arquitectura tiene. Vicente de San Martín, al trazar sus planos,

no pudo tener más precisa fuente de inspiración. El Guadalquivir es un viejo río que vió sobre la línea de su curso el paso de antiguas civilizaciones. Griegos y fenicios, romanos y árabes... Una de las versiones de la mitológica Tartessos situó sus orillas el fantástico reino. Con tal legado, el Betis tenía bien ganado el título de río clásico. Y clásico —de un sencillo estilo clásico— fué el redondel que se alzó en su arenal inmediato.

La edificación de la Plaza comenzó en 1760. Antes de esa fecha existía casi en el mismo sitio otra, de madera, que servía suficientemente a la Maestranza. Era cuadrada, y apoyaba uno de sus lados sobre el viejo convento del Pópulo, convertido, durante el pasado siglo, en cárcel provincial. Una de las primeras noticias sobre este improvisado coso data de 1707. En abril de ese año, para celebrar la victoria de Almansa —triumfo militar logrado por el duque



La Plaza de la Maestranza, de Sevilla, vista en panorámica.

la Maestranza, aun se hallaba sin restaurar lo derribado. El bendijo en su relato —«De París a Cádiz»— «el buen gusto del huracán», que dejó al descubierto la cercana fachada de la catedral, «aguardada y dominada —dice el romántico viajero— por su Giralda, como por un gigantesco centinela». De esta época existen numerosos grabados, que permiten admirar tan sugestiva perspectiva.

En el último tercio del pasado siglo fué disminuído el espacio del ruedo propiamente dicho —porque la arena era demasiado extensa—, y se terminó, al fin, bajo la dirección del arquitecto don Juan Talavera de la Vega, todo el cuerpo alto, de palcos y balconería. Casi a las puertas de la actual centuria se colocaron las verjas de hierro de su portada, con graciosas alegorías taurinas, y en 1915 se realizaron otras reformas, entre ellas la numeración de las localidades, empeño que gastó las energías de algún famoso crítico sevillano.

La Plaza es hoy —arquitectónicamente— un bello edificio de armoniosas líneas, con adornos de los tres órdenes griegos y otras influencias neoclásicas. Pero a esa belleza «física», la Maestranza suma una estimación aun superior. La de ser —sencillamente— el ruedo más ilustre de España.

FRANCISCO NARBONA





“PARRITA”

**SENCILLAMENTE, UN TORERO
PARA TODAS LAS FERIAS**

COMO un balcón abierto sobre el campo ganadero de Sevilla, se alza la Venta de Antequera, corazón de piedra y de luz donde vive la mejor alegría primaveral de los sevillanos. La Venta de Antequera es —en su expresión simbólica— como el primero de los palcos en que se concentra la afición española. Es un palco más de la Maestranza. Es la primera impresión, el primer instante, el primer latido. Cuando la gente vuelve de la Venta famosa, parece como si hubiesen dado su multitudinario visto bueno a las corridas, ofrecidas, en flamante y abigarrada luminosidad, a los ojos del aficionado sobre el polvo y la gracia de esta dehesa de Tablada, campo de toros.

Y la Venta de Antequera tiene raíces en el tiempo. No es un escenario improvisado al calor del turismo. La Venta es vieja, racial, elegante. Ella guarda secretamente los encuentros de los toreros famosos, el andar marchoso de la torería adyacente —esos peones de claros y rutilantes nombres: los «Melle», los Rodas, los Blanquet, que segufan, paso a paso, a las grandes figuras; los gentiles saludos de la mejor aristocracia española y del mundo; la serena y clásica apostura de nuestros reyes; el galope de los mejores caballos de nuestras curduras andaluzas; cuanto es oro y relieve y sonido de la popular alegría bética que nos da vida y nos promete —cada día— la próxima...

Esta Venta antequerana tiene raíces —hemos dicho—. Y ahí están, sobre nuestro recuerdo, aquel martes —día 13— de abril del año 13 —¿quién dijo mala suerte por aquí?—, en que don Carlos Antequera roció con manzanilla de sabroso aroma el primer mármol blanco de su casa y declaró abierto para todos el famoso balcón o palco donde habrían de contemplarse el trapío y la buena lámina de aquellos toros de Urcola, Otaola, Miura, Concha y Sierra, Palha...

Junto a la vieja Venta estaba la de Eritaña. ¿Qué figura de entonces regresaba a Sevilla, luego de ver los toros, sin hacerle una visita al inolvidable Manolito Vázquez? De una venta a otra cruzaban, airoso de campanillas, cascabeles y tríos de caballos, los coches que entonces —y en «Eritaña», desde primeros de siglo— salían de la plaza de San Francisco, esa plaza que andaba por entonces en agueridas letras de martinetes, y se ofrecían con sus «llantas de goma», sus asientos «a reá», en alto el látigo que sólo servía para llevar el compás de la marcha, porque los troncos no necesitaban «renegas». Pues bien: los dos Ventas recibían el homenaje de los visitantes. Las corridas estaban en la dehesa de Tablada, con su pura casta, sus vigilantes mayrales, aguardando el veredicto del público.

—¡Buen trapío manda Urcola!

—¡Bonita lámina la de Otaola!

«El Gallo», Gaona, Belmonte, «Saleri», José «el ángel», cruzarían a caballo, de corto, entre el bullicio y las voces admirativas de los curiosos, como



Montes y su cuadrilla en la Venta de Antequera, en vísperas de la feria

VENTAS DE SEVILLA

Desde
«ANTEQUERA»
la VIEJA...

a primeros de siglo serían Fernando «el Gallo», Montes, Mazzantini, «Algabeño», mientras estallaban a la puerta de la Maestranza los gritos de «El loro», baluarte del esparterismo, proclamador de la gallardía indomable del torero de la Alfalfa, y del «Toreo», antena desorbitada del guerrismo, mientras en la Venta de Antequera, frente al derribo y el acceso de Tablada, sonreían gentilmente la condesa de París, con su airoso vestido corto, y la Montpensier, rubia, frágil, fina.

Sobre esta Venta —cubierta de cardeles famosos, herida de guarras, llena de cante y vino y gloria pura de vivir— sigue alzándose, año tras año, la popularísima feria de Sevilla. Puntualmente, en las vísperas de la Feria, una caravana de coches sale, desde el centro de la ciudad, al paseo de la Palmera, a las calles amplias y llanas que a este paseo desembocan, y, unidos, en arrolladora marcha, irrumpen en los muros y los pequeños jardines de la Venta. Caballistas, aficionados, toreros, ganaderos, fenómenos actuales y futuros, nobles, todos, en una sola y armoniosa unidad de alegría, acuden a la Venta para ver de cerca las corridas que han de lidiarse en las tardes de la feria más brillante y emotiva del mundo.

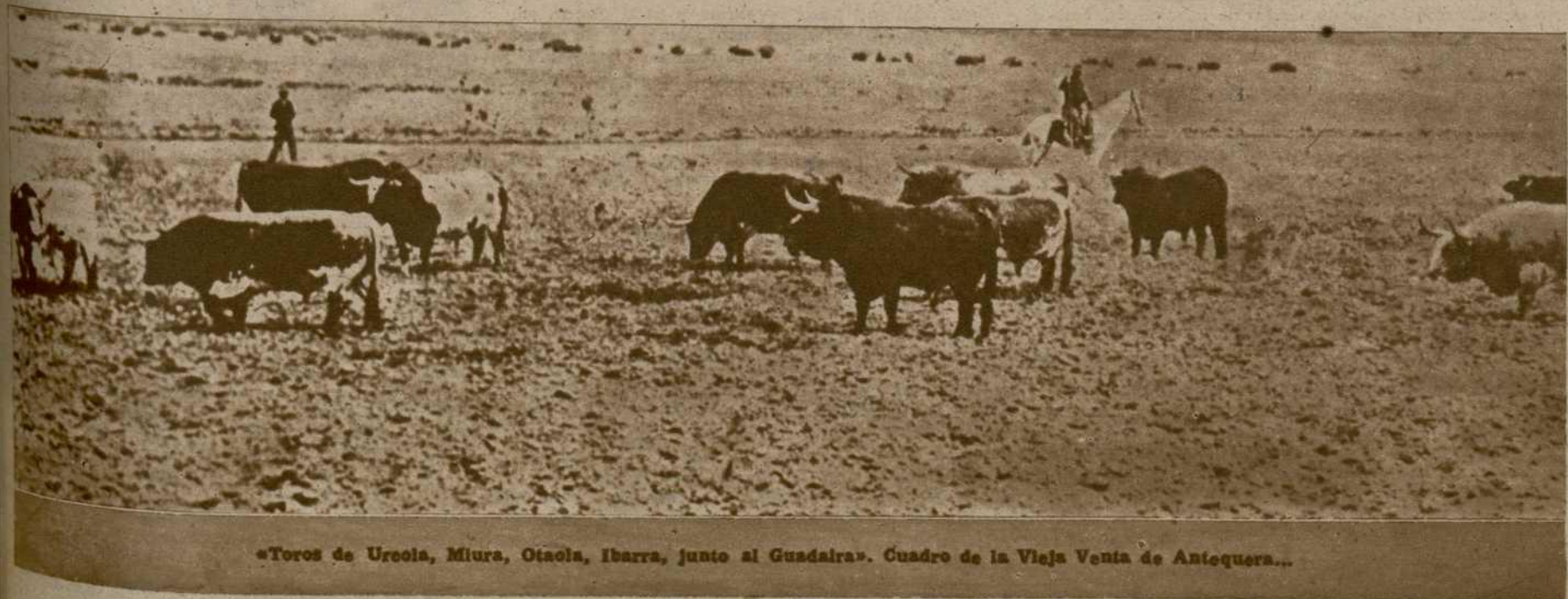
Al fondo, el Guadaira cñe su abrazo de plata al contorno, donde los toros esperan la hora del encierro. Hace años, las corridas pastaban en este llano, sin empalizadas, sin cerrados. Pero un día uno de los toros rompió el cerco cuidadoso de los mayores y concañeros, y salió a la carretera. Lo arrolló todo, y entonces fueron construidas las cercas de alambre de espino y maderas que ahora sirven para aislar, unas de otras, las diversas corridas. Son, desde entonces, como una anticipación o sustitución de los corrales de la Plaza. Como es lógico y casi ritual en estos menesteres, hay en los palcos de la Venta, entre cervezas sabrosas y frías, un cálculo de posibilidades pintoresco y solemne

sobre cuál de los toros hará mejor pelea y a qué par de estas le serán tejidos los más puros naturales de toda la feria. Y como también es ritual, todos los cálculos fallan, y todo es, al final, distinto a como se pensó. Porque además debe ser así: la fiesta de los toros no será nunca fruto de previsiones y adivinaciones. Su emoción es siempre pura y nueva. ¿Cómo será aquel, castaño? ¿Cómo aquel, cárdeno?...

¡Emoción de Sevilla en víspera de toros! Aquí está entera, musical, a paso de jinete, envuelta en el fragor de los coches, con su vejez y su solera en alto, como en el 900, como en el 13, como aquella mañana en que don Carlos Antequera abrió —porque había sentido demasiado hondo el peso de una «seguriya» en «Eritaña»— las puertas de su Venta de Antequera, y en ella puso, para flor de Sevilla, la primera luz de la primavera taurina de la Patria. Aquí está —manzanilla, caballo, torero, toro, alcurnia, rango, garbo, pasadoble— otra vez nueva, siempre vibrante de claridad y de júbilo, nuestra Feria. Y con ella la copla, como un dulce frío:

La Venta alegre y torera
que sabe a luz de Sevilla,
Venta donde, en rebolera
de clavel y seguriya,
puso su sueño Antequera...

F. MONTERO GALVACHE



«Toros de Urcola, Miura, Otaola, Ibarra, junto al Guadaira». Cuadro de la Vieja Venta de Antequera...

«FRASQUITO», IDOLO DE SEVILLA

EL TORERO VUELVE A LA CALLE

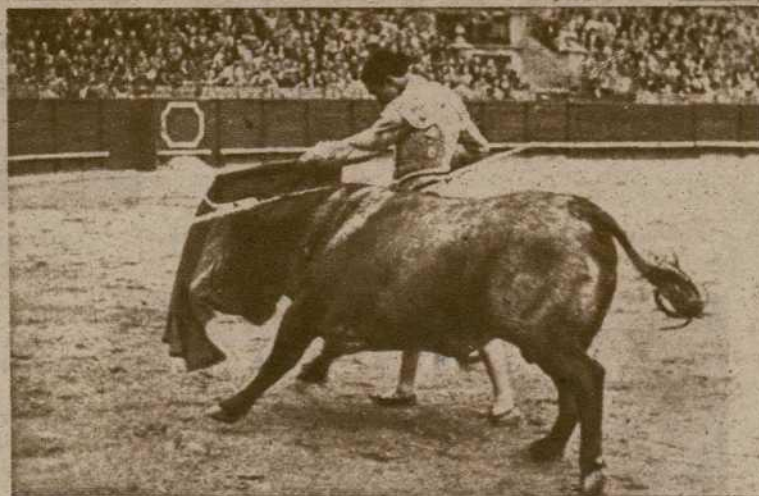
«Frasquito», como «Cúchares», el madrileño que triunfó en Sevilla.

La impresionante carrera de un hombre que en una novillada se ha puesto al frente de la torería

Si tuviéramos que resumir con una palabra la breve vida taurina de Francisco Sánchez, «Frasquito», desde esta Sevilla en que nos hallamos, con todo el cuerpo sumergido ya en el agua de rosas de la primavera, no encontraríamos más que esta: el escándalo. En la calle y en el hogar, en el café y en la Universidad, un nombre se ha apoderado de las conversaciones: «Frasquito». Un nombre que ha monopolizado al aficionado y al profano, a la modistilla y a la condesa, al hombre de negocios y al botones del hotel. El escándalo comenzó el domingo, en el breve espacio de albero que un maestro de la muleta necesita para hacer su faena ideal; pero la onda expansiva se extiende desde entonces, haciendo vibrar a una ciudad entera que, por bello azar, es además la cuna gloriosa del toreo. «¡Sevilla, por «Frasquito!»», puede decirse, aunque «Frasquito» es madrileño, como «Cúchares», que bajó de la meseta para enraizar, en la gracia abierta de San Bernardo, su arte fecundo de precursor.

«Frasquito», así, parece encarnar la vuelta del torero a la calle; como ha de ser, si estamos en una época de resurrección de la Fiesta, necesitada de la comunión del público y el torero. Nada de encerrar al torero en el negocio de los toros como en una urna de cristal. El torero necesita su público fuera y dentro del ruedo, única manera para que los toros tengan tanto de fiesta como de espectáculo de gloria como de negocio. Por eso, la ovación que «Frasquito» oía el lunes, en el recinto encantado de la calle de las Sierpes —la arca de Sevilla—, le llegó más adentro —y nos llegó a todos— que las mismas ovaciones clamorosas que el domingo escuchara en la Maestranza. Fué en la hora terrible en que la calle de las Sierpes es como una lonja inmensa al aire libre, donde media Sevilla y su provincia se entrega a la sutil conquista del pan. A pesar de ello, por un momento se cortó el hilo ondulante de los tratos; cesó el «chálaneo» pintoresco, y todos —desde el fanfarrón corredor del bastón de junco hasta el golfo vendedor de corbatas— aplaudieron. Pasaba el torero. Pasaba el héroe, porque el torero de verdad no lo es sin esta condición semilegendaria y mágica.

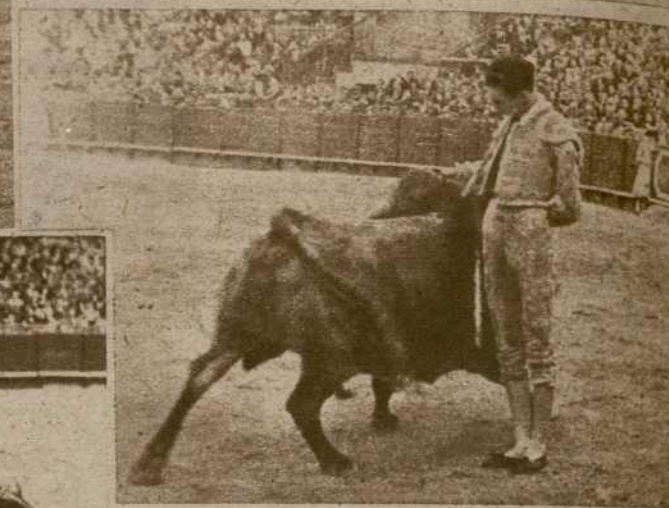
El caso de «Frasquito», con ser breve —tal vez por serlo—, la tiene. «Frasquito» no llega a la Fiesta arrastrando la cuerda vulgar de los tópicos. Falta en su caso la consabida «oposición familiar», los «antecedentes taurinos», «las largas caminatas en busca del éxito efímero e incierto de la capea y el tentadero». Nada de esto. «Frasquito» ha sido torero —esto es, ha vivido como torero— casi desde el punto y hora en que decidió serlo. Y aunque, realmente, no ha vestido el traje de luces hasta el domingo 4 de abril de 1948. «Frasquito» es uno de esos hombres que suscitan en su torno, y por parte de quienes le tratan, un crédito ilimitado de confianza. Bastó que «Frasquito» manifestase sus propósitos de torear, en varios intentos esporádicos, para que un grupo generoso de amigos afrontase los gastos y riesgos de la empresa. El futuro diestro partió para Sevilla, llegó a la ciudad de la Giralda, se instaló, a su sombra en un hotel, y se puso a esperar. Esperó sin impaciencia, seguro de que su hora llegaría. Un mes, dos, tres... Y ahora que su hora ha llegado, nada delata en él la sorpresa del hombre a quien la Fortuna se ha dignado sonreír inesperadamente. Nada de eso, en verdad. Sin jactancia, sencillamente satisfecho, como la cosa más natural del mundo, como si fuera a empezar otra vez, prosigue. ¿Quién le vio dar la vuelta al ruedo de la Maestranza? Aquella no era la vuelta de un debutante; lento y sin prisa, pisando seguro, parecía como si el eco de los mil aplausos de cien vueltas golpeasen en la serenidad de su sangre.



En aquella vuelta, con grave sentido de lo que estaba ocurriendo, se reflejaba esa madurez que «Don Fabricio», desde la tribuna de «A B C», descubría en «un torero que había empezado de maestro».

El doctor González Nandín, tan buen cirujano como aficionado, lo había dicho antes en forma gráfica: «Frasquito» ha empezado por donde terminó «Manolete». Y Juan Belmonte, el supremo torero de todas las épocas, agregaba, después de haberse roto las manos de aplaudir desde su localidad: «Mientras menos novilladas toree, mejor. «Frasquito» es ya torero, y no debe perder el tiempo.» En todo, «Frasquito», en su caso, se da esta nota de madurez, de perfección, del dominio humano; una cierta magia que, a despecho de su sencillez, sobrecoge y conquista. Esa magia que encendió velas, con manos blancas de mujer, ante las Virgenes de Sevilla, para que ninguna asta de toro quebrase el tallo de sangre de un torero desconocido.

Esta facilidad para revelarse y para ganar, en su primera salida, el aplauso unánime —la unanimidad es el fenómeno más raro en la tauromaquia—, creó el clima apasionante de su debut. Y desgranó la granada de las dificultades. Una de ellas, el del apoderamiento. ¿Por qué Raimundo Blanco, aficionado de cincuenta ferias —y no por hacerlo viejo—, aceptó, sin titubeos, su representación? Se trataba simplemente de un muchacho del que las noticias se reducían a su trabajo en Fuyma (Madrid), y a su carácter serio, animoso y afable. Pero Raimundo —como él ha dicho— lo vió en unos cuantos muletazos —casi los que se cuentan con una mano— en el festival del Arma de Aviación —otoño sevillano de 1947—, donde primeramente se le recibió hasta con chanza, tal vez inspirada por su enorme talla —largo y flaco como un estoque—, tal vez como el «espantapájaros» que dijera un empresario de «Manolete» la primera vez que el «monstruo» trató de torear. Unos cuantos muletazos. Raimundo —a quien el diestro dice querer como a un padre— no necesitaba más. Lo demás lo traería brevemente el trato de los dos hombres. Se entenderían perfectamente bajo el imperio de una concepción de las cosas en la que éstas se estiman no solamente por su consideración económica. Si «Frasquito» es así, el torero que vuelve a la calle, Raimundo es el apoderado que, huyendo de la clandestina oscuridad en donde se tejen muchas



miserias del mundo taurino, vuelve a la calle también, con su torero, para señalarle paternalmente los derroteros precisos de una carrera que es tanto más difícil como que ha comenzado en la misma cumbre que muchos no lograron, y que otros lograron después de años tenaces de pelea con los toros.

C. F. C.

APODERADO EXCLUSIVO:

D. Raimundo Blanco

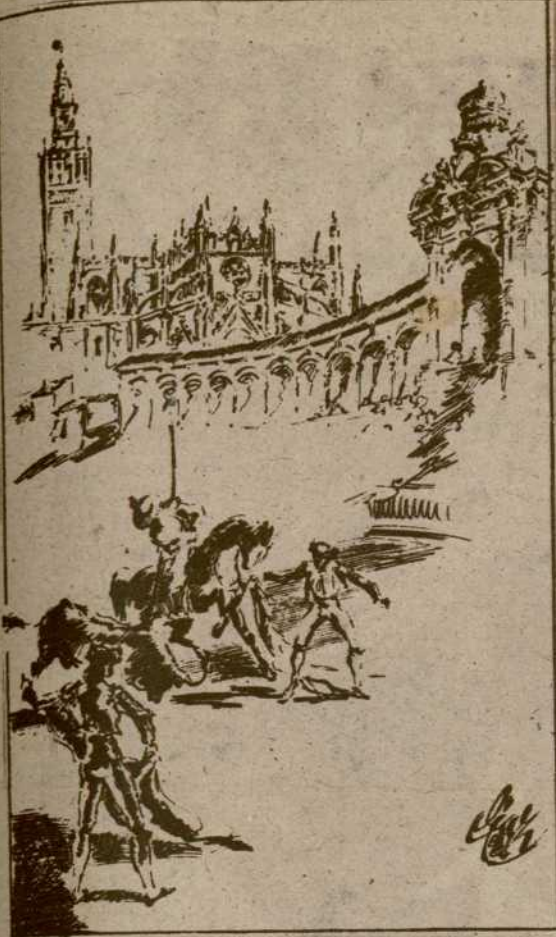
Plaza de Falange Española, 5 y 9. Tel. 25218 y 25580. SEVILLA

UNICO REPRESENTANTE DEL APODERADO:

D. Ramón S. Sarachaga

Cava Baja, 30 - Teléfono 27-14-61

MADRID



La Plaza de la Real Maestranza en 1847, año inaugural de la feria (Dibujo de F. Díaz)

TODOS los años, desde 1847, cuando los naranjos recién florecidos pregonan el triunfo de la primavera, el agro fecundo de Andalucía la baja se hace nómada por unos días y planta sus reales al borde mismo de Sevilla, para brindar a la ciudad lo más valioso de sus tesoros. Eso es la feria sevillana de abril: ocasional presencia del campo en las lindes de la urbe, que, alborozada, recibe la visita y la celebra con la más entrañable de sus fiestas genuinas: los toros.

Así, la renombrada Plaza de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla ha sido durante los primeros cien años de Feria, cumplidos en el pasado de 1947, lugar donde acontecieron memorables sucesos tauromáquicos trascendentes a la propia vida de la Fiesta Nacional.

Desde «El Chiclanero» a «Manolete», las figuras del toreo, con la sola excepción de «Paquiro», pisaron el ruedo del Baratillo por feria de abril. Lástima que el nombre del torero de Chiclana, representante en el arte taurino de la suma perfección, no aparezca en el cuadro de honor de los prohombres de la Tauromaquia que en todo tiempo dieron lustre y fama a las corridas de la feria sevillana.

A los componentes del cartel del natalicio de la feria —18 de abril de 1847—, que fueron Juan Lucas Blanco, de Sevilla, y el gaditano Manuel Díaz, «Lavi», con Manuel Trigo de medio espada, siguieron, en el magnífico desfile, José Redondo, «el Chiclanero», Curro «Cúchares», Juan Martín, «La Santera», «El Salamanquino», Manolo Arjona, el hermano de «Cúchares», el infortunado «Pepete», el señor Manuel Domínguez, «Desperdicios», «El Tato», Antonio Carmona, «El Gordito» y «Bocanegra», por no citar sino a los más afamados.

Tras de éstos, abrió la época de «Lagartijo» y «Frascuero», en la que el rango del toreo se encumbraba hasta la eminencia. Trece años de la enconada rivalidad entre los dos potentísimos lumináres de la Tauromaquia vio la feria de abril de Sevilla, y más no viera a causa de la sistemática hostilidad que al cordobés mostrara una Asociación de pseudoaficionados «reventadores», denominada «Los campanilleros». El 20 de abril de 1884, las burlas y los denuestos contra «Lagartijo» excedieron a lo tolerable, por lo que «El Califa», cuando, en la fonda, cambiaba de vestido, después de la corrida, al quitarse las zapatillas, las sacudió, diciendo: «De Sevilla, ni el polvo.» Ciertamente, «Lagartijo» jamás volvió a la ciudad de la Gracia.

Entre sus contemporáneos, merecen el honor de la cita «Currito», el hijo de «Cúchares», «Chicorro», «Jaqueta», «José Machío», «Hermosilla», «Cara-Ancha», Angel Pastor y Fernando Gómez «el Gallo», fundador éste de una dinastía tauromáquica tan extensa como gloriosa.

Sigue la breve, pero animada época de «Guerrita» y «El Espartero», protagonistas ambos de singulares proezas en la feria de Sevilla. Junto a ellos, y después de ellos, brillan, más o menos intensamente, Mazzantini, «Minuto», «Bonarillo», Reverte, el gran torero de Alcalá del Río; «Quinito», «Faisco», Antonio Fuentes, Emilio Torres, «Bombita»; «Conejito» y «El Algabeño». Muerto «El Espartero», y retirado «Guerrita», el trianero Antonio Montes abre un paréntesis, que llenan con loable gallardía Ricardo «Bombita» y «Machaquito», a quienes corresponde la gloria de haber sostenido el fuego sagrado de la Fiesta hasta el advenimiento de «Joselito» y Belmonte, el más trascendente hecho entre los que computa la historia del toreo.

«Saleri», Vicente Pastor, Rafael «el Gallo», «Regaterín», «Bienvenida» padre, «Relampaguito», «Moreno de Alcalá» y Curro Martín Vázquez, entre otros, ayudaron al «Bomba» y al «Machaco» en su importante tarea.

Cierra el período decadente, que abrió la retirada de «Guerrita», la aparición de los «deseados». «Joselito» toma la alternativa el 28 de septiembre de

chos, serenados en la Historia, nos revela y aclara su sentido ineluctable. ¿A quién mejor? Porque «Joselito» y Belmonte sublimaron el arte de torear, y sus principales proezas respectivas, consecuentes entre sí, tuvieron por acicate el ansia, ciertamente satisfecha, de triunfar en feria de Sevilla.

El 29 de abril de 1920, los colosos torearon mano a mano en la Maestranza. Nadie pudiera imaginar que fuere la última actuación de «Gallito» en Sevilla; días después José moría en Talavera. La Historia tiene designios inescrutables, y si «Joselito» había de morir, aquel mano a mano era, sin duda, apremiado por una razón histórica.

El toreo belmontino, aun falto del estímulo de la competencia, señoreó finalmente en todas las ferias, hasta que Belmonte se fué.

Belmonte y «Joselito» enseñaron a sus sucesores a perder el respeto a los toros; para ellos, la barrera fué un límite ideal, pero no una defensa. Consecuencia feliz del felicísimo hecho gallista-belmontino, el decenio manoleteísta, que cierra el primer siglo de toros en la Feria de Sevilla. «Manolete» muere en olor de heroicidad, el año del centenario de la Feria; héroe principal de las últimas grandes tardes del magno acontecimiento, es la más acabada expresión del logro actual de la tauromaquia. Con el cordobés compartieron penas y glorias otras figuras; pero su permanencia en actividad cohibe el juicio total y veda la cita.

«El Chiclanero» y «Cúchares», «El Tato» y «El Gordito», «Lagartijo» y «Frascuero», «El Espartero» y «Guerrita», «Bombita» y «Machaquito», «Joselito» y Belmonte, «Manolete», en fin, como capitanes de época, escribieron en el ruedo de la Maestranza sevillana por Feria de abril, páginas inmortales que son sustancia del Siglo de Oro de la Tauromaquia.

Eso es lo que actualmente conmemora Sevilla, cuando a la eternamente renovada hora del florecer de los naranjos, el campo, como hace ciento y un años, llega hasta la ciudad y le pide la mano para decirle la buenaventura.

DON FABRICIO

La feria sevillana de abril

UN SIGLO de TOROS

1912, en Sevilla, y Juan Belmonte se doctora en Madrid el 16 de octubre de 1913.

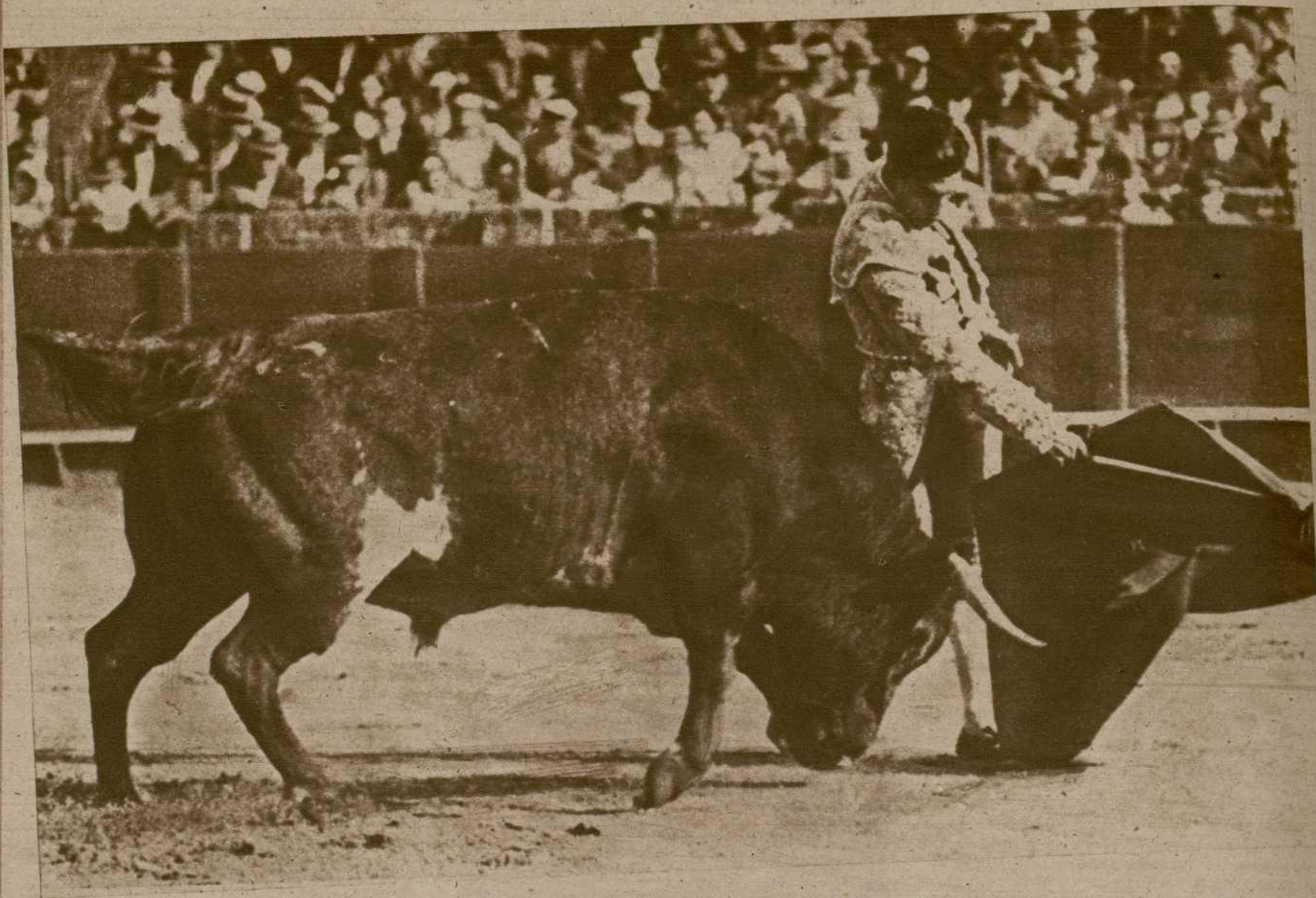
El gran suceso, en el que ha de identificarse la suma trascendencia de esta espléndida época se produce en la feria de 1914. El toreo no puede medrar sin una competencia que alimente la pasión del aficionado. «Joselito» imperaba con poderes hegemónicos. Días antes de la memorable feria del 14, Belmonte resultó herido en la Plaza de Murja, y había de excusar su comparecencia en la Maestranza. No era Juan —se decía— el posible competidor de «Joselito». Belmonte explotaba la herida para esquivar el «encuentro» con los miuras.

Pero, ante el general asombro, Juan Belmonte hizo el paseo el 21 de abril entre Gaona y «Joselito», y con la herida abierta, fuertemente vendada, mató dos toros de Miura, que en canal pesaron 354 y 342 kilos, respectivamente. Pregonó el triunfo de Belmonte su salida de la Plaza por la puerta del Príncipe a hombros de los entusiastas. Triana hizo fiesta aquella noche, sin que La Alameda se escandalizara. Entre el supremo artista de la tauromaquia, José Gómez, «Gallito» y el revolucionario Belmonte quedó entablada una competencia leal, que atribuyó a Juan autoridad para negar el mito de las jurisdicciones.

Maravilla tanta había de tener premio extraordinario, y así, a «Joselito» y a Belmonte les fueron concedidas las dos primeras orejas que se dieron en la Plaza de la Real Maestranza; el 30 de septiembre de 1915 (feria de San Miguel) a José, y el 28 de abril de 1916 (feria de abril), a Juan. Los aficionados de aquel tiempo, en general, se escandalizaron. «Sevilla —decían— no debió en modo alguno romper con el uso tradicional que vedaba la concesión de trofeos.» Hoy, la interpretación de aquellos he-

«El Lavi» y Juan Lucas Blanco, espadas de la primer corrida de feria celebrada el 18 de abril de 1847 (Dibujo de F. Díaz)





"GITANILLO DE TRIANA", torero de la feria de abril de Sevilla

La corrida del Domingo de Resurrección en Sevilla es como el heraldo taurino de la feria abrileña. Abre paso, con su mérito inicial, al mérito indudable de los festejos mayores, y anuncia, con sus sones de victoria, el esplendor de las corridas que se acercan, inundando de gloria el albero de la Maestranza. En el magnífico prólogo de esta temporada, un torero, "Gitanillo de Triana" heraldo adelantado de la gracia sin fin de su arte, consiguió un rotundo y bello triunfo. El primero de la serie, anuncio, sin duda, de halagadores presagios.

Y con los trofeos en alto, como bandera de orgullo, parecía dar un saludo de bienvenida a la gran semana taurina, que en esta hora nos llega, llena de color, en el espíritu inefable de su tradición.

No pudo empezar para "Gitanillo de Triana" el brillante torneo taurino con más suerte y con más legítimo merecimiento. Y al calor de este éxito, primero de la temporada sevillana, hemos cambiado unas breves palabras, síntesis de amena charla, con el mejor artífice de la verónica clásica.

—¿Cuál es el mayor aliciente que advinas en los espléndidos carteles de toros y toreros de la feria de abril?

—La posibilidad del toro bravo y alegre. Y de que sea yo el agraciado con la suerte de tenerme que poner delante. Por eso, cada vez que barajo en mi imaginación las combinaciones, sólo veo los nombres de las ganaderías, y por selección, quiero tropezarme con la fortuna. ¡Y que me embista el mío!

—¿Cómo es "la faena" que, naturalmente, ambicionarias realizar en la feria sevillana?

—Tal como son, las cosas perfectas. Puesto a soñar, ¿para qué limitar la ilusión? Pero siempre conforme a mi manera de concebir y entender el toreo.

—Que es...

—Cargando la suerte. Y toreando sin esfuerzo.

—A fuerza de inspiración solamente.

—Eso.

—¿Estás contento de tu posición esta temporada en el toreo?

—Contento, pero no satisfecho. Presumo estarlo del todo para final de la temporada, ya que en el curso de ella tengo puestos todos mis sentidos.

—El juicio del público es unánime al apreciar que este año estás en la mejor sazón de tu arte.

—Pues procuraremos no discrepar de tan halagadora sensación de estímulo.

—¿Qué importancia les concedes a las corridas de abril de Sevilla, en orden a la marcha artística y económica de la temporada?

—Decisiva. Como siempre, y este año más; por el relieve del Centenario de la feria sevillana, el ruido de la Maestranza no es sólo un motivo lírico para escritores y poetas, sino un cuadro de valoraciones materiales, en orden al inmediato porvenir de la Fiesta.

"Gitanillo de Triana", brote recio de un frondoso árbol de toreros, suspende nuestro diálogo para presentarnos a su sobrino Currito Puya, heredero directo de su arte puro, quien sale en su primera ambición al campo de la fama, dispuesto a que ese lance quieto en su dulce desmayo, que inmortalizara el primer "Gitanillo", y que de manera tan asombrosa cultivara siempre Rafael Vega, no se escape nunca de entre las manos de esta estirpe de buenos toreros, de la que el artista, que en esta hora nos deleita con sus simpatías, es sostén y continuidad.

Y Rafael, como suprema felicidad y como mejor exaltación de Sevilla, suspira en alto: "El día que yo vea el nombre de este nuevo gitano en los carteles de la feria de mi tierra..."

A. B.

Una catástrofe en la Plaza de Toros de Sevilla, el año 1848

Se ha perdido el seso en Europa y la cosecha de garbanzos en España, dice el periódico que tengo en mis manos.

Este diario madrileño es de la primavera de 1848. Hace un siglo.

Ya Europa había perdido el seso. Y no lo ha recobrado.

Ni España los garbanzos.

La dama más pulcra —añade el periódico— y elegante habla de la organización del trabajo, del socialismo y de la revolución; la joven más inexperta y candorosa pide noticias de Emilio Girardin y de Louis Blanc. El contagio de la política ha alcanzado a todas las edades y a todos los individuos. El niño apenas adolescente conoce ya a Lamartine, a lord Palmerston y a Metternich.

Pero los petimetres y las damitas todas, dengues y arrumacos que pasean por el Prado (que entonces tenía categoría de bosque), comentan, asombrados, la noticia: «¡Ha llegado de París, con todo el prestigio de la novedad, la polka-mazurka!»

Y se olvida la pérdida de la cosecha de garbanzos, y las intrigas de Metternich, y el genio áspero de lord Palmerston... ¡La polka-mazurka hace furor! Y lo mismo el caballero de larga y rizada barba, que el niño bitongo o zangolotino, que la dama opulenta, toda ringorrangos, o la señorita del principal, de la «sufrida» clase media, o la modistilla que se pasa la vida cose que te cose en su zaquizami, aprenden a bailar la polka.

Madrid baila, afirma el periódico. Y se anuncia que un caballero que acaba de llegar de París se compromete a enseñar a bailar gratis la nueva danza a las señoras que lo deseen. Y el revoloteo de las faldas da miedo.

¡Oh, la polka-mazurka!

Pero dejemos a los caballeros que se soben voluptuosamente sus barbas o se muerdan las finas guías de sus bigotes, como un perrillo el rabo, pensando en la mazurka, y metámonos en este grupo de parásitos, de flamencos de chaquetilla corta, de «niños» de pantalón ajustado y patillas de hoz, de granujillas de arrabal y de virotos y buscavidas. En este montón de gente ociosa que hay en la Puerta del Sol, uno de ellos lee un periódico:

«Catástrofe en la Plaza de Toros de Sevilla.»

—¿Qué fecha tiene el periódico, compadre?

—pregunta uno que se asoma al grupo.

—Esta noticia es del día 4 de junio de 1848.

—y lee un subtítulo: «Primavera sangrienta.»

—¿Qué ha dicho?

—¿Me queréis dejar leer?—pregunta el lector, incomodado.

Se forma un poco de barullo; después todos chistan, y el del periódico continúa:

«Por largo tiempo quedará memoria en Sevi-



lla de la corrida de toros verificada en aquella Plaza el 4 del actual. Un suceso de que parece no hay memoria en los fastos taurinos sembró el espanto entre la muchedumbre que se había agolpado a presenciar la corrida. El *Diario de Sevilla* narra así la escena presenciada por sus redactores:

«Desde el principio de la temporada, todos los aficionados se preguntaban cuándo se jugarían toros de Lesaca y Concha y Sierra. El deseo de ver lidiar toros de Lesaca hizo que la concurrencia a la Plaza fuese extraordinaria.

Ya se había lidiado el tercer toro cuando se presentó el cuarto, negro entrecano, ligero como un águila y de incomparable bravura. ¡Pocas veces se ha visto en la Plaza un toro más bravo!

No tomó más que una vara, y dirigiéndose a buen paso hacia el quinto andamio a la derecha del toril, saltó la barrera con mucha limpieza y con tal empuje que alcanzó la puerta del toril. A

El famoso torero “REDONDO” mata a un toro en el tendido

la violencia del animal, que pesaba 400 libras, cedió la puerta, y con la facilidad que pudiera hacerlo un perro, empezó el toro a subir por encima de la gente.

El bicho, sin cornear, sólo abriéndose paso con el hocico, tomó la dirección de los balcones de sol.

El griterío y la confusión eran enormes. Por donde avanzaba el toro, la gente, en tropel, huía. La masa iba de un lado para otro, enloquecida. De pronto se oyen gritos de espanto:

—¡La ha matado!

Y todos ven en los cuernos del animal el montón de una mujer. Esta prenda era de una señora que, petrificada por el miedo, no se había movido. No le había pasado nada.

La fiera, que había llegado ya hasta la última grada, volvióse atrás, hacia el balcón de la Diputación. Multitud de personas saltaban fuera de la Plaza, gritando «¡Auxilio! ¡Auxilio!» Las que ocupaban las primeras gradas de los andamios se hallaban oprimidas, aplastadas por el montón de criaturas que caía sobre ellas. Todas gritaban: «¡El toro! ¡El toro!»

Al empuje de aquella masa humana cedían los tabloncillos, se arrancan cuatro pilares de piedra y un millar de personas se precipitan sobre las otras. Hay cabezas fracturadas, brazos rotos, señoras desmayadas... Se perdieron muchísimas prendas.

El diestro «Redondo» pidió un estoque a su mozo y subió al andamio, donde acabó de una estocada con la fiera.

El célebre torero fué aplaudidísimo, y anteañoche recibió, por disposición de S. A. el duque de Montpensier, un magnífico alfiler de brillantes en

remuneración al arrojo con que mató al toro que invadió los andamios y a la habilidad y destreza que en la misma tarde mostró con los toros.

Duélenos los sucesos dolorosos que tuvieron lugar el domingo. Después de lo ocurrido en la Plaza sobrevino un incidente aquella noche que pudo ser origen de una gran desgracia.

Estaba el famoso «Redondo» en la fonda del Rezo lavándose para vestirse e ir a dar las gracias a S. A. por el acto de munificencia usado con él, cuando se presentó un individuo con una navaja en la mano, diciéndole:

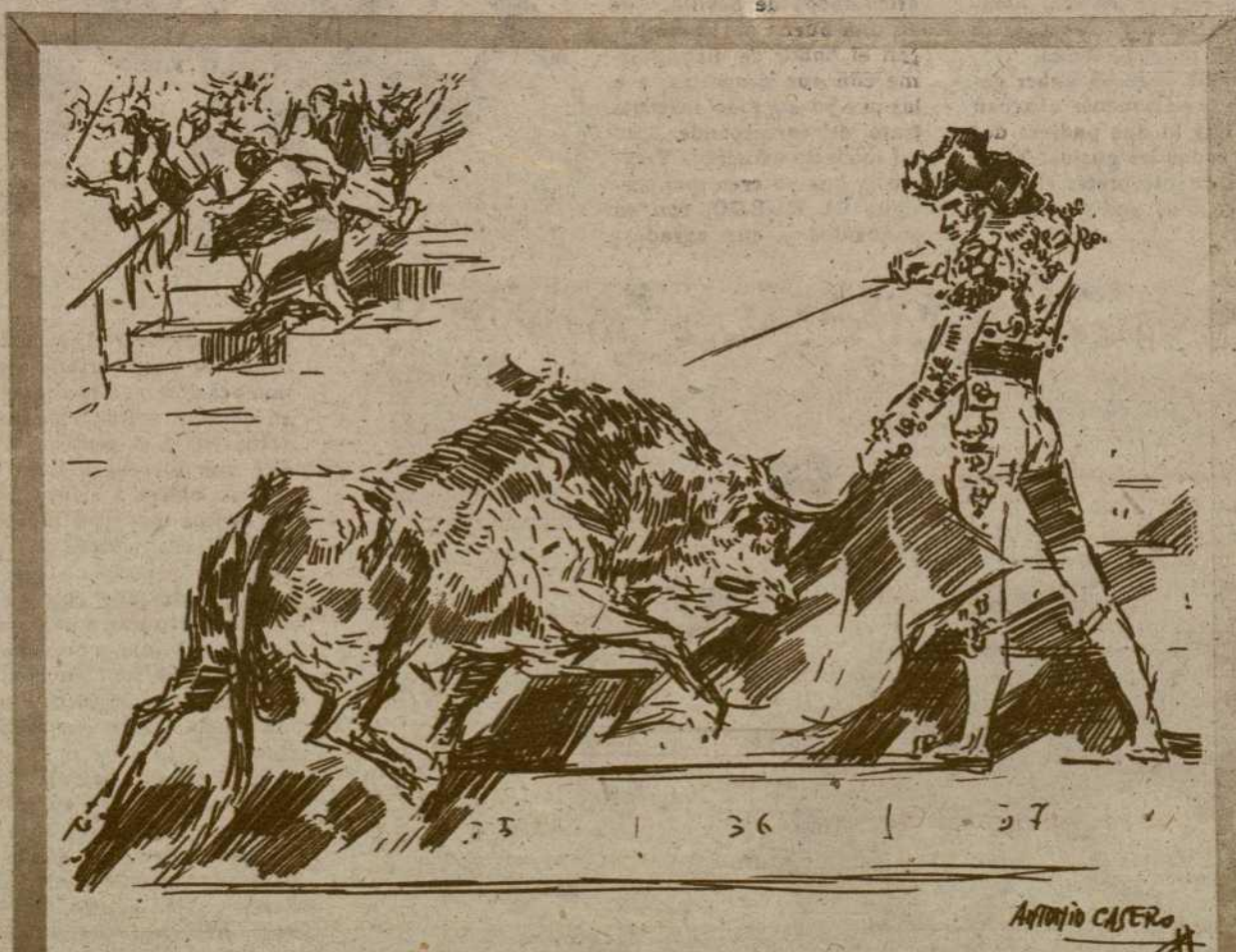
—¡Vengo a matarte!

Y levantó la mano para dar el golpe; pero unos amigos del torero cayeron rápidos sobre el agresor y le arrebataron el arma, impidiendo el crimen.

El origen de este asunto es que en la Plaza hubo un disgusto entre Juan Pastor y «Redondo», cuando el primero quiso matar el sexto toro.

«Redondo» ha rescindido el contrato. No quiere torear en Sevilla...

JULIO ROMANO





MANUEL ALVAREZ, "ANDALUZ", gala y orgullo de los carteles de feria de Sevilla

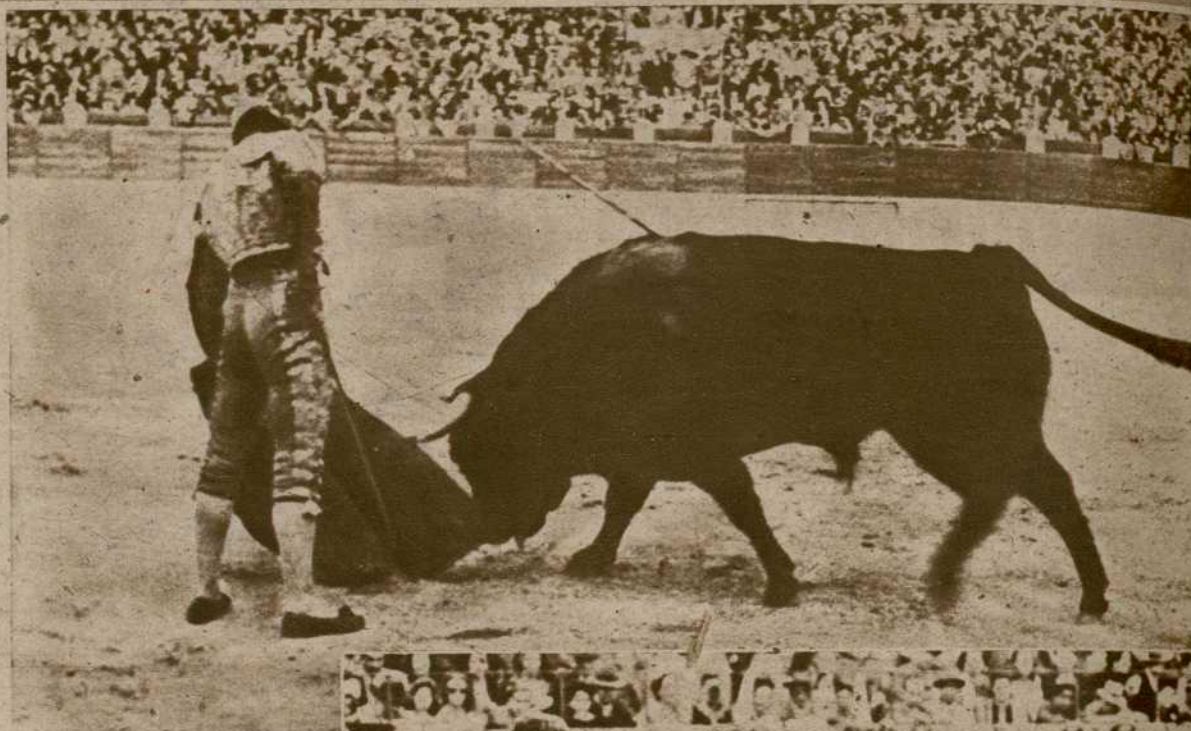
EL nombre de «Andaluz», en el ámbito torero, irrumpe esta temporada con alientos incontenibles. En sus primeras actuaciones se ha puesto a la cabeza de todas las novedades, cortando orejas en cuantas corridas lleva toreadas y poniendo a prueba la calidad de su arte y la segura preseca de su valor seco y profundo.

Con la prisa y la vehemencia que da la seguridad en el éxito, el torero de Triana ha dado sus primeros aldabonazos en la puerta de los triunfos, diciendo una vez más a todos lo que su nombre significa en la Fiesta y lo que será su temporada, de seguir, como se propone, esa línea ascendente por el camino de la verdad en el acierto. Al «Andaluz» le hemos hecho estas dos preguntas, relacionadas con los brillantes carteles sevillanos:

—En la variedad de estilos, advertidos entre los componentes de las combinaciones abriñenas, ¿cuál crees, a tu juicio, que obtendrá un mayor beneplácito del público? Y... ¿qué impresión te produjo el ver tu nombre incluido entre los más destacados de la Feria de abril?

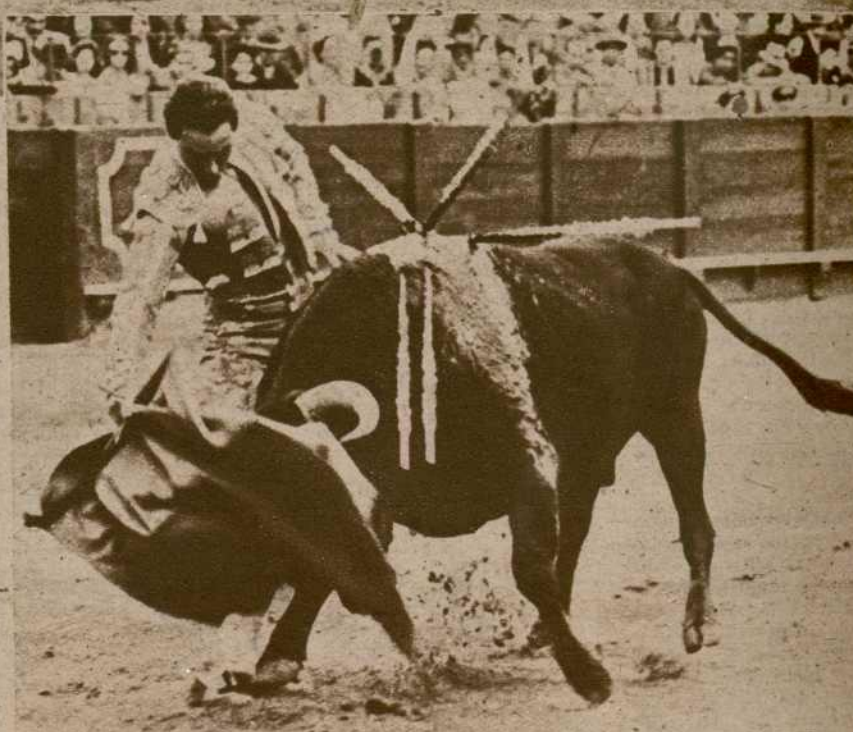
«Uno de los méritos —nos escribe Manuel Alvarez— de la Fiesta de los toros es su contraste y su diversidad. A mayor variedad, mayor interés.

Por eso, los carteles de Sevilla parecen haber deleitado a la mayoría, porque precisamente abarcan tonalidades muy distintas y hay lo que pudiera decirse en frase corriente para todos los gustos. Y sobre cada estilo y cada manera de interpretar el toreo se impondrá el que más valga o el que de manera más efectiva se haga sentir.



Y ahí estará «el duende».

Respecto a la impresión que me haya podido producir el verme anunciado, como lo estimo sin presunción alguna, una cosa natural, ya que los toreros estamos sólo para torear a donde nos contraten, no ha pasado de ser una verdadera satisfacción para mí, en cuanto supone un motivo de contento para la masa de aficionados de Sevilla, que en una buena parte me hacen el honor de distinguirme con sus simpatías, y a las que yo en todo instante trato de corresponder con mi modesto esfuerzo. Y como lo que yo creo que persigue EL RUEDO, con su curiosidad —que agradez-

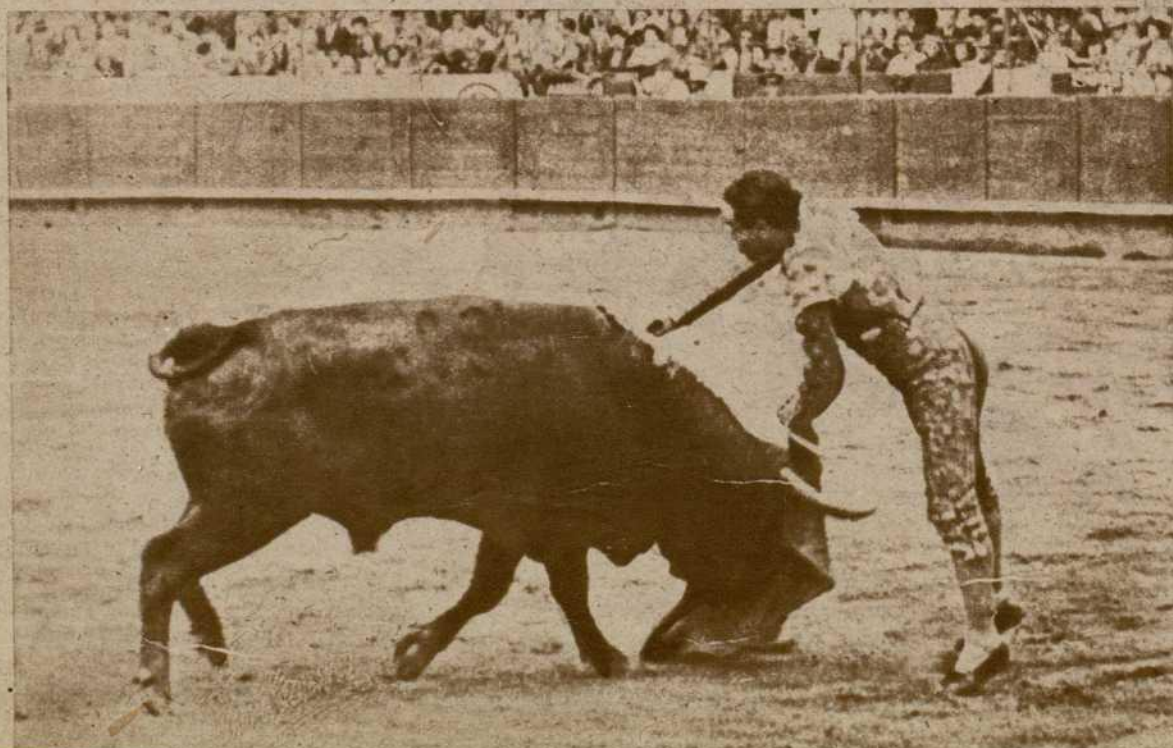


co—, es conocer el grado de alegría que tengo en estos instantes como trianero y como sevillano, por tener una ocasión más de actuar ante el público de Sevilla y en ocasión memorable por celebrarse con nuestras actuaciones el centenario de la Feria sevillana, le diré que sobrepasa toda satisfacción íntima y que ello me obliga a esforzarme más, si cabe, en servir los deseos del gran público, al que por entero me debo. Y en... Serva la Barí nos veremos, si Dios quiere.»

Como obligado colofón a estas líneas, sólo nos queda, por nuestra parte, que declarar que el torero de Triana, gala y orgullo de los carteles de la Feria de Sevilla, es, hoy por hoy, el más genuino representante del toreo clásico. Por eso, su nombre brilla con luz propia sobre tan preciadas combinaciones taurinas.

Su arte sin mácula, su expresión corera, plebética de calidades, su valor contrastado y positivo, su garbo y su gracia abre la Feria de Sevilla. Y en abanico expectante queda la curva ilusionada que habrá de cerrarse al arrastrarse el último toro de la Feria: ¿quién superará el mérito y la fama de Manuel Alvarez, «Andaluz»?

E. F.



"JOSELITO" y BELMONTE

en la feria de ABRIL



la calma, el buen tiempo, la obra acabada y en orden. ¡Y cómo triunfó Belmonte! Belmonte no había toreado —a pesar de figurar en los carteles— las tres corridas anteriores, porque aun no había sanado totalmente de la última cogida. Los gallistas aseguraban que Belmonte temía medir sus armas con José. Pero los partidarios de Juan confiaban en poderles desmentir. Juan no les defraudaría, al fin. Para el 21 se lidiarían miuras. Y para ese día Belmonte anunció su llegada de Madrid y su aparición en el ruedo. Una multitud enardecida fué a recibirle en la estación. Pero cuando apareció Belmonte en el estribo del vagon, una ola de decepción entibió el calor de los aplausos. Belmonte no estaba físicamente en condiciones de luchar. Hasta cojeaba. Los gallistas encontraron a mano un agrio argumento: «Belmonte quiere hacer simplemente el pasillo y retirarse, para que «Joselito» y Rafael tengan que cargar con su lote». Pero los gallistas, esta vez, se equivocaron. Belmonte, pálido, más acusada que nunca la línea terriole de su mandíbula, cojeando, se situó, una y otra vez, ante el toro, poniendo en juego el prodigio de sus brazos. Aquella fué una victoria de los brazos sobre las piernas, porque José era el torero de las piernas. Desde aquel día las piernas y los brazos han servido para dividir en dos mitades, no ya la historia del toreo, sino sus pilares teóricos.

Planteada en esta tarde famosa la competencia, ésta se extenderá hasta que un toro de la ganadería de la Viuda de Ortega —no asociada— ponga fin a la carrera artística del torero más completo de todas las épocas.

En este período hay que señalar como un paréntesis tres años: 1917, 1918 y 1919. En el primero la competencia quedó en estado de vida latente, porque Juan Belmonte fué herido antes de la feria y no pudo actuar. «Joselito» tampoco toreó aquel año. Se había hundido, en una de las pruetas, la Monumental, cuya Empresa le había contratado, y el diestro rehusó una oferta de la otra Empresa. En 1918 siguió la competencia también en estado de latencia, porque Belmonte se fué a hacer su primera temporada a América, aquella de la que volvió con laureles, dineros y esposa. Gallistas y belmontistas llevaron aquel año su imposible disputa al campo incierto del puro verbalismo. Los colosos no contendían. Discutían por ellos sus partidarios. En 1919 la competencia se reanudó, pero sin su expresión típica —el «mano a mano»— ni la presencia de los dos diestros en el mismo ruedo. «Joselito» toreaba en la Monumental; Belmonte, en la Maestranza. Los partidarios de «Gallito» atacaban a Belmonte sin ver a Belmonte. Y viceversa. Naturalmente, aquello acababa siempre a palos.

Reduciéndonos ahora a los años que compitieron, en la feria, nos encontramos con que en 1914 apenas hubo nada saliente, fuera de lo ya dicho. En 1915 comenzó la serie de los mano a mano, que esta vez también sirvió para el triunfo de Belmonte. Nuevamente «Don Criterio» dice lo de «se llevó el gato al agua». Pero José se desquita en septiembre cortando la primera oreja que se cortó en la Plaza de la Maestranza. Mas en abril nuevamente Belmonte triunfa —en 1916—, cortando la segunda oreja. «Gracias a ti» —escribe en aquellos días Ricardo Torres a Belmonte— puede seguirse la Fiesta de toros llamándose la Fiesta del valor». Respecto a la competencia de los diestros, en 1919, desde dos ruedos distintos, las crónicas señalan como triunfador a «Joselito», frente a un Belmonte «apático y deficiente». José, sin duda, acaba de digerir la revolución belmontista, como esos buenos políticos que saben que nada hay como digerir revoluciones para hacer obra conservadora.

Y ya hemos llegado al año trágico por antonomasia: 1920. En las tres corridas «Joselito» gustó más que Belmonte, un tanto apagado, sin encontrarse a sí mismo. Unos días después de la feria, «Joselito» toreará su última corrida en Sevilla. Tiene una cita con la Muerte en Talavera de la Reina.

Esta es, panorámicamente, la historia de una gloriosa rivalidad a través del gran marco del abril sevillano. Rivalidad. Claroscuro, como los mismos cosos, partidos a medias entre sombra y sol. Porque sólo así se evita el tono gris de la penumbra. Esa penumbra triste, casi melancólica, que es la Fiesta de toros, cuando no se anima por una rivalidad sostenida con nobleza.

DON CELES

ENTRE los escenarios de la época de oro del toreo, uno merece singular consideración: la feria de abril de Sevilla. Llamamos época de oro a la que conoció la gloriosa rivalidad artística de «Joselito» y Belmonte. De oro, porque fué el resumen de todo lo anterior —«Joselito»— y la cuna de todo lo posterior —Belmonte—. Y por tanto, fué, al mismo tiempo, meta y partida, siembra y recolección. Y señalamos la feria de abril como escenario máximo, porque ella guarda en el archivo dorado de su pasado las notas más altas de aquella sublime competencia. Y ahora vamos a zambullirnos en las aguas de la Historia, repleta de noticias y datos.

En primer término, señalemos que la competencia quedó planeada precisamente en una feria de abril: la de 1914. El día histórico fué el 21. Más his-

tórico, quizá, más apasionante y más trascendental, al ser la cuarta —no la primera, ni la segunda, ni la tercera de feria— aquella corrida. Estos tres días prepararon el clima —el extraordinario clima— de la tarde famosa, que todavía se ufanan en recordar los belmontistas —los fieles belmontistas, tan fieles como los fieles «gallistas», de una fidelidad que raramente han conocido otros toreros—. Aquel día el éxito correspondió por entero a Juan Belmonte, que, con frase de «Don Criterio», «se llevó el gato al agua». En esto reside la trascendencia de aquella tarde. Triunfó Belmonte, que era la revolución, frente a «Gallito», que, en cierto modo, era el conservadurismo, como resumen de todo lo que hasta entonces se había venido haciendo en el toreo. Triunfó Belmonte, que era, como se le llamaba, el «terremoto», frente a «Joselito», que era

EL BARRIO DE SAN BERNARDO



Aspecto del Museo taurino del conde de Colomby, instalado en el propio corazón del barrio torero de San Bernardo

El conde de Colomby, José María de Cossío y «El Camisero» en el Museo taurino del barrio de San Bernardo

Miniatura (inérita) de Pedro Romero, propiedad del conde de Colomby, que figura en su casa de Madrid

EL barrio de San Bernardo compone, con el de Triana y con la Alameda de Hércules, el tríptico de la solera taurina sevillana.

Y también han sido tres los factores que han influido poderosamente en su historia taurina.

Es el número uno, que allí estaba situado el antiguo Matadero, que como pórtico de dicho barrio ocupaba los terrenos de unión de la puerta de la Carne con San Bernardo, hoy parte de los mismos convertidos en gran Mercado de Abastos, y en la otra parte se edificaron casas de pisos, en una de las cuales tiene instalado el que estas líneas escribe su Museo taurino. Es el antiguo Matadero sevillano «vieja academia del toreo andaluz», según frase feliz del gran escritor José María de Cossío.

El número dos es la Escuela de Tauromaquia, de efímera existencia, que funcionaba en una placita construida en el mismo Matadero. Fué creada por Real orden de 28 de mayo de 1830 por el rey Fernando VII, y de ella fueron maestros Pedro Romero,

nombramiento otorgado el 24 de junio de 1830, como director; Jerónimo José Cándido, el 2 de junio de 1830, primero como director y después, al nombrarse para ese cargo a Pedro Romero, fué sub-

director, y en tercer lugar, Antonio Ruiz, «el Sombrerero». La inauguración se hizo el 5 de enero de 1831, y fué suprimida el 15 de marzo de 1834.

Formaron parte de la primera promoción de la misma, toreros de la fama de «Curro Cúchares», de Francisco Montes, «Paquilo» o «Paquiro», de Juan Pastor, «el Barbero» y de Juan Yust, y posteriormente el «señor» Manuel Domínguez.

Es el número tres el que, a los sesenta y dos años de suprimida la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, instaló allí a sus expensas y sin protección alguna oficial, el primero de julio de 1893, su Escuela Taurina el «señor» Manuel Carmona y Luque, «el Panadero», hermano del famoso espada Antonio Carmona, «el Gordito». Estos, según el ex matador de toros y notable publicista don Angel Carmona, «el Camisero», constituían «alguna de las famosas incubadoras sevillanas». Estaba situada al lado del Matadero, más hacia San Bernardo, y lo que en el mismo llamaban «El Pelaoero» era pared medianera con la Escuela Taurina. ¡Qué cantidad y qué calidad de toreros desfilaron por ambas!

Han sido infinitos los astros, más o menos luminosos, que han nacido o se han formado en el taurino barrio de San Bernardo, desde Antonio Ruiz, «el Sombrerero», 1773 u 83, hasta nuestro Pepe Luis Vázquez, 1922, pasando por el gran maestro, de tan grata memoria, don Ignacio Zuloaga, taurinamente conocido con el alias de «El Pintor», y allí dejaron las más puras esencias de su arte taurino, como «catedráticos», Pedro Romero y Jerónimo José Cándido.

ANTONIO RUIZ, «EL SOMBRERERO».—1773 u 83-1860.

Discípulo de Curro Guillén, encauzó su vida taurina en el Matadero. Estuvo actuando varios años de medio espada con su maestro, y al marcharse aquél a Portugal, actuó de primer espada en las Plazas de Andalucía, llevando en su cuadrilla al célebre Juan León. Al regresar aquél de Portugal, vuelve a actuar de segundo espada, y a su muerte es aclamado «El Sombrerero» por la afición la primera figura taurina de aquella época. Se apunta el barrio torero de San Bernardo en su haber el hecho de que fué de allí por el año 1820 la primera figura de la torería.

JUAN JIMENEZ, «EL MORENILLO».—1783-1866.

A los doce años de edad ingresa en el Matadero, y también fué protegido por Curro Guillén. Era zurdo, y después aprendió a matar con la derecha, siguiendo los consejos de Jerónimo José Cándido, sosteniendo reñida competencia con Juan León. En 1819 actúa de primer espada, y declara públicamente que sólo reconoce prioridad en los carteles a sus maestros Curro Guillén y Jerónimo José Cándido. Retirado, y ya anciano, fué muy considerado y respetado por todas las grandes figuras de la época.

JUAN LEÓN, «LEONCILLO».—1782 u 88-1854.

También se hizo en el Matadero, trabajando como banderillero con Curro Guillén, Jerónimo José Cándido y «El Sombrerero», y de medio espada con Curro Guillén, acompañándole en Ronda el fatídico 20 de mayo de 1820, diciéndose que rogó a su maestro que no fuese a la corrida, basándose al pedirselo en el famoso refrán, que a él se atribuye: «Día de cero, en la pieja agujero». Al morir Curro Guillén, pasó a primer es-



SAN BERNARDO, TORERO

...pada, y por sus ideas políticas tuvo muchos enemigos, que le perjudicaron grandemente en el curso de su carrera.

JUAN MARTIN «LA SANTERA».—1810-1884.

Discípulo de la Escuela de Tauromaquia de Sevilla, siendo su padrino Francisco Montes, «Paquero».

FRANCISCO ARJONA HERRERA, «CURRO CUCHARÉS».—1818-1868.

Aunque nació en Madrid, se formó en el barrio de San Bernardo, donde vivía, entrando en el Matadero de peón ayudante, y en el que estaba su padre de distribuidor de carnes, ingresando después en calidad de alumno en la Escuela de Tauromaquia. Fué protegido de Juan León y llegó a ser figura preeminente de su época.

ANTONIO SANCHEZ, «EL TATO».—1831-1895.

Nació en el barrio de San Bernardo, de donde no se apartó durante su vida, fué primero puntillero, y después, banderillero, actuando en algunas corridas como sobresaliente de espada. Su maestro fué «Curro Cúchares», con cuya hija se casó, sosteniendo noble y reñida competencia con Antonio Carmona, «el Gordito», y tuvo en su vida taurina varios serios percances, sobre todo la herida que le costó la pérdida de la pierna, muriendo en el barrio de San Bernardo.

JACINTO MACHIO.—1837-1895.

Nació, se formó, vivió y murió en el barrio torero de San Bernardo, siendo su protector el «señor» Manuel Domínguez.

FRANCISCO ARJONA REYES, «CURRITO».—1845-1907.

También nació, se formó, vivió y murió en San Bernardo, formándose al lado de su padre, «Curro Cúchares».

JOSE MACHIO TRIGO

Hijo de Jacinto Machio, fué discípulo en la Escuela de Manuel Carmona, «Paquero», marchándose a América, donde estuvo muchos años triunfando y poseyendo el pendón taurino del barrio de San Bernardo, en el cual nació, regresando a él, y allí vive, y que sea por muchos años.

RICARDO VERDUTE, «PRIMITO».

Buen banderillero de toros, que trabajó a las órdenes de Rafael Guerra, «Guerrita».

FRANCISCO BERNAL, «ASEAO».

Banderillero de toros, que intentó ser novillero y no cuajó.

JULIAN SANCHEZ ARJONA

Buen banderillero, sobrino de «Curro Cúchares».

SEBASTIAN JIMENEZ, «SAGASTITA»

Banderillero de muy buen estilo, que actuó en la cuadrilla de Niños Sevillanos, que capitanearon Rafael «el Gallo» y «Algabefito».

ANTONIO RIVAS, «MORENO DE SAN BERNARDO», Y SU HERMANO

Ambos matadores de novillos-toros, que dieron muy buenas tardes a la afición.

MANOLITO DOMINGUEZ

Que actuó como primer espada con el novel matador de novillos Ignacio Zuloaga, «el Pintor», en la Escuela Taurina del «señor» Manuel Carmona, el día



Otro rincón del Museo taurino Colombi. Al fondo, dos «Lucas», y a la derecha, el famoso cuadro de Fernández «Caballos, caballos...»



Otra miniatura inédita del Museo: Juan Jiménez, «El Morenillo»

En esta galería del Museo taurino Colombi se conservan los originales de «La Lidia» (Fotos Zarco y Santos Yubero)

JOSE VAZQUEZ ROLDAN, «VAZQUEZ CHICO».—1892.

Padre del matador de toros Pepe Luis Vázquez, y que como novillero actuó en muchas corridas.

JOSE SANCHEZ, «HIPOLITO»

Matador de toros de mucho cartel.

HIPOLITO SANCHEZ RODRIGUEZ

Hermano y banderillero del anterior, muerto trágicamente por un novillo de Anastasio Martín en la Plaza de Toros de Ubeda el día 4 de septiembre de 1915, cuando sólo contaba dieciséis años de edad.

PEPE LUIS VAZQUEZ.—1922.

Esencia pura, impregnada de aromas del parque sevillano, que se volcó sobre el barrio torero de San Bernardo, donde nació este privilegiado del arte del torero.

Y otros que, por no hacer interminables estas líneas, no consigno, pero que, como se dice en las noticias de bodas y bautizos, entran en la frase ya tan popular de «y otros muchos cuyos nombres sentimos no recordar».

JOSE MARIA GUTIERREZ BALLESTEROS
Conde de Colombi

17 de abril de 1897, o sea la víspera de las famosas corridas de Feria de abril de dicho año.

JOSE TRIGO, «TRIGUITO»

Banderillero y puntillero de Ricardo Torres, «Bombita».



LOS TOREROS QUE VAN A LA FERIA DE SEVILLA

La ilusión más ardiente de ANTONIO BIENVENIDA

RECORDANDO la estela abrumadora de triunfos conquistados por Antonio Bienvenida en el ruedo de Madrid —ningún torero llegó a reunir tantos privilegios en la primera Plaza de Toros del mundo—, salta a nuestra memoria su famoso 18 de septiembre, su inolvidable 24 de mayo, su no menos histórico 2 de junio (en corrida de la Prensa), para culminar en el 21 de septiembre de la pasada temporada, al estoquear seis toros a beneficio del Montepío de Toreros, en medio de un clamoroso e inigualado triunfo. Y de esta evocación de fechas —éxitos revolucionarios— nace en nosotros la idea de interrogar al formidable lidiador, en esta ocasión, seguros de vernos complacidos. Que su galantería proverbial nos pone a salvo de toda duda.

—¿Qué triunfo, de los conquistados espléndidamente en Madrid, te llegó a emocionar más, y, por tanto, llegó a colmar tus justas ambiciones?

—Los éxitos, cuando llega uno a conseguirlos plenamente, traen consigo idénticas satisfacciones. Y ahora, en su perspectiva lejana, no cabe seleccionar. Todos tienen para uno el mismo eco: el de la gratitud. Y el mismo embeleso: la dulzura del recuerdo.

—Te haremos la pregunta desde otro ángulo: ¿crees poder conseguir un triunfo que supere a cualquiera de los que de manera antológica guardan en su memoria los aficionados que te vieron torear tus memorables tardes de Madrid?

—Nada es limitado, en lo posible. Y en ello estoy: en poder conseguirlo.

—Y de conseguirlo, ¿dónde te gustaría que ocurriera?

—En Sevilla. Y puesto a soñar, en su feria de abril. Es una ilusión de toda mi vida.

—Pues ya de la Maestranza te vimos salir a hombros del entusiasmo, en tarde feliz para ti y para el público.

—Pero eso no obedece al alcance de su pregunta. Se trata de otra cosa: de ver realizado un sueño y una aspiración de siempre. ¡Y eso están difícil!

—¿Para ti también?

—Para mí, mucho más que para otros.

—¿Por qué?

—Pues..., por lo mismo que lo deseo.

—Vamos a dejarlo en eso. Y a propósito de las corridas anunciadas en Sevilla, ¿cómo ves la feria de abril?

—Espléndida, preciosa y sin par.

—Me refiero a su resultado artístico.

—Eso no depende del deseo. Pero excluyendo mi nombre, me parece que sus carteles son un gran exponente de seguro rendimiento triunfal. Y si no, poco falta para verlo.

—Por tu parte, ¿vas contento y animoso?

—Mucho. Y con una gran fe en mí. Ahora, la suerte dispondrá...

Antonio Bienvenida, el torero que hizo maravilla de la naturalidad, parece abstraerse, rehuido de nuestra investigación. Parece querer estar a solas con su idea fija: coronar un triunfo en la feria de abril de Sevilla, como los muchos que tiene conseguidos en Madrid...

Y le dejamos para que la acaricie a su gusto. Ante los enamorados conviene mostrarse discretos e indiferentes a su felicidad.

La última vez que Antonio Bienvenida toreó en Madrid salió así de la Plaza. Había matado seis toros y había cortado cuatro orejas. En el paréntesis que va de esta corrida a la Feria sevillana próxima, la suerte y el acierto le acompañó en América, donde en Lima, después de estoquear seis toros con un aluvión de trofeos, su nombre quedaba en lo más alto de todas las admiraciones. Y esta foto queda aquí reflejada como un cálido interrogante cara a la Feria de abril de Sevilla



Por las calles de Madrid se llevan a hombros a Antonio Bienvenida...

C. D.

AIRE DE CAMPO Y SEÑORIO DEL TOREO A CABALLO

El "pie a tierra", complemento de valor y de arte de un rejoneador. Caso ejemplar, el del duque de Pinohermoso

CUANDO se contempla el panorama del toreo actual, más lleno de materialismos inmediatos que de gestos arrogantes, consuela el ánimo advertir, como dice don Jacinto Benavente, que «no todo es farsa en la farsa»; que restan todavía casos ejemplares de desinterés, de altruismo, de buscar el riesgo por el riesgo mismo, con el dominio que da la posesión completa de un arte; casos, en suma, de puro señorío. Nada se va a ganar si no es la propia estimación y servir unas aficiones ennoblecidas por la destreza y el valor para practicarlas.

Pensando así, nos viene el recuerdo de este caballero español, de la mejor estirpe, que es el duque de Pinohermoso. Formado en las más austeras disciplinas militares, grande de España, en posesión de

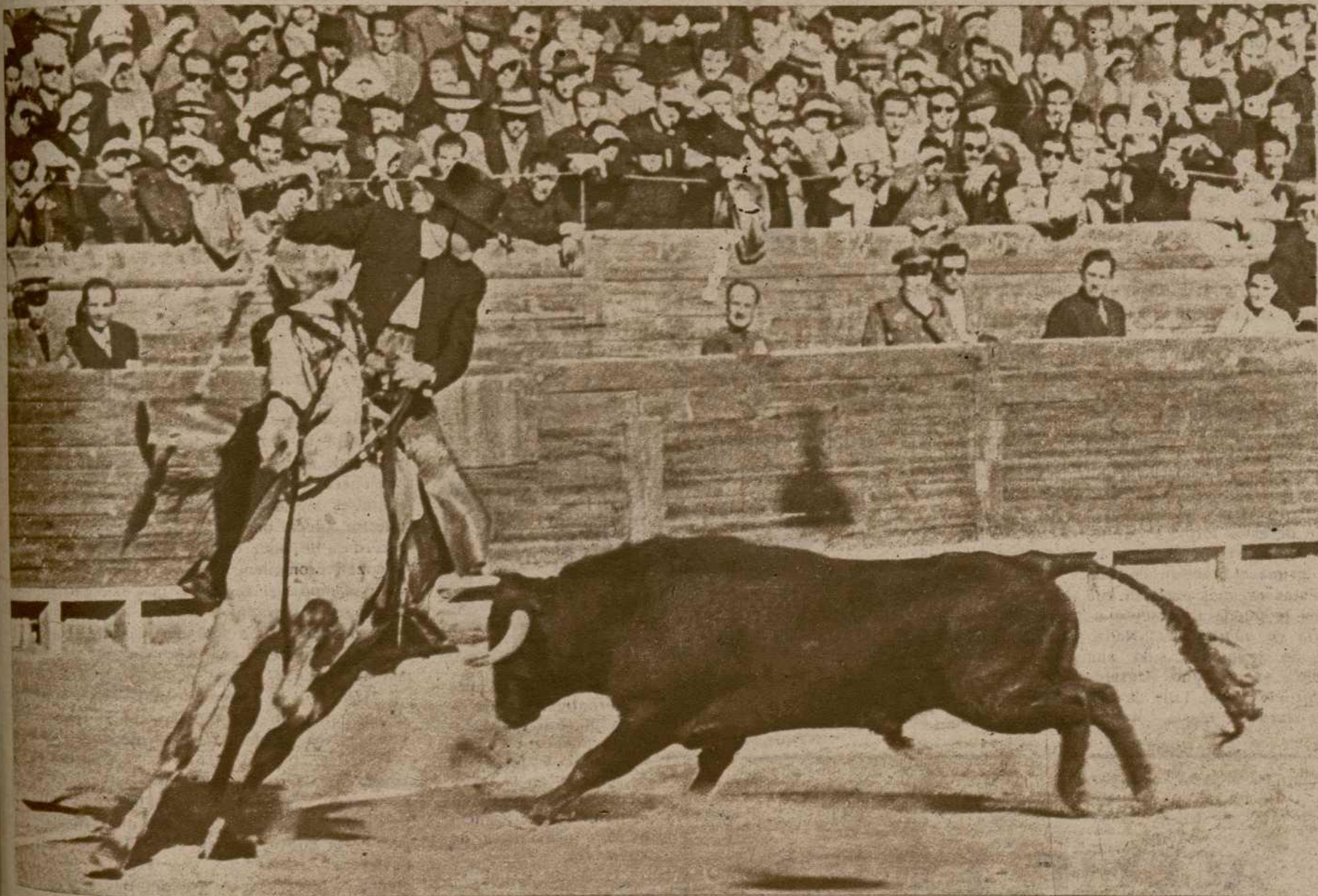
personalidad relevante llevando a los ruedos españoles el aliento de su generosidad y el arte difícil, raramente hermanado, de torear a caballo y a pie. Magnífico jinete y hombre valeroso, profundo conocedor de todos los secretos de la lidia de las reses bravas, sus actuaciones representan la conjunción feliz del señor y del artista.

De aquí el éxito que viene acompañándole. Nada suelen conceder los públicos a los respetos humanos que obligan en otras manifestaciones de la vida. El público de toros, de temperaturas absolutas, no hipoteca jamás su juicio. Es el suyo un fallo inmediato y ruidoso. La pasión vibra nítida y violenta. Aplaude o grita sin atender a otras razones convencionales que a las de su criterio, a la luz des-

dades en momentos en que se sentía profundamente afectado por una desgracia de familia.

Triunfos tan completos como completa es la figura de quien, dueño del mando del caballo y del terreno en que ha de practicar las suertes como jinete, domina de la misma manera el toreo a pie, en la lidia total —desde la salida hasta el arrastre— de un toro. Caso no frecuente, por cierto, en los rejoneadores españoles que últimamente hemos conocido.

Hemos querido traer a este número extraordinario de EL RUEDO un esbozo de la silueta del duque de Pinohermoso, grande de España y caballero del mejor abolengo, precisamente porque ahora, que se conmemora el Centenario de una de las Ferias taurinas más famosas, cuyo origen arranca de un pri-



El duque de Pinohermoso torea a caballo para situar al toro en terreno conveniente a practicar la suerte de banderillas

una fortuna que le consentiría limitarse regaladamente al papel de un espectador de las artes y de la vida, don Carlos Pérez Seoane abandona sus comodidades y trae al toreo del día, con el prestigio de su posición y de su nombre, algo que tiene aún un sentido espiritual más hondo: su gallardía y su amor a esta fiesta españolísima, racial, de los toros.

Todo en él se da de una manera sencilla y admirable. Ganadero escrupuloso, dueño de una vacada de crédito que da toros de bravura y nobleza parecidos a los «Abrigado» y «Sillona» lidiados triunfalmente el pasado día 4 en Barcelona, hombre amante del campo y del caballo, diestro en el acoso y el derribo allí en pleno contacto con la Naturaleza, donde no cabe el engaño y no puede tener eco la vanidad, el duque de Pinohermoso completa el ciclo de su

lumbrodora del sol de las Plazas, a lo que ve, de una manera impresionista y vigorosa, por sus propios ojos. Y ha sido de esta manera cómo, en lo que va de temporada, el duque de Pinohermoso ha triunfado en cuantos festejos actuó: en Puertollano, en Valencia, en Murcia y en Castellón, lidiando entre el entusiasmo del público el primer toro de esta temporada de 1948, siquiera esta actuación en la corrida de la Magdalena se haya silenciado por ruego del propio duque, que compaginaba así su respeto a unos intereses respetables que a él le importaba no lesionar y la delicadeza exquisita de no buscar publi-

villegio real y de una época en que aun, como declinación de costumbres, no había sonado la palabra «abdicación» de manera genial aplicada ahora por nuestro insigne Benavente, acaso echemos de menos que en el cartel de alguna corrida solemne, en que se recuerdan viejos señoríos, no aparezca el nombre de quien, por su propio señorío y por puro espíritu de hacer el bien por el bien mismo, ha puesto en los ruedos ibéricos la nota de elevada espiritualidad de no buscar, allí donde otros labran su provecho, sino el aire desinteresado y generoso de esa satisfacción íntima a la que se sacrifican comodidades y fortuna.

A donde no haya llegado el recuerdo de los demás, llegué con sincera admiración el nuestro.

Sólo dos alternativas en cien años de feria.
De la tragedia de Lesaca al fracaso de Mérida

AUNQUE saben a pocas, dos, sólo dos alternativas se han registrado, en cien años de feria abriñena de Sevilla. Hemos buscado explicación a este hecho, tratándose de una de las ferias más ricas de acontecimientos históricos y de más prestigio taurino. Y hemos dado con tres motivos fundamentales. El primero de ellos, el abolengo de la misma feria, que ha exigido siempre los mejores carteles, a base de toreros portadores de la palma de la consagración. La feria de abril, ciertamente, no se ha hecho para principiantes. "Sólo los maestros" ha pedido y sigue pidiendo la afición. La afición, el pueblo, que en Sevilla, verdaderamente, acierta. El segundo motivo es casi el mismo, visto desde el otro lado: el del torero. Si la afición no tolera la aventura del principiante, a ningún principiante interesa una prueba tan difícil que decide el curso de toda la temporada. El tercer motivo lo constituye eso que, utilizando términos deportivos —perdón, señor aficionado; pero el lenguaje es un río sin madre—, puede llamarse el "sprint". Para la alternativa hace falta la "carrerilla" triunfal, que anima a dar el salto desde el noviciado. Si no, la alternativa será, no el punto de partida de la verdadera carrera del torero, sino el punto de llegada, el punto final de la gloria efímera de la novillería. Si cuando se ha logrado la previa cadena de éxito que preludia toda alternativa oportuna termina la temporada, la afición se enfría y debe empezarse de nuevo al año siguiente. Por eso, las alternativas abundan al final de temporada, mientras escasean al principio. Estos son los tres motivos, y no señalo un cuarto —el hecho de que los toros de abril son los más peligrosos—, porque en nuestros días vemos que no son, precisamente, los novicios quienes más huyen de estos toros. Y que no faltan maestros que rehuyen pisar los ruedos bajo el cielo nuevo de la primavera recién entrada.

Estas razones explican que la feria de San Miguel le pueda totalmente a la de abril en materia de alternativas. Nada más que en lo que va de siglo han sido numerosas. Rafael "el Gallo", su hermano "Joselito", Posadas, "Litri", "Chicuelo", José Luis de la Rosa, Granero, Antonio Márquez, Mario Cabré... En un solo día, la



Andrés Mérida

feria de San Miguel —el 28 de septiembre de 1919— igualó todas las alternativas de un siglo de feria de abril. Tal día la recibieron Manuel Jiménez, "Chicuelo" (hijo), y José Luis de la Rosa, en la Maestranza y en la Monumental, respectivamente, con media hora de diferencia a favor de De la Rosa, porque la corrida de la Monumental, de ocho toros, comenzó media hora antes. El primero recibió los trastos de manos de Juan Belmonte; el segundo, de "Joselito".

Con esto, ya es hora de que hablemos de los toreros que recibieron el espaldarazo en los días de abril. Fueron éstos Andrés Mérida y Juan Gómez de Lesaca. El primero, de nuestro



Juan Gómez de Lesaca

siglo, y el segundo, del siglo XIX. Aquél recibió la alternativa de "Chicuelo"; éste, de "Guerrita". ¿Cómo fueron estos toreros? ¿Cómo estuvieron el día de su alternativa? ¿Les aguardaba, tras subir el escalón, la felicidad o la tragedia? He aquí las tres preguntas que contestan las breves notas que siguen:

Juan Gómez de Lesaca, natural de Sevilla, debió ser torero, simplemente, al milagro de su voluntad. Por voluntad torció la carrera militar, que su padre, jefe del Ejército, le brindaba. Por voluntad fué a los ruedos, y en ellos encontró trágica muerte, alternando con "Bombita" en Guadalajara, como sustituto de "Lagartijillo". Un toro retinto le persiguió hasta las tablas, y al saltar le corneó en la parte superior del muslo. De lo demás se encargó la enfermería, deficiente, como en tantos casos, y la imprudencia de llevarse el herido a Madrid para depositarlo en una fonda de la calle de Carretas. Esto ocurría un año después de su alternativa, en Sevilla, en la cuarta de feria, el día 21 de abril de 1895, en donde mató, por cesión de "Guerrita", el toro "Belonero", obteniendo un triunfo.

Andrés Mérida, sin embargo, es un torero de nuestra época, que todos recordamos o podemos recordar. He aquí uno de esos diestros que comienzan prometiendo mucho y que acaban en el vasto campo del olvido y la postergación. Esto se dió en tal grado en Andrés Mérida, que, después de haber sido matador de toros, optó por volver a novillero en 1935, sin que se tengan noticias apenas de sus actuaciones. Era natural de Málaga, y el ascenso a matador de toros fué debido al éxito que obtuvo como novillero en una corrida celebrada en octubre de 1929 en Sevilla. Este triunfo inclinó a la Empresa de la Maestranza a contratarlo para la feria de abril, rompiendo con la tradición. Claro que entonces la Fiesta Nacional pasaba por un verdadero bache, en el que se hacían tolerables todas las innovaciones. Bache que no excluía, ni mucho menos, la presencia de grandes figuras, pero que se había hecho patente desde la época sublime de "Joselito" y Belmonte. El toro que mató Mérida, por cesión de "Chicuelo", fué "Sabanero", de la ganadería de Casal.

He aquí las únicas alternativas que ha conocido la historia gloriosa de las corridas sevillanas de abril. Como se ve, pocas y nada lucidas. Tras una, aguardaba, con su guadaña, la muerte. Y tras otra, el olvido y el fracaso. Esto confirma lo que ya decíamos al comienzo. La feria de abril no se ha hecho para empezar, sino para llegar. Y el que llega a la feria de abril ha llegado de verdad a tener sitio en el toreo.

C. FERNÁNDEZ ORTIZ

ACEYTE YNGLES

PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150



La mujer sevillana en las corridas de FERIA

La afirmación es unánime: la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Sevilla es la más bella y armónica del mundo. El aficionado forastero que vió otros cosas ibéricas y americanas se extasia ante la belleza incomparable de esta Plaza, cuando se ofrece por vez primera a su vista. Nada falta ni sobra allí, como afirma Julio Estébaniz en su libro «Atalaya de Sevilla». Desde las aéreas arcadas, sostenidas por esbeltas columnas, hasta el albero amaranjado del ruedo, todo es allí proporción, estética, luz, inundado todo por una alegría inesfable, que flota en el ambiente. ¡Pero cuando esta Plaza se viste de ferial...

¿Qué sería de la feria de Sevilla si en ella no vibrase esa decoración animada y brillante de la mujer sevillana? Sin esas pinceladas maestras, la feria de abril no sería esa obra de arte perfecta que Sevilla exhibe, orgullosa, cada año, cuando los naranjos de sus calles embalsaman el aire, cuajados de azahar, y las rosas de sus jardines maravillosos abren las corolas a porfía, vistiendo a la ciudad de primavera.

La Plaza de Toros de la Real Maestranza es, en la feria de abril, un trozo más de la feria. Y esas pinceladas de color están allí, con toda su brillantez, en los palcos, en los tendidos, en las barreras: son los mantones bordados que cubren el hazo de los balcones; la mantillas blancas y madroñeras, iluminadas de belleza, en los palcos; los trajes de faralares, adornando a los tendidos con su alegre policromía. Damas de los barrios de San Lorenzo, de San Vicente; muchachas de la Macarena, de San Bernardo, de Triana; mujeres de Sevilla, que por un sentimiento inherente a la ciudad saben estar en ella, donde ella es más hermosa, y para que sea aún más hermosa.

La perfección a que ha llegado en estos últimos tiempos el arte de lidiar reses bravas y la eli-

minación de aquel espectáculo desagradable que antes producía la suerte de varas, ha llevado a la Plaza un número creciente de espectadoras en las corridas de feria. Cada año que llega aumenta el entusiasmo de las muchachas sevillanas por asistir a los toros vistiendo la mantilla de blondas o de madroños. Y para una sevillana que de tal se precie, la feria se ha gozado completa cuando se han visto las corridas o algunas de las corridas, al menos. Y no digamos nada si después de los toros se ha paseado por el real de la feria, en esas alegres jardinerías que, tiradas por briosos caballos, exornados de artísticos atalajes, van llevando por las calles del ferial, en el tintineo de sus campanillas y en el flamear al viento de las mantillas de blondas, el sabor y el colorido del interior de la Plaza.

Después, cuando las cañeras doradas, repletas de manzanilla, se hacen dúsnas de las casetas, en los intermedios de la danza, ¡con qué satisfacción comenta la mujer sevillana lo que ha sucedido por la tarde en el albero de la Maestranza! Cuál de los toros salió más bravo, qué lance le produjo mayor emoción, qué torero mereció la ofrenda de los claveles que adornaban sus caballos.

Alguien se atrevió a censurar, en las corridas de la pasada feria, estas ofrendas de flores a los diestros que en ellas triunfaron, alegando que a los toreros hay que arrojarles buenos cigarros y no claveles. Censura injusta y equivo-

cación lamentable. Sólo concebimos las flores arrojadas al ruedo como ofrenda femenina al valor y al arte del diestro que en él triunfa. Esos claveles que adornaron el pecho de la mocita trianera, el cabello endrino de la muchacha de San Bernardo, llevan en sí el calor espiritual de una mujer que ha rezado en silencio para que el diestro saliera con bien de la suerte. En esto no reparan los hombres, que han de ser los que arrojen los cigarros. Y los toreros, ebrios de ovaciones, agradecen más estas ofrendas espirituales que el materialismo de todos los cigarros arrojados a su paso en la vuelta triunfal por el ruedo.

No olvidemos que las corridas de feria son un pedazo más de ella. Y que allí están las flores, porque allí está la mujer sevillana, como en cualquier otro fragmento de la feria. Ella lleva a la Plaza, con sus galas regionales y sus adornos de claveles, la esencia y la alegría del ambiente feriado, y cuando vuelve de la Plaza es portadora del sabor alegre y emotivo de la fiesta brava, que va prendido en los encajes de su mantilla y lo extiende a su paso por el recinto del ferial, en ese vistoso paseo de «coches de los toros», maravilloso desfile del garbo y la majeza andaluza.

La presencia de la mujer sevillana en estas corridas de toros es el símbolo viviente de la ciudad en fiestas. Pinceladas maestras de color, para que sea magnífica y perfecta esta obra sublime de arte que es la feria sevillana, admiración del mundo entero y orgullo de esta tierra de María Santísima.

JOSE COMAS ACOSTA

¡FLOR DE UN DÍA...!



«Joselito» entrando a matar en la segunda corrida de feria de San Miguel, en la Plaza Monumental. Año 1918
(Foto Sánchez del Pando)

AHORA HACE TREINTA AÑOS DE LA INAUGURACION DE LA PLAZA MONUMENTAL DE SEVILLA

La ciudad de Sevilla ha gozado siempre de los privilegios de una sola Plaza de Toros de la Real Maestranza, desde que se desmontó el Baratillo; se construyó cuadrilonga, se transformó en circunferencia, y así años tras años, hasta nuestros días, donde se contempla y se admira un ruedo de pinceladas felices de color y alegrías, «chatita» y blanca, en el centro de los confines de la Giralda y la Torre del Oro, a orillas del Guadalquivir, como pandereta de caireles de naranjales. Así vivía Sevilla y así disfrutaba su afición admirando faenas inconfundibles sobre el albero de su ruedo, pisado por las figuras más destacadas del arte y ensangrentado algunas veces por la lucha valerosa del hombre y la fiera, que arrancara alambres que aun se rebuscan entre la arena de los siglos; cuando un día, viviendo el año 1915, se hablaba de las decisiones de un activo comerciante e industrial sevillano que tenía propósitos de construir una Plaza de Toros Monumental, avispado en el negocio ante los comentarios generales de entonces de que en la Maestranza «no se cabía» y se precisaba de mayor cupo para satisfacer los deseos de los aficionados.

Y la noticia fué cierta. Don José Lissen, millonario por aquella fecha, adquirió los terrenos de la Huerta del Rey, en las proximidades del torerísimo barrio de San Bernardo, y se le encargó el proyecto al arquitecto de Bilbao don Francisco Urcola. En Sevilla entonces o no había arquitectos o los que hubiera no se prestaban a trazar en el plano una Plaza de Toros que no oliera a Maestranza...

A finales del año siguiente volvieron las conversaciones de la nueva Plaza de Toros como cosa hecha, y los comentarios fueron diversos, unos favorables a la mayor cabida y economía en las entradas y otros adversos por la competencia a un ruedo tan sevillanísimo como el del Baratillo, que para la afición se nos aparece como cosa propia, íntima, indispensable e insustituible. Varios meses después, en febrero de 1917, ya se comentaba la competencia,

no de Plazas, sino de toreros, pues Juan Belmonte tenía decidido propósito de no desertar del ruedo del Baratillo, y que Joselito, «el Gallo», sin olvidar su ruedo de orillas del Guadalquivir, tenía propósito de «veranear» en la Monumental, debido a compromisos personales que no podía esquivar; y esta separación de tan grandes figuras de aquella época formaba ya la competencia de Plazas y fortalecía más aún la de los diestros. Este año fué aquel en que precisamente publicó la *Gaceta de Madrid* el nuevo Reglamento sobre la edad y peso de los toros y de las alternativas; temas estos que en otra ocasión trataré —si así gustáis— con artículos inéditos de valiosas firmas de la crítica de toros en queridos compañeros fallecidos. Mientras tanto, la Plaza Monumental se construía, y en el mes de abril fué bendecida su capilla y su enfermería, procediéndose en seguida a las pruebas de resistencia con fuertes cargas en sus tendidos y sus andanadas, notándose al día siguiente algunas grietas que anunciaban relativo peligro, haciéndose preciso apuntalar la obra en algunos sectores.

Y el día 11 de abril, de madrugada, sobrevino el hundimiento de un tercio de Plaza, causando la noticia gran sensación para todos.

Dé momento, el mejor comentario fué a favor de la no separación de las dos figuras —Juan y José!—, hasta tal punto, que el entonces empresario de la Maestranza, don José Salgueiro, de tan grata memoria, visitó a «Gallito», ofreciéndole su entrada en las próximas combinaciones de la feria acrileña. Pero el famoso torero de la Alameda declinó tal delicadeza, a pesar de que días después recibió nueva visita con el mismo fin, a causa de la cogida de Belmonte en Madrid, que le impedía actuar en la de Sevilla.

Y la feria de abril de Sevilla de dicho año tuvo que hacerse a base de Vicente Pastor, Gaona, «Saleri II», «Saleri III» y Curro Vázquez. Feria abundante de «avisos» para unos y de éxitos para otros,

sobre todo Vicente Pastor con los miuras el día 22, en la que resultó herido.

Entramos en el año 1918 sin Monumental aún, que se estaba reparando de la «desgracia», y aquella feria en la Maestranza fué a base de «Joselito», Gaona, «Camará» y «Fortuna», pues Belmonte se encontraba en Lima, donde contrajo matrimonio con su actual esposa, la distinguida señora doña Julia Cossío Pomar.

Y llegó la fecha del 7 de junio, celebrándose la inauguración de la Plaza Monumental, que ya había salido del «Equipo Quirúrgico», lidiándose reses de don Juan Contreras, para los diestros «Joselito», «Curro Posadas» y «Fortuna».

La Plaza era «muy grande», pero todo gris, todo sin líneas, ni aun rebuscando los cuadriláteros de cinta blanca en los burladeros, ni el albero en su piso, porque en Sevilla la Plaza de Toros tiene que ser chata, blanca, ancha y que huelga a las frondas del Guadalquivir. El barrio de San Bernardo ha sido, es y será siempre un barrio sevillanísimo y castizo; pero sin Plaza de Toros, porque la suya, su inconfundible Plaza, escuela de grandes maestros, ha sido los corrales del Matadero, instalados en la Puerta de la Carne, de donde salieron figuras inimitables en el arte de los toros.

La Monumental era una Plaza fría, seca, sin color, olor ni sabor; con cabida para 23.055 espectadores, y sólo en las andanadas cabían más de 11.000. Los precios fueron: la primera fila de barrera, 13,50 pesetas; delantera de grada, 8,10; centro de grada, tres pesetas; barrera de sol, 2,50; tendido, 1,50, y andanadas, 0,75.

«Joselito» fué aquella tarde el alma de la fiesta. Largo, grande, artista, sacó todo el partido posible en la lidia de sus enemigos, banderilló a su segundo formidablemente y cortó la oreja a su primero, como también Posada en el primero suyo, no siendo menos afortunado «Fortuna», que cortó apéndice también.

La primera novillada fué el 9 de junio, con «Hipólito», el «Americano» y Clavijo, lidiándose reses de Gamero Cívico, y así tarde tras otra, sumando los nombres de «Dominguín» —el padre de los actuales toreros—, «Zapaterito», y el 18 de agosto, que se despidió de novillero el malogrado «Varelito», con reses de Saltillo, actuando Sánchez Mejías y Uriarte, que debutaba y gustó.

En la feria de septiembre del mismo año se despidió de los toros —la primera vez por entonces— el famoso Rafael «el Gallo», con reses de don Vicente Martínez, actuando con su hermano José y Curro Vázquez.

Por cierto que «Joselito» tuvo que terminar con el segundo bicho de Rafael... ¡Las cosas!

monte, José Belmonte y el «doctorado»... que escuchó un aviso.

Al año siguiente —1930—, por el mes de febrero, hubo un arreglo entre ambas Empresas, pasando la Monumental a manos de la Maestranza, y un mes después regresaba de Lima Joselito «el Gallo» para actuar en la inauguración de la temporada en la Maestranza, con Belmonte, Sánchez Mejías y «Chicuelo».

La última corrida que le vimos aquí a José fué en 29 de abril, a beneficio de la Cruz Roja, con reses de Gamero Cívico y Juan Belmonte, quedando su nombre, su fama y su vida en Talavera de la Reina...

La última corrida en la Monumental fué el 30 de

septiembre de este año, donde actuó «Maera», «Facultades» y «Josefeto de Málaga», con reses de Rincón.

Y desde entonces se acabó la Monumental, tan poco simpática a pesar de su baratura y a pesar de sus buenos carteles; que no lo eran menos en la Plaza del Baratillo.

La Plaza Monumental de Sevilla tenía la enemiga general, que empezaba especialmente en la distancia, después en la separación de las dos mayores figuras del toreo entonces y lo desfavorable que resultaba para los bienes de la Real Maestranza de Caballería, cuyos ingresos íntegros los reparte en beneficencia, en caridad, en amor al prójimo, acudiendo a toda necesidad oficial o particular; y con la otra Plaza abierta tuvo que bajar las rentas, debido a la competencia, causando daño y perjuicios a los necesitados.

Estos dos años de Monumental y Maestranza hicieron establecer la doble crítica de toros, formándose la serie A, que era el titular, y la serie B, que era el suplente que acudía a la Plaza que al primero no le agradaba...

No cierro estas notas sin un último comentario, después de haber citado los precios. Me refiero a los pesos, pues por entonces se corrían bichos con 342, 390, 373, 375, 409 y 357 kilos en canal, cifras exactísimas, con el testimonio de «Chicuelo» y Marcial Lalanda, con miras en la feria de abril de Sevilla de 1924.

Sin olvidar la alternativa del desgraciado Pascual Márquez en Sevilla el año de 1935, con Fuentes Bejarano y Ortega, que los despacharon con más de 400 en canal, de Pablo Romero.

La Plaza Monumental se fué destruyendo sola, como el recuerdo de su existencia, hasta devolver la tierra a la primitiva Huerta del Rey.

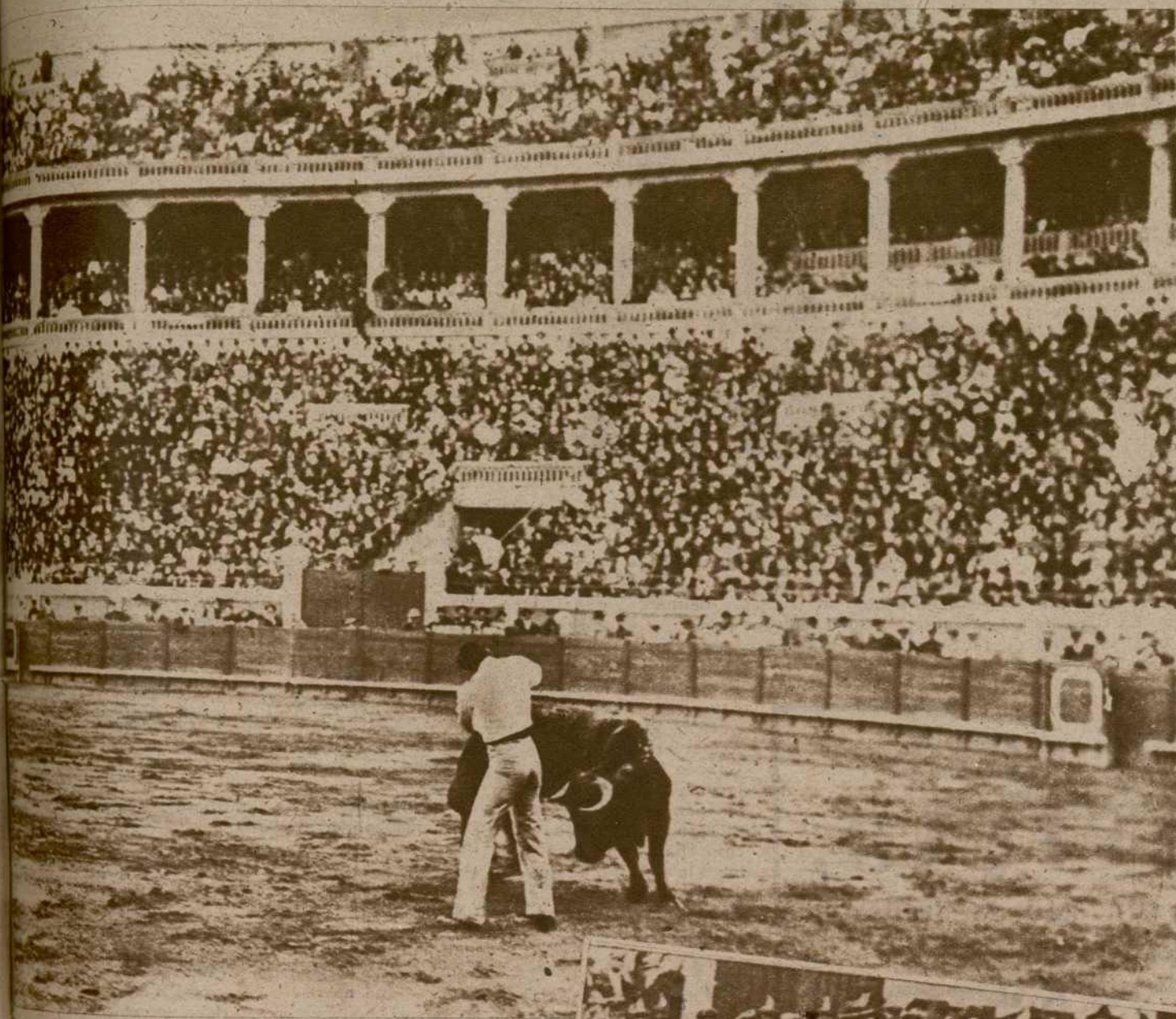
La Plaza de Toros de Sevilla es la Maestranza, el Baratillo, con la Giralda y la Torre del Oro, que se divisan desde sus tendidos, y el Guadalquivir besando las cancelas de la Puerta del Príncipe...

EL CHICO DEL BARATILLO



«Joselito» en la Monumental. Un pase ayudado por alto con las dos rodillas en tierra.

(Fotos Serrano)



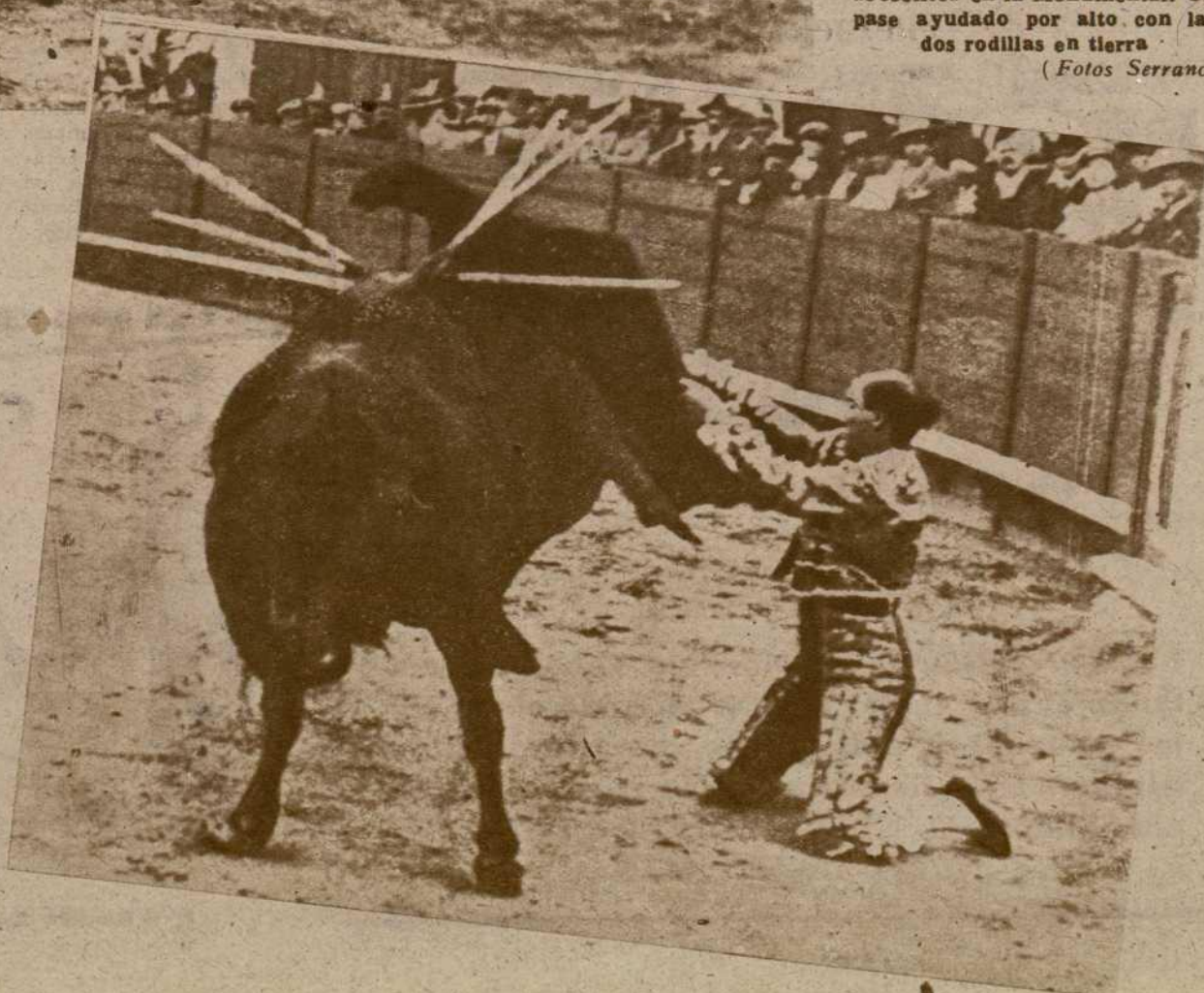
Aspecto de la Plaza Monumental de Sevilla. Joselito «el Gallo» en un festival

Hubo un séptimo toro para José, con el que estuvo incommensurable, cortando dos orejas.

Pero como las genialidades del gran Rafael eran así, sucedió que al año siguiente, de 1919, reapareció en la Monumental con reses de Nandín, actuando con «Pacorro» y Manolo Belmonte.

Os voy a ofrecer dos citas de este año en la Monumental, porque otra cosa haría interminable la crónica. En primero de mayo —quinta de feria de abril, que se retrasó por haber caído la Semana Santa muy alta— se lidiaron en la Monumental seis bichos de Darnaude, para «Fortuna», «Camará» y «Varelito». «Fortuna», que estuvo muy mal, intentó abandonar la Plaza antes de terminar la corrida, en medio de gran escándalo. Se retiró a la enfermería pretextando no encontrarse bien, y el presidente —que era, por cierto, un gran periodista, el señor Leonís, crítico de Toros en *Figaro* con el pseudónimo de «Pepe Moros», —lo mandó a la cárcel. «Camará» no se escapó de las sanciones presidenciales, con una multa de 500 pesetas, porque también intentó abandonar el ruedo. ¡Cómo estaría la cosa!

Este mismo año, en feria de septiembre, día 28, tomaron la alternativa en la Monumental Juan Luis de la Rosa, y en la Maestranza «Chicuelo», con un intervalo de media hora. En la Plaza de San Bernardo, con La Rosa, actuaron «El Gallo», «Camará» y «Varelito», y en la Maestranza, Juan Bel-



la 22,

aún, aque- lito, le se nonio doña

se la ha'la es de lito),

todo os de en su tiene fron- nardo úsimo says, mas- lados figuras

en co- pecta- 1.000 13,50 grada, 50, y

fiesta, posi- sa se- su pri- suyo, cortó

RECUERDOS

Eduardo Pagés y la feria de Sevilla

DE Eduardo Pagés corría por ahí —por ese complicado mundillo de los toros— una deformada imagen de hombre egoísta y sin alma, atento sólo a un desmedido afán de enriquecimiento. Más de una vez oímos cargar a su fama cuanto de malo tiene en nuestros días la Fiesta. Pagés era —por ese injusto trato que las multitudes deparan a quienes triunfan en la vida— el culpable «de todo». Si los precios de las localidades subían, nadie se paraba a pensar en los honorarios de los toreros, en el elevado coste de las reses... Era «cosa» de Pagés. Lo mismo ocurriría si este o aquel espada —por esas razones de la pequeña política de cada uno— no figuraba en los carteles de las Plazas que aquél llevaba en arrendamiento. El único culpable —al decir de «los enterados»— era Pagés.

En realidad, no ocurría otra cosa sino que el verdadero Eduardo Pagés era casi desconocido para la mayoría de los públicos. Veían su nombre a la cabeza de los carteles «Organización Pagés», o su fotografía en los periódicos; pero nada más... Nadie podía adivinar la vera efigie del empresario, que si en sus asuntos profesionales sabía defender, como cada cual, sus intereses, al margen de los negocios se mostraba cordial y simpático, atento y complaciente.

Era Eduardo Pagés uno de esos hombres que todo lo deben a su propio esfuerzo. Venciendo adversidades que a otro, de menos temple, hubieran definitivamente hundido; consiguió situarse entre los primeros empresarios taurinos de España. Su carrera, sin embargo, no fué fácil. En varias ocasiones estuvo al borde de la quiebra, pero su voluntad y su entusiasmo le sacaron a flote. En 1934, de una parte la crisis de la Fiesta; de otra, un pleito que le mantenía enemistado con los ganaderos, lle-



Eduardo Pagés, visto ante la entrada del Príncipe

varon a Pagés a una situación difícil. Pagés, que había sido un fervoroso belmontista, se acordó de Juan, y acudió al trianero. Belmonte se hallaba entonces en Suiza con su esposa, y accedió a la petición que don Eduardo le hizo en París. Aquella temporada Juan volvió a los ruedos y Pagés pudo recuperar su sitio. Dos años después, nuestra guerra impuso un paréntesis a la Fiesta. Cuando Pagés abandonó la zona roja, se encontró en San Sebastián con escasos fondos. Pero su competencia y su formalidad le abrieron de nuevo las puertas del triunfo. Así era, como empresario Eduardo Pagés.

Al margen de este Pagés —que era un admirable capitán de empresas—, nosotros quiséramos recordarle en el marco espléndido y luminoso de Sevilla, en vispe-



Pagés en su despacho de la Maestranza

ras de su Feria abriera. Ganado por la alegría de su primavera, don Eduardo aparecía por la ciudad dos o tres semanas antes de la feria para disponer los últimos detalles de las corridas. Cuando terminaba su labor, gastaba su tiempo en pasear solo por las calles sevillanas. En los últimos años implantó, como costumbre, sentarse a la mesa con los críticos taurinos de Sevilla. En 1945 —poco después le sorprendió la muerte—, nos honramos con su invitación. En esas reuniones, el empresario disfrutaba discutiendo con los periodistas el acierto o la inoportunidad de sus carteles. Escuchaba las opiniones de todos y defendía sus razones. En 1945 estaba muy orgulloso de las «combinaciones» conseguidas.

—Será difícil —nos dijo— ver en esta temporada cuatro días seguidos a «Manolete»...

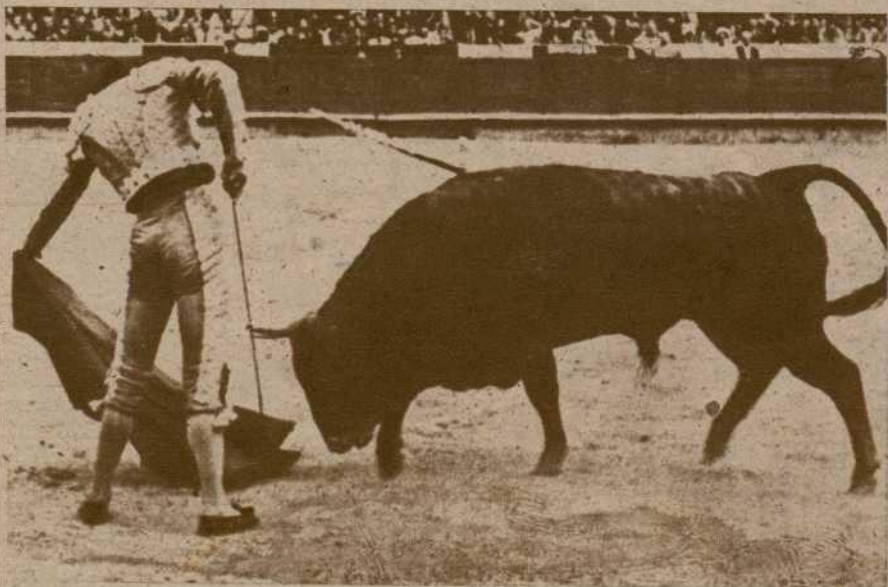
Por encima de su éxito —como empresario, Pagés dejaba asomar su estimación por Sevilla y su feria.

—De cualquier forma, con esos nombres o con otros..., la gente seguiría llenando la Maestranza. Pueden mucho Sevilla y su feria de abril. Pasaron los años; pasaremos nosotros... y los carteles de la feria sevillana continuarán ejerciendo una inesquivable atracción para los aficionados. La gente sabe bien que es aquí, en la Maestranza, donde abre sus puertas de verdad la temporada...

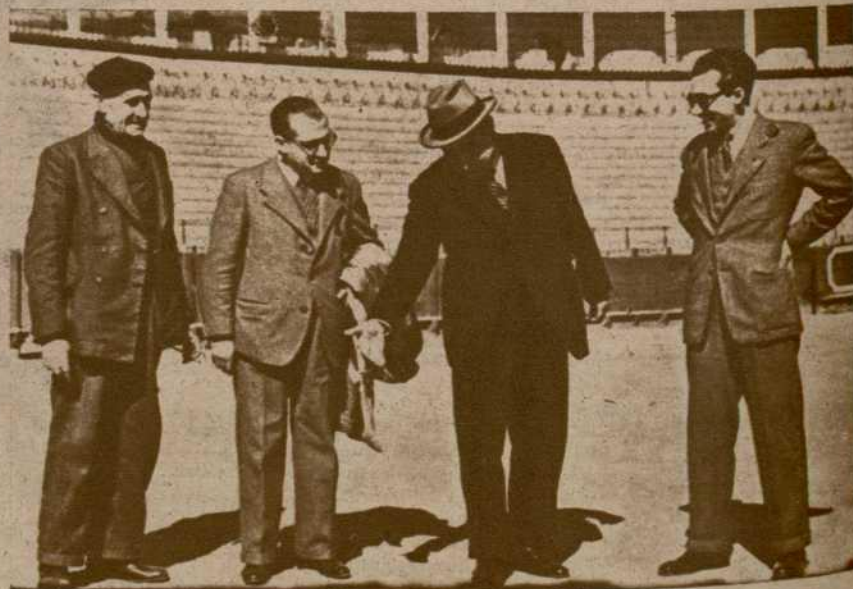
En aquella ocasión conversamos largamente con Eduardo Pagés. Fué una charla repartida entre una sobremesa y un paseo por la ciudad. Las páginas de EL RUEDO dieron cabida a sus palabras. Lo que no dijimos entonces fué la impresión que nos causó la honda calidad humana de Pagés, mostrada en innumerables detalles. A veces, por ejemplo, dejaba una respuesta a la mitad para cruzar la calle e ir en busca de un infeliz harapiento o de un golfillo profesional y socorrerles con largueza. Después volvía a nuestro lado y continuaba su conversación, como si tal cosa. Si acaso un poco más sonriente por la caridad que acababa de hacer. Aquel Pagés —que no podía ver pasar a su lado la pobreza sin acudir a remediarla— era el mismo que días después aparecía al lado de Rafael «el Gallo», en su palco de la Maestranza, con el puro de la satisfacción. Pero aquel don Eduardo se parecía muy poco al que la gente creía conocer...

F. N.

**EL PALETO NUEVO:
BELMONTEÑO,**
como le llama la afición y la Prensa
de Venezuela a Belmonteño



BELMONTEÑO. Se despidió de Venezuela matando él solo cuatro toros y cortando cinco orejas y dos rabos. Belmonteño, que triunfó allá y triunfará aquí, llegará a España en avión el próximo día 20. **EL NUEVO PALETO o EL PALETO NUEVO: BELMONTEÑO**



Don Eduardo toreando «teóricamente» en el ruedo sevillano

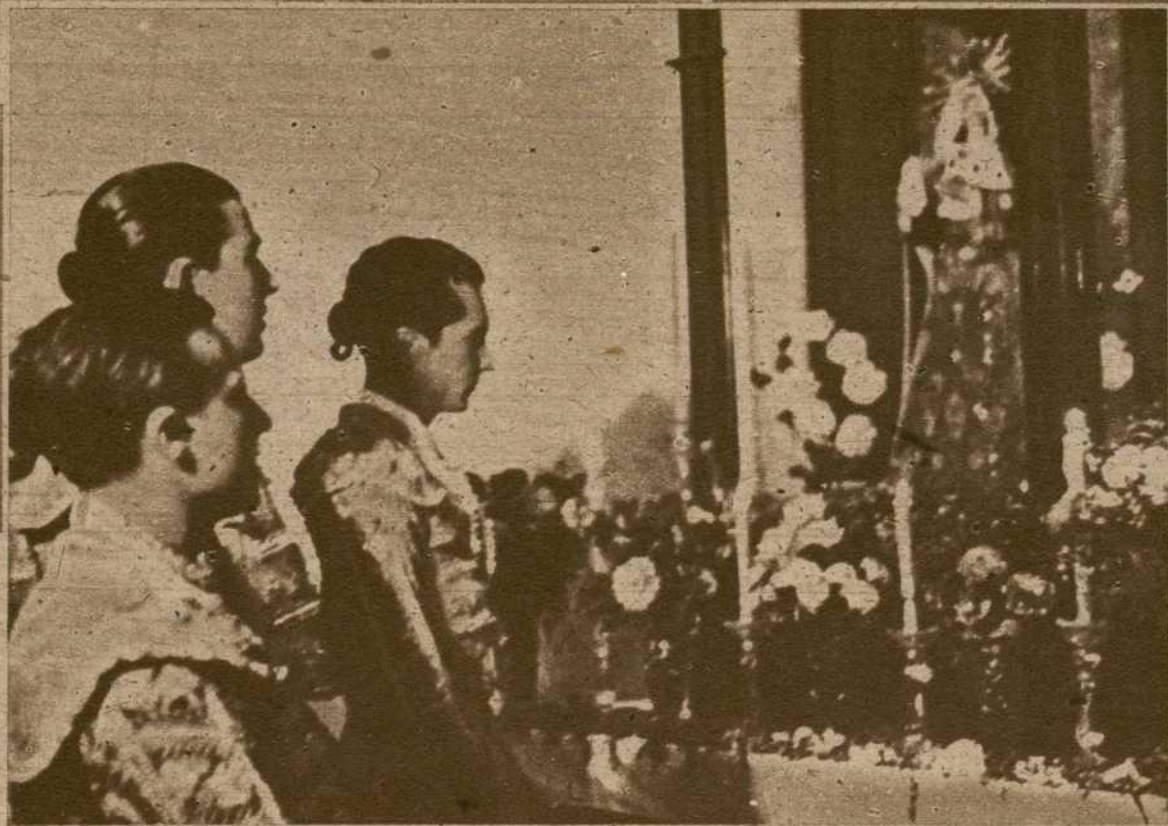
CAPILLITA DE LA MAESTRANZA SEVILLANA



La capilla de la Plaza de la Maestranza



Luis Miguel, «Farritas» y Pepe Luis en la capilla de la Maestranza



MUCHO se ha escrito de la Plaza de Toros de Sevilla: de su tipismo, de su abolengo, del empaque señorial que predomina en su medio ambiente en las tardes de fiesta, cuando hasta la propia Giralda parece asomarse por los aleros del tejadillo, curiosa de su feminidad, como eterna espectadora de hazañas múltiples, coronadas en el albero —oro y luz— por lidiadores de todas las épocas.

Pero de la capillita... De esa capillita de nívea blancura, donde la cal impera, adueñándose a plenitud de aquellas paredes, en la que el intimismo se reconcentra en ese cuarto de hora de incertidumbre para los lidiadores, caminando al brazo, sonrientes rostros —¡oh, poder

de la voluntad!— y corazón añorado, poco, muy poco se ha comentado.

Sala de descanso de cuadrillas. ¿Descanso? Por una puertecilla al fondo se entra a la capillita tradicional, donde tantos y tantos lidiadores han pedido a la Virgencita que preside y llena todo el ambiente les proteja.

Oración sincera. Con la idea de la muerte en la imaginación, que a todos acerca más y más a la que todo lo puede.

Oración musitada, más que con los labios, con el corazón, en la entrega total de sus afectos... Que esa muerte, aliada perpetua de la Fiesta, allá espera, acaso en el redondel, en el medio ambiente todo, para actuar cuando le plazca.

Pero la Virgen de la Caridad sevillana todo lo puede. Ella protege a quien le reza, trastrocando la tragedia en clamores de triunfo una y otra vez.

Capillita sevillana, embalsamada de promesas ofrecidas en ese cuarto de hora de incertidumbre.

Y los que pasaron, y los que actúan, y los que lleguen, todos ante la Virgencita, alumbrada por la cera, blanca también en las tardes de toros, reverberando sus luminarias sobre el oro de las chaquetillas y sobre el de su saya.

Oro, pureza de plegarias, aromas de claveles, de alhelios, en la ofrenda sencilla del que más tarde dialogará con la muerte en la confianza de protección de esa Virgencita de la Caridad, como exponente sublime de una religiosidad innata en tan arriesgado profesionalismo.

“Señá” Concha le dicen a la viejecita encargada del ornato de la capilla. Ella nos cuenta cómo gozaba cuando le colocó por vez primera la saya que de un traje de lucés de Pepín Martín Vázquez, donado por él, se le hizo hace unos cuantos años.

¡Qué bonita está siempre!

Y mientras allá en el ruedo se deshoja la eterna margarita de cada tarde, ante el clamor de la multitud y bajo un sol agobiador, siguen las lámparas de la fe alumbrando a esa Virgencita sevillana que sabe de las amarguras de la vida torera, de sus cuitas, de sus preocupaciones... Aunque la sonrisa —¡oh, poder de la voluntad!— asome a los labios en ese cuarto de hora de incertidumbre...

M. PAREJO

XEREZ-QUINA

EL APERITIVO
QUE TOMA
TODO
EL MUNDO

VALDESPINO
JEREZ

PEPIN MARTIN VAZQUEZ



HACE unos días, me llamaron de los Estudios:

—Mañana vamos a rodar en el campo unos exteriores de «Currito de la Cruz» y toreará Pepín Martín Vázquez. ¿Quiere usted venir?

Acepté gustoso la invitación, porque tenía interés de ver torear a Pepín, la figura del toreo que nos arrebató el cine. Veinticuatro horas más tarde, me encontraba cerca de El Escorial, en la finca de doña Teresa de Oliveira. En la placita ya se encontraba Pepín Martín Vázquez. El no me vió en aquel momento, y me alegré, porque así podía verle yo torear sin preocupaciones de «profesional»...

Confieso sencillamente que, una hora más tarde, seguía sorprendido por cuanto vi hacer a Pepín en esta placita, sin público y casi sin testigos. El torero de la Resolana toreó espléndidamente... como él torea, ¡como estaba toreando la pasada temporada!

Encelado, rabioso, con ganas, sin acordarse de «aquello»... Pepín estaba toreando maravillosamente.

Cuando me dirijo a él, tuve que decirle:

—¿Creeas que estabas toreando ante el público?

—Cuando se torea, no se piensa en nada... a excepción de torear y torear.

—Y estando así, ¿por qué no toreaiste a principio de temporada?

—La película me la impidió.

—Para un torero, ¿no es más interesante el torear que hacer películas?

—Ya estoy haciendo una película de toreros... donde se torea. Es otro aspecto de nuestra vida profesional. Yo no he pensado nunca ser actor de cine. Soy torero, y por esto estoy trabajando en «Currito de la Cruz». Mucha gente interpretó de otra manera esta película mía, y las cosas hay que ponerlas en su sitio. Un torero tenía que hacerla: ¿por qué no podía ser yo ese torero?

—Clerto es; pero muchos creen que podías haber toreado bastante en lo que va de temporada, y así podías...

—Desde mi punto de vista de profesional, la temporada hay que hacerla seguida. Torear y quedarse luego sin toros, no me agrada. ¿Cuántas corridas crees que habrá toreado el que más desde la feria de Castellón?

—Unas cinco corridas.

—¿Y cuántas corridas se celebraron el pasado domingo?

—Una sola. Ese día torearon tres toreros; los demás fueron espectadores.

—Entonces, verás que ni yo me he perjudicado, ni el público puede notar mi falta en los ruedos. Las cosas hay que mirarlas con calma. Nadie puede decir que yo he dejado de ser torero para ser actor de cine. Estoy haciendo, esta es la verdad, una película de torero, donde se torea y se vive esta vida nuestra.

—¿Torearás en Madrid pronto?

—Escucha. Todos los años... hace cuatro años, desde que soy matador de toros, estoy viniendo a Madrid en mayo. Cuatro años seguidos, con toda clase de toros. Miras, Pablo Romero, Santacoloma... he toreado cuatro años seguidos, sin imponer ganadería, toreando todo, porque yo quiero y respeto al público de Madrid.

—Quizá tu caso, Pepín, sea el único...

—Eso no importa —me contestó modestamente Pepín Martín Vázquez—; lo importante es que haya venido siempre.

—Ahora, una sola cosa: ¿qué quieres que diga a los aficionados?

—Que muy pronto reapareceré y que no he filmado una película por irme de los toros, porque en esta película se torea... quizá más de lo que podía haber toreado de febrero a mayo.

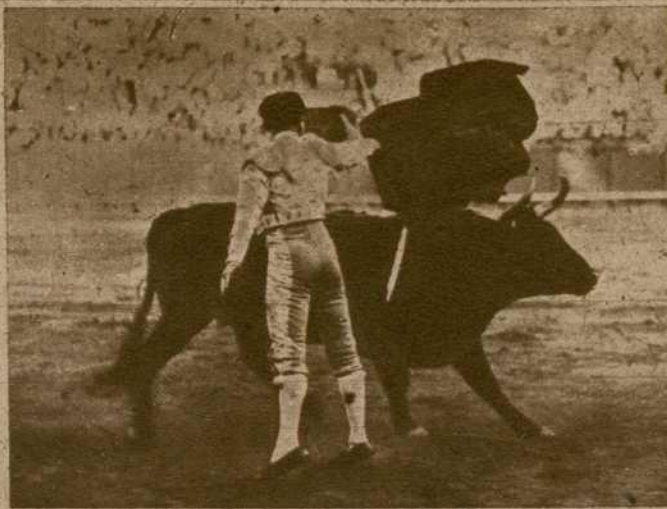
Me he guardado las cuartillas. No he querido preguntar nada más. Pepín Martín Vázquez acababa de hablar claramente. De verdad, como poco antes le había visto torear también. De verdad. Ahora pienso yo: Si el domingo y otros domingos, muchas figuras del toreo fueron espectadores en muchas Plazas... ¿qué importancia tiene que Pepín Martín Vázquez, la figura auténtica del toreo, dedicase esos domingos a torear... para una película de toreros?

Lo que importa es que él toreó...

«Como él torea! —O. E. F.

1914, la feria del belmontismo

Las corridas de la feria de Sevilla han sido, en todas las épocas, piedra de toque de la torería nacional. En ellas se crearon y destruyeron ídolos y se alzaron o afianzaron banderías y partidismos. De esta rama, principalmente, nace la prevención de los toreros de todos los tiempos contra las corridas de la feria de Sevilla. Los que de verdad sean sinceros en su afición y en su pasión, no deben escandalizarse, y mucho menos rasgarse las vestiduras porque los toreros modernos tomen sus precauciones ante las corridas de la feria de Sevilla. Los tomaban también los antiguos, aunque en muchos casos sea cierto que estas preocupaciones se resolvían siempre en favor de la presencia incondicional en las célebres fiestas. El belmontismo, como bandería taurina determinada, sacuenta el mejor punto de apoyo, hasta el concepto redondo de partido de masa y de selección que alcanzó bien pronto, en una feria de Sevilla, precisamente la de 1914. Existía hasta esa fecha un belmontismo que, por haber nacido contra las normas clásicas —lo mismo que la manera de torrear que lo había inspirado—, no contaba fuera de ciertos refugios, donde se tenía por indiscutible la superioridad de Juan —cuando, en realidad, éste apenas si había remanido el vuelo— sobre todos los lidiadores de la historia. Era ese el belmontismo, nacido a la incierta luz de la luna en las legendarias hazañas de Tablada —el más terrible aprendizaje taurino de todos los tiempos—, en el que se mezcló la angustia y la admiración, en la misma forma que luego, en las Plazas de Toros, a las claras del día, y frente al dilema de la posibilidad o imposibilidad de «aquello». El belmontismo anterior a 1914 se apoya en el mismo sentimiento popular en el que, con mucha mayor extensión, ¡claro está!, había de tener más tarde su base el gran partido taurino de la



Juan rematando por alto un pase natural en una corrida de la feria sevillana

tercera salida de Juan. No hizo éste nada —personalmente—, hasta la feria señalada, para ganar en la capital de Andalucía —metrópoli del torero— aquella popularidad casi mítica con que al pie de la Giraldá fueron saludados sus primeros capotazos de la novillada de julio del año 12.

El auge y el impulso de su propia bandería es problema que jamás preocupó a Belmonte en aquellos días en que parece obsesionarle el compromiso contraído consigo mismo, con su propia responsabilidad y estimación. Es seguro —como reflejo exacto de esta actitud— que la revolución artística que representó Juan, se fué operando, en su génesis, sin una metódica y reflexiva acción del titular; pero también es cierto que no mucho más tarde nace en la arena caliente de los ruedos la voluntad determinada y firme de cambiar el sentido y la dirección de muchos puntos del torero tenidos hasta entonces por fundamentales.

En la feria sevillana de 1914, que es, por esto mismo, la feria del belmontismo —como hay después, en 1945, la feria del «manoletismo», este método y esta reflexión encuentran cauce definitivo.

La nueva teoría se apoya, a partir de la fecha indicada, en unas bases, aunque distintas, tan poderosas como las que habían sostenido el prestigio de una serie de figuras que empieza en «Largatijo» y termina en «Joselito el Gallo». Este y Gaona habían de ser, por coincidencia maravillosa, los testigos o fedatarios de la apertura del nuevo libro del torero.

A partir de 1914, un nuevo clasicismo, distinto del que se consigna en las taurinaquias regladas, se hace respetar hasta por los más intrasigentes «joselistas». Fracasa seguidamente el desdichado pronóstico del Guerra, y Belmonte, físicamente impedido, carente en absoluto de facultades físicas, destruye, ante un toro de Miura de imponente presencia, la tesis de la agilidad, y mete al torero en la misma consideración de orden espiritual que para cualquier espíritu cultivado ofrecen las artes bellas. Es realmente interesante que esta mutación se practique bajo la égida del «belmontismo» y no del «joselismo», en cuyo pun-



Juan Belmonte con su apoderado, el periodista don Antonio Soto, ya fallecido, en la venta de Eritaña

to inicial —el «largatijismo»— se había operado la transformación de la teoría desde el punto de vista social.

A partir de la feria de 1914 tiénesse por verdad incontrovertible que la dominación de los toros es problema que puede tener solución al margen del poderío físico de los toreros.

En esta feria de 1914, que consideramos como referencia concreta del nacimiento de la nueva teoría, Juan triunfó, no sobre el toro berrendo que había de proporcionarle uno de los éxitos más espectaculares de toda su carrera artística, sino sobre toda una leyenda de terror que intereses de diversa naturaleza habían creado alrededor de la divisa famosa. Como don Eduardo Miura, el viejo ganadero que frente a «Bombita» y «Machaco» y frente a todos los toreros de su tiempo había mantenido una fortaleza admirable, cede por completo a la emoción que le produce el relato del mayoral sobre la hazaña de Juan, que sin poder moverse había «cogido al toro berrendo por la narizca del pitón». Juan rubrica de esta manera, que enloquece a la multitud y hace llorar a Miura —era la primera vez que un torero cogía los cuernos a un toro de esta divisa—, la teoría que habría de trastocar los fundamentos de la lidia de reses bravas y especialmente su proyección en el concepto de las multitudes.

Desde el 1914 el belmontismo tiene cambiada la vieja frase «arte del torero» por la de «el torero es arte». Así lo entendieron muchos hombres gloriosos que, partiendo de otras actividades artísticas, coincidieron en el grupo que concede a Belmonte un puesto de honor en el parnaso que tanto había de influir en el profesionalismo posterior a Juan. Desde 1914, el belmontismo es bandería de masa y de selección, con fuerza bastante para volver al ambiente de la fiesta —en admirable similitud con lo hecho en otro siglo por la bandería antitética, el «largatijismo»— a ingenios indiferentes al gran hecho social que el torero representa en España, y para arrastrar a las multitudes a aquella obsesiva curiosidad que no mereció ningún torero de nuestro siglo.

ENRIQUE VILA

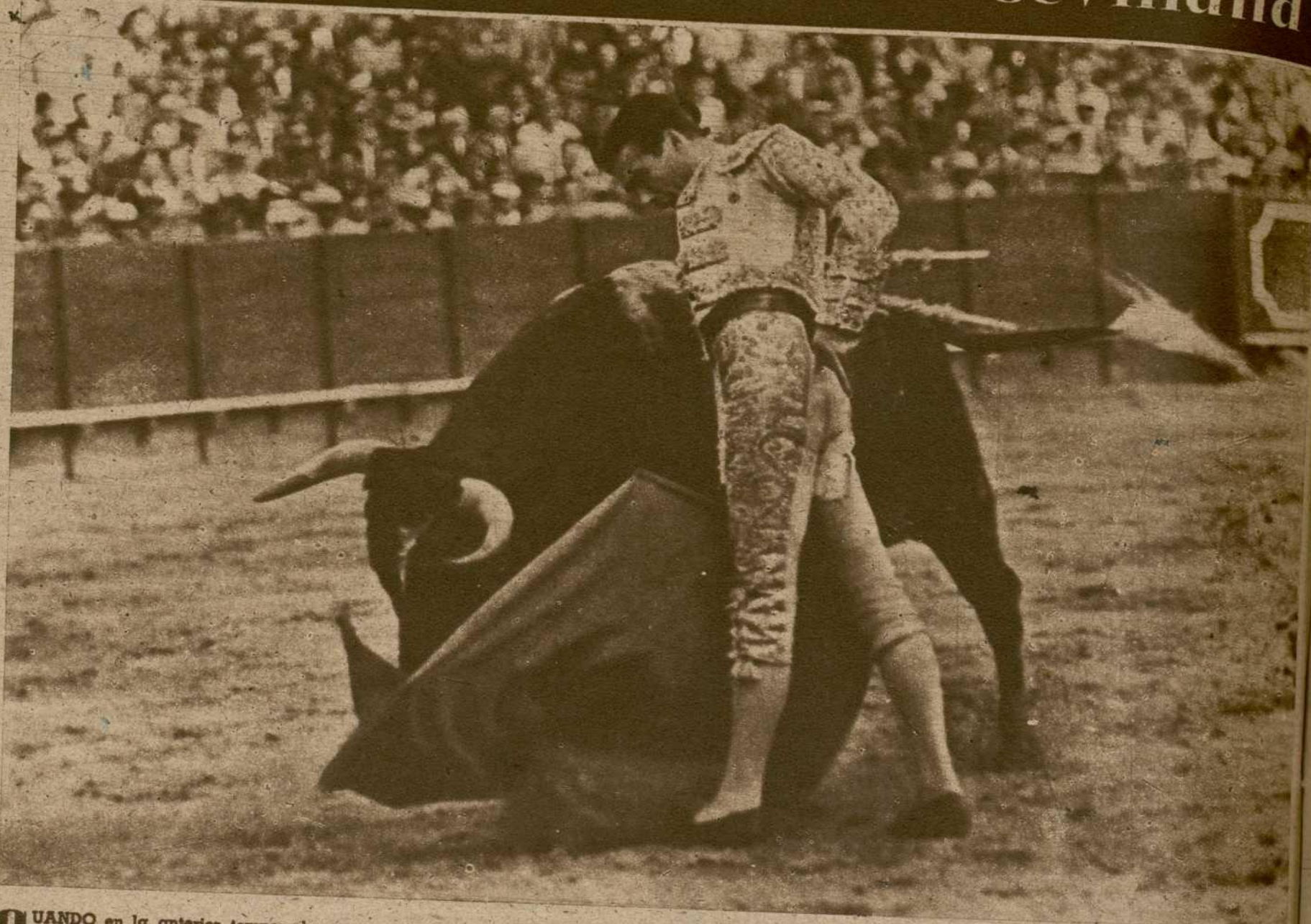
Belmonte brindando, en la famosa feria de abril del año 1914, la muerte de uno de los toros de Miura que estoqué



COÑAC "RAFAEL"

COÑAC VIEJISIMO
DEDICADO A RAFAEL GOMEZ GALLO POR LA CASA
J. M. RIVERO-JEREZ

"EL CHONI", en la feria sevillana



CUANDO en la anterior temporada se arrastró el último toro de las corridas de la feria sevillana, un sólo nombre destacaba sobre el florilegio que nimbaba a los toreros triunfadores. Este nombre no era otro que el de Jaime Marco. «El Choni». Tal fué su éxito. Tanto, como el eco que resonó en toda la afición conmemorando su actuación triunfal. Al aproximarse el ciclo de festejos que llevará al pie de la Giralda a lo más florido de la afición taurina, el mismo nombre aletea con temblores de emoción. Y el nombre de

«El Choni» llena legítimamente todas las esperanzas.

—¿Superarás este año —le hemos preguntado al popular torero valenciano— «tu tarde» famosa, sobre el albero de la Maestranza?

—¡Qué más quisiera yo!—nos ha respondido rápidamente, poniendo en el gesto indefinido con que ha querido subrayar sus pensamientos un acicate a nuestras preguntas.

—Pues como te lo propongas...

—Mis propósitos son los mejores. Todo está en

que la suerte me acompañe en mis deseos. Yo voy a Sevilla dispuesto a no perder ni un solo instante que me sea propicio. ¡Y son tan escasos los que se me deparan!

—Es verdad. Pará todos ha sido motivo de extrañeza que sólo torees una corrida en la feria, si se tiene en cuenta los formidables méritos que demostraste en aquella tu tarde memorable.

—Pues así es, porque no ha podido ser de otro modo. A los toreros, muchas veces, no nos vale el acierto de manera absoluta; son los imponderables los que en ocasiones deciden y se imponen.

—Y que lo esencial en el toreo no es la cantidad, sino la calidad. Y de eso sí que puedes presumir. ¿Qué impresión te produce el público de Sevilla?

—A la impresión de respeto que me producen todos los públicos hay que unir, cuando torea uno en Sevilla, una atracción de sencilla simpatía, de cordialidad llana, que como una tibia neblina baja de los tendidos, envolviéndonos como acariciándonos. Y ese ambiente familiar y cortés no tiene precio. Por eso obliga tanto. Y por eso nos pesa tanto... torear en Sevilla... Aunque yo en Sevilla no conozca más que el triunfo.

—¿Cuántas corridas de toros te propones torear esta temporada?

—Confío en un buen año de toros. Y por mí no ha de quedar...

Para nadie es un secreto que «El Choni» está en esa hora, en ese punto de decidido acierto que culmina con la madurez de su arte. Por eso no sería extraño —podíamos asegurarlo ciegamente— que cuando por la puerta de arrastre de la Plaza del Baratillo desaparezca el último toro de la feria, un nombre, entre todos, flo'ará sobre la admiración general: el nombre de Jaime Marco. «El Choni». Y como en la anterior temporada, servirá de pauta y de guía en la confección de todos los carteles de todas las ferias de España.



EL ARTE Y LOS TOROS

LA PINTURA Y LOS PINTORES TAURINOS SEVILLANOS

ERA lógico el suponer que a través del tiempo fuera la pintura sevillana la más característica y más acusadamente taurina. Y era, en parte, natural que así fuera, ya que siendo la Fiesta nacional un espectáculo viril, enraizado al ambiente y al alma andaluza, a la bondad climatológica, había de hallar en los artistas, nativos la máxima devoción y entusiasmo. Si es verdad que esta devoción, esta dedicación del tema, no nace sino hasta los principios del siglo XIX, es decir, cuando el tema religioso, sostenido con verdadero esplendor y magnificencia por pintores, como Murillo, va cediendo su puesto a ese sentimentalismo romántico que materializa los espíritus y hace posible el que la pintura española inicie un nuevo cauce temático, prendido en cierto costumbrismo, a la par que a determinadas evoluciones estéticas. Nuestros pintores, allá por los años de mil ochocientos treinta y tantos, movidos por ese afán de llegar hasta la entraña popular, se lanzan por los asuntos taurinos. Carnicero y Goya han abierto el portón por el que habrán de desfilar los pintores sucesivos, y el tema, ya dada la alternativa por tan destacados maestros, salta desde las dehesas, los corrijos, las Plazas y los desfiles, a la gran tribuna pictórica, desde donde presidirá el movimiento artístico sucesivo. Sevilla dará la pauta e iniciará el camino, y abierta la flor de estufa del romanticismo, Antonio María Esquivel, nacido en aquel suelo el 8 de marzo de 1806, señalará con su retrato de un torero de la época, no ya un estilo, que señalará una fase de la pintura, sino la consolidación de un tema, —el retrato— en el que no podrá estar ausente uno de los personajes, héroe de nuestro tiempo. Y obsérvese que Esquivel supone, o significa, la representación más característica de aquel movimiento que con Lucas, Alenza, Vicente



«Picador borracho», pintura de Jiménez Aranda que señala la maestría como dibujante y pintor de aquel ilustre artista sevillano

López, Luis Ferrant, Pérez Villamil, Valeriano Béquex, Elbo, Gutiérrez de la Vega y los Madrazo, había de imprimir un nuevo giro al arte pictórico español. A partir de ellos, los toros, con su ambiente, con su dinamismo, con cuanto llevan prendido de luz y color, se adueñaron del arte de la pintura, dando lugar a la más notable e interesante iconografía de nuestro tiempo, porque, arrinconada la pintura de historia —lepra del arte español, como la calificó José Francés—, y más anteriormente la religiosa, sólo el costumbrismo, el retrato y el paisaje prevalecieron en una atmósfera renovadora, en la que se vislumbraban ya ciertos atisbos de una revolución que había de alterar por completo las normas, la técnica y el procedimiento de arte español contemporáneo.

De los pintores sevillanos, Jiménez Aranda y Villegas señalarán modalidades de técnica diferente; pero ¡qué excelente maestría la de ambos! Jiménez Aranda, esclavo del detalle, de la meticulosidad preciosista y detallista, y hasta colorista, maravilloso dibujante, pintó poco del tema taurino; tal vez dos o tres cuadros que han quedado como modelo del género. Villegas, en cambio, dedicó muchas horas y no pocos lienzos a la Fiesta taurina, muchos de los cuales pinta durante su estancia en Roma, cuando, tal vez la nostalgia y la añoranza de su tierra nativa, Sevilla, hacía vivir en él más intensamente el recuerdo de su oficio, obligadamente dormida. Con Villegas, otro de los pintores que más trataron el asunto de los toros fué García y Ramos, castizamente sevillano; artista enteramente entregado a todo cuanto significara loa o exaltación artística de las costumbres y temas de su tierra. Y con ellos López Cabrera, otro de los insignes pintores sevillanos que influenciados por el ambiente, por lo luminoso y atractivo del tema, y por la afición, ha producido ya no pocos cuadros de asunto más o menos directamente taurino, como acontece con Gonzalo Bilbao, Parladé, Nicolás Alperia y, más anteriormente, con Joaquín Díez y Enrique Cabral, que habrían de mantener el auge y el prestigio de un tema enormemente glorioso de nuestra pintura, que a través de siglo y medio había de exaltar la artística de belleza de nuestra española Fiesta.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



«Torero», cuadro de Antonio María Esquivel, en el que está impreso un bello sabor romántico. (De la colección particular de A. Alcázar de Velasco)



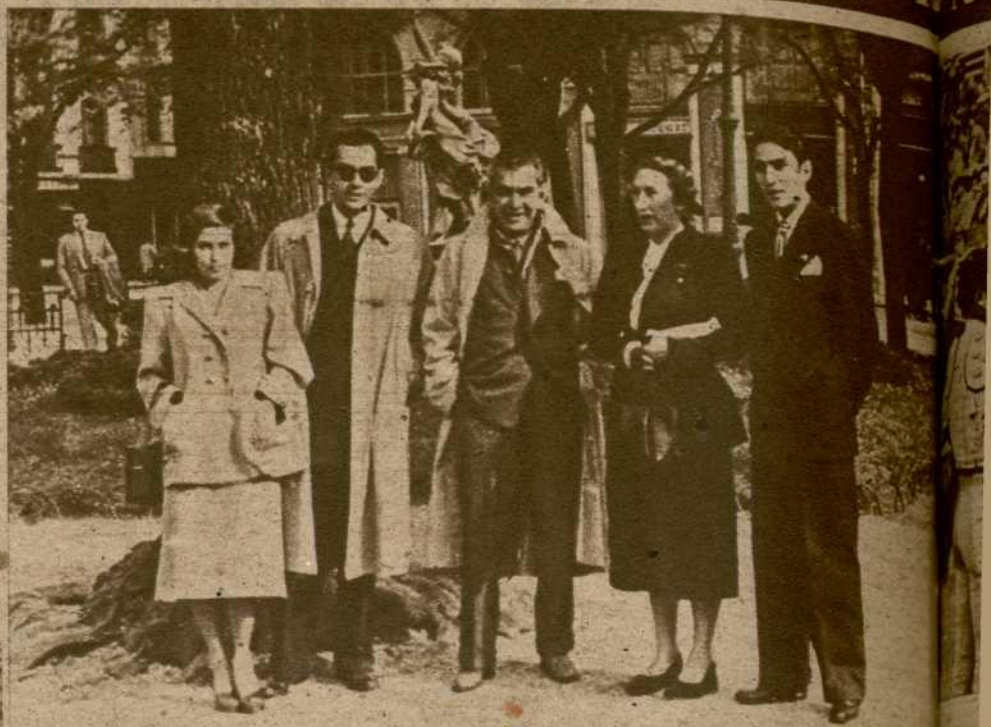
«La muerte del maestro», magnífico lienzo de Villegas que se conserva en Buffalo, y una de las más bellas y logradas obras de este pintor sevillano

Llegada a España de Rodolfo Caona.—En Zaragoza resultó herido el novillero Juanito Martínez; en La Línea, el torero venezolano Ali Gómez y el español «Joselete», y en Valencia, un acomodador, al saltar un novillo al callejón

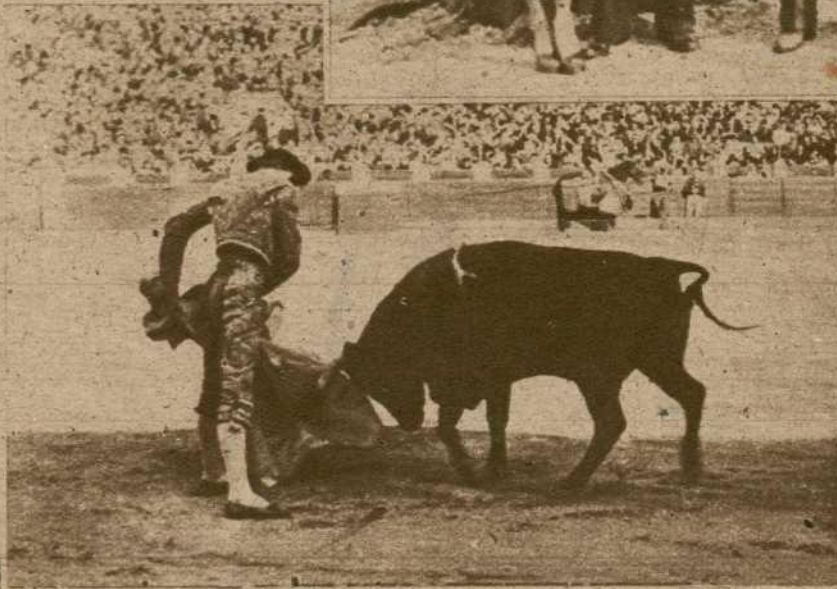
Novillos en Zaragoza

EL cartel anunciado, Manolo González, Juan Zamora y «Cardeño», con novillos de don Isaias y don Tulio Vázquez Román, había despertado mucha expectación, pues a los próximos doctores González y «Cardeño» no se les conocía en esta Plaza, Juan Zamora dejó una incógnita en su presentación que había de despejar en su segunda salida, y los novillos habían de llevar en sus morrillos las cintas acreditadas de los citados ganaderos andaluces. Pero la ausencia «por enfermedad» —¡ejem, ejem!, de tosecilla maliciosa— de Manuel Franco, «Cardeño», pocas horas antes de comenzar el festejo, con la sustitución a cargo de Juan Martínez, de Madrid, sin categoría alguna, hizo que las ilusiones se nos fueran a tierra; sin demasiado pesimismo, pues la novillada no nos divirtió ni poco ni mucho.

Cumplieron como corresponde a su fama don Isaias y don Tulio, con una novillada, no igual, pero con reses muy bien presentadas, incluso con un toro de auténtico cuajo, que dió en canal un peso de 296 kilos y medio. En total, los seis novillos dieron un promedio de 243 kilos. No tuvieron demasiado poder, en general, pero sí alegría y temperamento, salvo el quinto. Para la muleta gapearon los dos últimos, sin que a los otros cuatro se les sacase por los correspondientes espadas el partido que ofrecían.



SAN SEBASTIAN.—Rodolfo Caona, el famoso ex torero mejicano, a su llegada a España, acompañado de su mujer y de sus hijos (Foto Marín)



ZARAGOZA.—Un remate de Juanito Zamora (Foto Marín Chivite)

Juan Martínez —artesania del toreo— no supo qué hacer con el que abrió plaza. Le mató con facilidad de hombre ducho en echar carne abajo. Y al hacer su quite en el segundo, emulado por los que habían realizado sus compañeros, fué cogido al rematar una serie de lances al costado por detrás, y se llevó una cornada seca y profunda en el triángulo de scarpa izquierda, con rozamiento de los vasos femorales. Pronóstico grave.

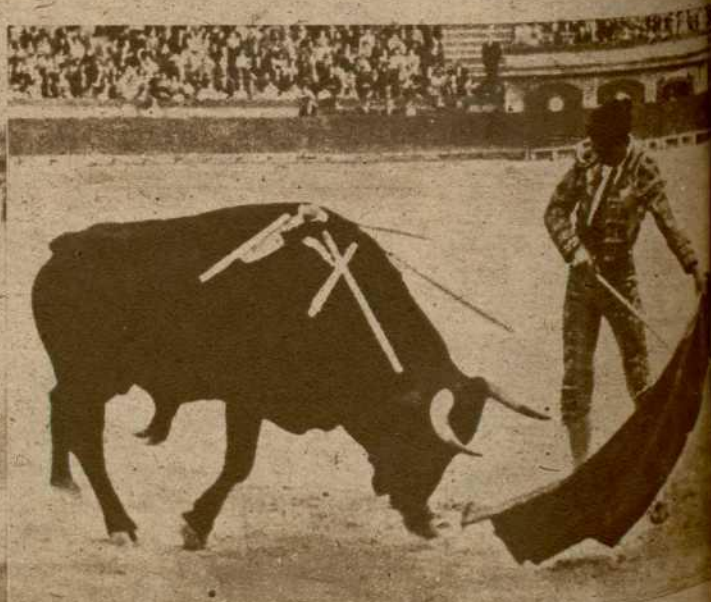
Manolo González se quedó en detalles. Aunque uno de ellos fuera tan descolante como un quite en el tercero, con lances a pies juntos, pero de absoluto mando de brazos. Remató con un lance de tijerilla magnífico, y el rumor de los comentarios de las grandes ocasiones corrió por el graderío. La ovación fué estrepitosa. En las faenas de muleta del segundo y cuarto fué jaleado y acompañado por la música, en premio a los variados pases naturales de una y otra mano, de pecho, de rodillas y los del «kikiriki» de la escuela de su modelo Pepe Luis. En el quinto hizo labor de aliño. Con el estoque no estuvo bien. Dió la vuelta al ruedo en el que mató por Juan Martínez.

Juan Zamora, que causó buena impresión el domingo anterior, tarde de su presentación, no se afirmó en ella. Descontemos de su actuación gris dos pares muy buenos al quiebro, de los tres que puso; dos o tres quites con chicuelinas y tapatías vistosas, y en tal cual pase a su primero, que estaba muy bueno para la muleta. No estuvo bien al matar.

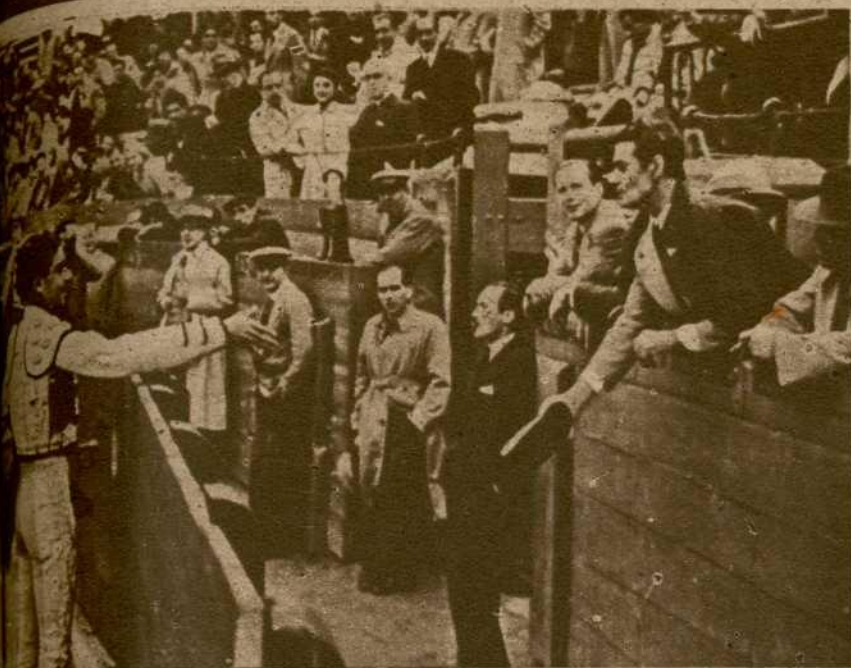


ZARAGOZA.—Cogida del novillero Juanito Martínez (Foto Marín Chivite)

ZARAGOZA.—Juanito Martínez, conducido a la enfermería (Foto Marín Chivite)



VALENCIA.—Honrubia pasando de muleta al tercero (Foto Vidal)



VALENCIA.— Antonio Caro brinda la muerte de su primer novillo al matador de toros valenciano, recién llegado de América, Manolo Martínez (Foto Vidal)



LA LINEA.— El novillero «Joselet» es conducido a la enfermería (Foto Garci-Sánchez)

El empresario de la Maestranza, Manolo Belmonte, habla para EL RUEDO

EL breve espacio de la calle del Teniente Coronel Seguí se ha convertido en el centro neurálgico de Sevilla. En él están instaladas las taquillas y las oficinas de la empresa taurina de la Plaza de la Maestranza. Y por ella pasa el duque y el comerciante, el funcionario y el soldado, el padre de familia y el solterón empedernido... ¿Quién no quiere un abono en la Plaza del amarillo albero? Y la cola se mantiene todas las horas, gruesa, abigarrada, ruidosa y hasta discutidora. En la puerta ya no es un río, sino una muralla de carne humana, y dentro, las oficinas, un verdadero bosque de personas, corbatas, bastones, cigarros puros... El teléfono llama suplicante, sin interrupción, y se aguzan las mejores armas de la recomendación y la influencia.



Manolo Belmonte, organizador de las corridas de la feria de Sevilla

Nosotros hemos hecho hoy el esfuerzo mayúsculo de alcanzar el despacho de don Manuel Belmonte, gerente de la Empresa.

—¿Qué opina usted de los carteles de la feria?

—Me satisfacen, como empresario y como aficionado. Creo que en ellos se barajan los nombres más representativos de la totería actual, y, por tanto, son dignos de las fiestas conmemorativas del centenario de la feria.

—¿Cómo cree que ha recibido el público los carteles?

—Con el mayor agrado. Están en ellos los toreros sevillanos, con una sola excepción, no motivada por olvido o desdén de la Empresa, sino por compromisos que el espada había contraído anteriormente. Y de fuera vienen los de mayor notoriedad. No cabía exigir más, y así lo reconoce el público ostensiblemente.

—¿Cómo ha respondido la afición?

—Las colas formadas ante los despachos de Contaduría para el abono contestan la pregunta. La renovación ha sido total, y los nuevos abonos sobrepasan los cálculos más optimistas. Los abonos rebasan ya el cincuenta por ciento del número de localidades de la Plaza. Esto supone el ochenta por ciento, casi, de la totalidad del cargo, ya que han sido abonadas las localidades más caras.

—¿Cree usted que falta algún torero español en los carteles?

—Desde luego, falta uno, con el que, por motivos diferentes, no ha sido posible llegar a un arreglo. No se le ocultará que se trata de Paquito Muñoz, nuevo valor que, por haber recibido el beneplácito de la afición sevillana, estaba llamado a comparecer en esta oportunidad.

—¿Qué causas han motivado la exclusión de este torero?

—No es fácil precisarlas. Ya se lo digo a usted. La Empresa deseaba que torease. Lo que siento mucho, porque sé que Paquito está contratado en todas las ferias de España y espero mucho de él en la presente temporada.

CEFEOR

De la función anodina salvemos también al picador «Rubio Chico» por su buen toreo a caballo en el quinto de la tarde.

DON INDALECIO

Novillada de Valencia

Tres horas y media largas duró la novillada. Con este dato, el lector puede comprender fácilmente que el aburrimiento fue la nota predominante de la misma.



LA LINEA.— Ali Gómez brinda la muerte de su primer novillo al empresario de la Plaza, señor Beaty. Luego Ali Gómez resultó cogido y con una herida grave (Foto Garci-Sánchez)

Paquito Honrubia anduvo toda la tarde a la deriva. Estuvo a merced de los novillos, sin hacer con ellos nada digno de tenerse en cuenta, por lo que oyó muestras de desagrado.

En último lugar, y como obsequio de la Empresa, el novillero José Tapia, «Gavira», lidió un toro de Garrido Altozano. «Gavira» estuvo valiente y voluntarioso. A la hora de matar, también se puso pesado, y recibió dos avisos.

Los novillos de doña María Teresa Oliveira estuvieron muy bien presentados. Para la lidia no ofrecieron dificultades serias. Los mejores fueron el primero, quinto y sexto, especialmente los dos últimos.

RECORTE

En este número ha colaborado, con su acierto acostumbrado, la prestigiosa Agencia de Publicidad Gisbert, que ordena y dirige las más eficaces e importantes campañas de publicidad.



Grandioso homenaje de los periodistas, artistas y toreros cordobeses a nuestro compañero, el corresponsal de EL RUEDO, «José Luis de Córdoba», por haber sido premiado en el Concurso periodístico de la Semana Santa en Málaga (Foto Ricardo)

Joselet Montero logró lucirse en su primero, especialmente con la muleta. Instrumentó varios descabezados y naturales que se ovacionaron. Con la espada estuvo pesado, por lo que escuchó un aviso. No obstante, dió la vuelta al ruedo. A su segundo lo acertó con exceso de precauciones y tampoco estuvo acertado con la espada, por lo que oyó otro aviso. Lo único bueno de la tarde corrió a cargo de Antonio Caro, que se mostró el lidiador seguro y artístico que llega a la alternativa por méritos propios. La muleta realizada en su segundo fue magnífica. Entre ovaciones y música dió pases de todas las marcas que provocaron el entusiasmo del público. No tuvo suerte con la espada, y ello le hizo perder los trofeos que merecía la artística feena.

UNA FIGURA DEL TOREO

Técnica y arte de PEPE DOMINGUÍN

y en cada una de sus intervenciones. Nada de «recortar el toreo», nada de «racionamientos», nada de recortarlo, que demasiado, desgraciadamente, lo está, sino de presentarlo en toda su hondura y extensión, con acopio de recursos —recursos, no mañas—, enraizados en una técnica medida, exacta, que pone en la lidia acentos maestros, y con un muestrario de suertes que realmente se echa de menos en los ruedos.

Pero Pepe, además, perfila de día en día —diríamos que ya ha consumado tal logro— su modo de ejecutar el toreo, y ha conseguido añadir a su acabada técnica, a su «largura», el ropaje fastuoso de unos modos plenos de belleza, rebosantes de una elegancia y una vitola impares. Fondo y forma se aúnan. Caminan acordes, hermanados. El arte le hace «son» a la sapiencia torera.

No es del caso revisar con detalle la figura de Pepe Dominguín. Sólo en un examen a la ligera nos es dado esbozarla.

Veámosle capote en las manos, llevando a la lidia un sentido exacto; contéplémosle en toda la gama de las suertes del primer tercio —frolea, gaoneras, lances de rodillas...— y en ese veroniquero suyo —la pierna adelante, la suerte cargada, los brazos airosos, mandones— en que ha conseguido una autoperfección... Y rindámosnos ante su inigualada pericia de banderillero extraordinario —el mejor de la época— ante el arte —garbo, precisión matemática, elegancia suprema, «a lo Fuentes»— que Pepe derrocha en el segundo tercio...

Y posemos, nuestros ojos en su muleta, que esconde en los pliegues recursos toreros para dominar y vencer, y en el vuelo airado de esa su flámula que se recrea en un quehacer rebosante de gracia y de garbo...

Y, por último, veamos cómo el brillo de su acero seguro va apagándose lenta, despaciosamente, en las negruras de los morrillos.

No. No se abre ninguna interrogante al paso de Pepe. Para él —y para el público— todo está descifrado. A Pepe le aguardan en todos los ruedos de España. Va a Sevilla, a Valencia, a Bilbao, a Madrid..., a todos los sitios. El motor del «Hispano», en marcha, y dentro del coche, un torero de la cabeza a las zapagillas: ¡Pepe Dominguín!



1948 no es para Pepe Dominguín una incógnita. Ni a su paso se abre el garabato de una interrogante. Esta quedó descifrada por Pepe en la temporada anterior, en que, plaza tras plaza y tarde tras tarde, fué echando la semilla de una cosecha que, espléndida, va a recoger a lo largo del curso taurómico ha poco iniciado. Sevilla, donde Pepe Dominguín ha actuado ya este año —con gran aplauso, por cierto—, le cita para su feria cimera, escenario impar de nuestra Fiesta. Y también le aguardan otras ferias famosas. Bilbao... Y Valencia... Y Madrid, en su ciclo de San Isidro... Y Albacete... Y... Los vientos del Sur y del Norte, de Levante y de la meseta castellana, llevarán, sí, por todos los ámbitos de España ecos con rebote de aplausos, esos aplausos que a Pepe le aguardan donde quiera que pasee su figura gallarda —auténtico empaque torero— y exhiba su maestría y su arte, con ese concepto amplio y vario que tiene de la profesión y que hace realidad en todas



AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

JOSE GARCIA DE MESA

opina que hoy cuenta el toreo con los elementos indispensables para ser perfecto



Hoy habla para ustedes un aficionado que ha tenido y tiene gran relación con nuestra Fiesta. Don José García de Mesa, abogado en ejercicio y asesor jurídico de la Asamblea Suprema de la Cruz Roja, ha desempeñado durante diecisiete años el cargo de asesor jurídico de la Asociación de Matadores de Toros y Novillos. Durante el tiempo que estuvo desempeñando dicho cargo intervino de forma brillante en los más notorios casos jurídicos que registra la moderna historia de la tauromaquia. En el resonante proceso seguido en Soria con motivo de la muerte de «Nacional II» ejerció la acción popular en representación del Montepío de Toreros; realizó una interesantísima labor cuando la huelga promovida por Sánchez Mejías contra las Empresas que acordaron limitar los honorarios de los lidiadores; intervino en la redacción del Reglamento oficial para las corridas de toros, novillos y becerros, y en la campaña de 1936, para tratar de conseguir la normación de las actuaciones de los toreros extranjeros, que dió origen a la detención de las Juntas directivas de Matadores y Novilleros. Los que siguieran entonces la marcha de tan importantes acontecimientos taurinos recordarán la aparatosa salida de la cárcel de Marcial

Lalanda, que fué arrebatado en hombros por sus compañeros y conducido de esta forma hasta el local de la Asociación, entre vivas y aclamaciones, precisamente cuando García de Mesa lo llevaba desde el Rastrillo al coche que los esperaba. Estos y otros episodios señalan de manera indeleble su labor de ayer; en la de hoy figura el proyecto de restaurar la corrida extraordinaria de la Cruz Roja este mismo año; proyecto a realizar en colaboración con el conde de Colomí y los miembros de la Asamblea Suprema de la Cruz Roja. Después de oír tan interesante noticia de sus labios, preguntamos a García de Mesa el origen de su afición a los toros. Y nos contesta:

—En Sanlúcar de Barrameda, mi pueblo natal, se constituyó por los años de 1908 ó 1909 una Sociedad organizadora de espectáculos taurinos, no con miras interesadas, sino para contribuir al realce y esplendor de los festejos veraniegos. De esta Sociedad fué nombrado secretario mi padre. Debutó la Empresa con la cuadrilla de Niños Sevillanos «Gallito» y «Limeño», con el infantil «Pacorro» de sobresaliente. Con otros amigos de mi edad —pirvulos todos entonces—, acodados sobre el capote de paseo de «Pacorro», ocupando magníficas barreras, fuimos «presentados» a la afición y presenciamos la primera corrida. Los espadas, tan juveniles, estuvieron muy bien; sobre todo «Gallito», a cuyo partido me adscribí para siempre. «Pacorro» hizo un quite maravilloso. Aquel espectáculo me produjo una impresión imborrable. En mi vida de esclerlar más de una vez estimulé mi aplicación al ofrecimiento de ser recompensado viendo una corrida.

—¿Qué le interesa más: el torero o el toro?

—El toro es el elemento básico de la Fiesta, su nervio y fundamento, interrogante siempre a la vista a la ansiedad del lidiador y del aficionado; el misterio y el secreto de cada corrida. A las cualidades del toro debe adaptarse la labor inteligente del torero para dominar los instintos de la res con mayor o menor lucimiento y brillantez, según su inspiración, su valor, su técnica y su arte. La conjunción de torero y toro es la Fiesta. La bravura y nobleza de un toro aprovechadas por la inteligencia y el valor del torero, los motivos de mayor plasticidad que pueden darse en tan magnífico espectáculo.

—¿Qué es lo que más le gusta de una corrida?

—En primer término, que no haya cogidas ni accidentes. Después, que concluya el festejo con satisfacción para el público, para los toreros, para la Empresa y para el ganadero. Por último, que cada nuevo espectador de una corrida se haga un buen aficionado, convencido y conquistado por la grandiosidad de la Fiesta. En cuanto a suertes, considero que todas las de la lidia tienen su mérito, su eficacia, su riesgo, su atractivo, aunque sobresalga la importancia del último tercio, sobre todo cuando una buena faena de muleta es coronada con limpieza, gallardía y acierto. Permítame una expansión que acaso constituya para la «cátedra» —a la que rindo homenaje de subordinación y respeto— un peccadillo taurino: he firmado tres veces mi petición a la del público que solicitaba la oreja cuando el matador montaba la espada a Marcial, a «Mianoleto» y a Luis Miguel. Y observe la coincidencia: las tres veces fué merecidamente otorgada aquel galardón.

—¿Dónde prefiere el toreo, en el campo o en la Plaza?

—Estimo que se diferencian totalmente las faenas taurinas camperas de los espectáculos taurinos en las Plazas. Aquéllas tienen mayor encanto y éstos más emoción. El toreo en el campo es sólo para los profesionales y para los buenos aficionados muy entendidos. Se puede ser muy aficionado —como somos la mayoría— y carecer de la competencia adecuada para ahondar en la solera de la Fiesta. En general, tiene más interés el toreo en la Plaza. La animación, bullicio y colorido; el montaje de la Fiesta en la Plaza no tiene semejanza con nada.

—¿Qué es lo que más impresión le ha hecho durante su vida de aficionado?

—Un susto enorme que recibí en cierta ocasión. El año 1929 organizó una comida la Empresa de Madrid, que se celebró en el centro del ruedo. A los postres se abrió el portón de los sustos y nos enfiló



un becerrote que nos puso en fuga. Con el miedo parecía que la barrera se alejaba y nunca llegábamos a ella. Cuando alcanzamos los butleros nos encontramos con que por dentro del callejón «circuleña» un novillo bastante respetable. Y aquí los apuros. Otra vez en el ruedo, entre Marcial, Bienvenida y Márquez me echaron el becerro encima, y muertos de risa, se negaban a hacerme el quite, forzándome a darle dos naturales al becerro con el sombrero. Apenas inicié el tercero, me enganché, me volteó, me pisoteó y me mordió. Gracias a Esteban Salazar pude librarme del enemigo. Al día siguiente me preguntaban Marcial, Márquez y Mandó Bienvenida si estaba dispuesto a alternar con ellos. Pero me vengué manifestándoles que les había puesto el «veto» y que en la vida torearía conmigo. Marcial me regaló un capote, Márquez una muleta y Bienvenida unas zapatillas. Por fin hicimos las paces.

—¿Cuál es la mejor corrida que ha visto?

—He presenciado muchas buenas corridas. Acaso influya en ello mi natural predisposición más inclinada a la benevolencia que a ser exigente; un lidiador puesto delante de un toro me causa un respeto imponente. Lo cierto es que he visto de todo: grandes toreros con toda clase de toros; el éxito fantástico de un torero en una tarde de inspiración; los éxitos episódicos de muchos toreros que hicieron concebir esperanzas de grandes figuras, malogrados por un sin fin de circunstancias; he convivido con las grandes figuras de los últimos años. Sería difícil destacar cual ha sido la mejor corrida que he presenciado. Sin embargo, conservo un recuerdo, no de la mejor, sino de una tarde en que la voluntad de un torero y la vergüenza y pundonor profesional del mismo le hicieron dar remate a una corrida en que, por accidente de sus compañeros, tuvo que estoquear ocho tremendos Palhas con el éxito y arte que aquel novillero sin ambiciones ponía a contribución todas sus tardes.

—¿Qué toreros son los que usted prefiere?

—Cada torero tiene su característica manera de concebir y ejecutar el arte de «Cúcharas». Mis preferencias, son para los que realizan todas aquellas suertes dentro de los más puros cánones que marcan las dos escuelas.

—¿Qué cree usted que hace falta para que una corrida sea perfecta?

—Lo primero, y como elemento indispensable, que haya toro. Después, que cada diestro, consciente de su responsabilidad, ponga lo demás.

—¿Existen en la actualidad elementos para que resulte así?

—Ya lo creo; nunca hubo tan gran cantidad de toreros de calidad excepcional como actualmente. Y en cuanto al ganado, ya está lidiando el toro tal como lo desea la buena afición.

PILAR YVARS



Representantes: B. ANTONIO LOZANO
Francisco Ramirez, 7. - MADRID

LOS MONOSABIOS

A ustedes le son simpáticos los monosabios? A mí, sí. ¡No frunza usted el ceño, señor aficionado intransigente! Ya sé que en muchas ocasiones se extralimitan en sus funciones y obligan a un toro mansurrón a tomar una vara que maldita la gana que tiene de tomarla; que estorban con su movilidad, y a veces con su oficiosidad, el normal desarrollo de la lidia; que pretenden apurar indebidamente las escasas fuerzas de un caballo; que su trato con estos pobres animales no es dulce y benévolo. Conformes. Pero, a pesar de ello, el monosabio es indispensable en la inevitable suerte de varas, y su figura y actuación muy simpática en el ruedo.

El monosabio, ante todo, es valiente. Algunos toreros, y bastantes picadores, han salido de entre ellos. De los matadores antiguos, recuerdo a Felipe García, y de entre los modernos, Fausto Barajas. Esta dinastía de los Barajas, aun en auge, procedió toda de monosabios, y su más notorio miembro, el actual y gran picador, los domingos que no torea, por la arena madrileña se ve su corpulento corpachón auxiliando a sus compañeros. La valentía del monosabio se evidencia, sobre todo, en las hoy poco frecuentes caídas al descubierto. Muchas veces, su colaboración y su arrojo le permiten hacer el quite a cuerpo limpio, llevándose al toro a golpes de su varita en el testuz y saliendo por pies, muy limpia y toreramente.

Cuando ya uno a los toros, acompañando a un extranjero o a una señorita de escasa afición taurina, son de temer las preguntas que continuamente hacen, casi todas adjetivas a la Fiesta propiamente dicha.

—Oye, ¿y por qué el matador, siempre que se acerca a la barrera, bebe agua?

—Porque se le seca la boca.
—¿De qué, del polvo?
—No, del miedo.
—¡Ay, qué gracia!
—¿Tú no has tenido miedo nunca?

—Yo, no.
En seguida habrán comprendido ustedes que esta conversación se mantuvo con una señorita. Las señoritas nunca tienen miedo a nada.

Una vez, un extranjero me dijo en la Plaza: dijo en la Plaza:

—Lo comprendo todo, menos el papel de los monosabios.

—Pues a pesar de ser secundario, es importante.

—No lo dudo. Pero lo que no entiendo es el por qué, si son capaces de estar cerca del toro, no son toreros. Mire usted ése que lleva del ronzal al caballo y se dirige recto hacia el toro. Su peligro es grande. No tiene la defensa de la capa. Bien es verdad que en cuanto el toro avanza suelta la cuerda y sale corriendo; pero esto no obstante, para hacerlo se necesita valor, y no escaso.

—Es que para ser torero se necesita valor; pero también es preciso el arte.

—¡Oh, el arte! Por lo que he visto, no creo en el arte del torero. Viene a ser igual que el del monosabio.

—¡Hombre!

—Perdone usted. Me explicaré mejor. Una corrida de toros, como espectáculo, es incomparable. En cuanto a colorido y vistosidad, no hay nada en el mundo que pueda oponérsele. Si arte es la habilidad, la disposición para hacer alguna cosa, indudablemente el torero



es un artista; pero, según esto, también lo es el monosabio.

—Pero a una corrida le suprime usted los monosabios y no pasa nada. En cambio, quita usted los toreros y no hay corrida.

—Evidente. Pero insisto. En las pocas corridas que he presenciado, sentí emoción, pero no artística. Sentí la sensación de que un hombre está en peligro y lo burla.

—Ahí está el arte.

—Desde luego; pero, entonces, no me podrá pegar usted que el monosabio pelagra y asimismo lo burla, eso sí, con menos gallardía y majeza.

No le pude convencer. Siguió en sus trece.

—Lo que me parece bien es que los monosabios no vayan vestidos de oro o plata. Su indumentaria, roja y azul, es esa pincelada genial de los grandes maestros para obtener un contraste, para resaltar un efecto. Al paseo, ¡tan bello!, sin el desfile final de los monosabios, le faltaría algo.

—En eso quizá tenga usted razón.

Dejando aparte disquisiciones de extranjeros, los monosabios, que de siempre han estado al lado de los picadores, cumplen una función muy simpática y hasta benéfica. ¡Oh, aficionado intransigente!

ANTONIO DIAZ-CARABATE

“ROVIRA”, el triunfador de América

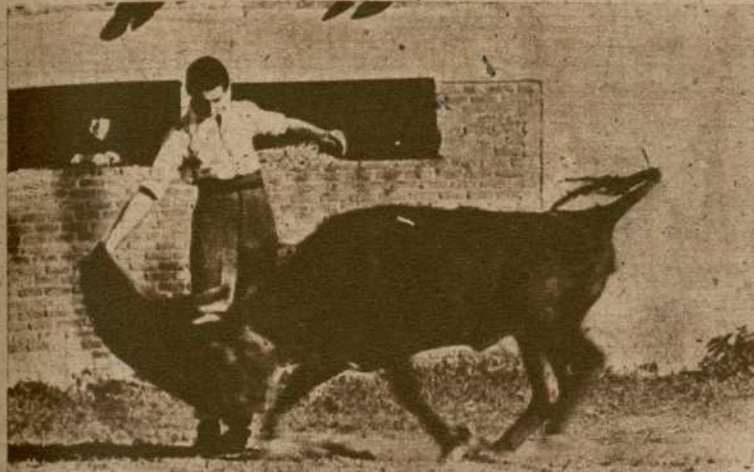


Como en España, ha sido “ROVIRA” la sensación de la temporada en América. Sus actuaciones han sido las más apasionantes y espectaculares. Sus triunfos, de clamor. Tanto, que —también como en España— han desbordado el ámbito de las Plazas de toros. La foto que ilustra estas líneas muestra a “ROVIRA” por las calles de Lima, luego de uno de sus éxitos clamorosos, inigualados a lo largo de toda la campaña taurina americana

TIENTA en la GANADERIA del DUQUE de TOVAR



El genial pintor de los toros don Roberto Domingo, acompañado de los populares aficionados señores Angel Ramo, Julián Rojo, Valentín Semovilla, el novillero Santiago Benito, «Niño del Rocío» y el fotógrafo Cano, en la tintera recientemente celebrada en la ganadería del duque de Tovar



El joven novillero Santiago Benito, «Niño del Rocío», en un muletazo de los que, por su quietud, su arte y su temple, es de los que llevan sello de una figura del toreo. Como este muletazo, ejecutó varios este muchacho en el tentadero del duque de Tovar, celebrado recientemente

El pasado sábado pronunció una conferencia en el Club Taurino Madrileño el ganadero don Manuel Aleas. Fué presentado por «Curro Meloja». El señor Aleas se refirió a los problemas referentes a la crianza y explotación del toro bravo. El señor Aleas fué muy aplaudido al final de su documentada charla.

—En la feria de Sevilla de este año se evoca su centenario y se cuidan dos aspectos principales: el típico y popular y el taurino. En el primero, el homenaje a la feria ha plasmado en que preside la instalación del recinto de la feria, sobre todo en las casetas, el perfil costumbrista de cuando se fundó el feriado en el siglo pasado, conjugado con un señorío llano. En el orden taurino, el homenaje ha tenido una exacta expresión en la creación de la llamada «Torre de los toreros», que tiene treinta y siete metros de altura, con tres cuerpos, y que está levantada a la entrada del feriado, en el sitio donde luce la vieja pasarela. La «Torre de los toreros» representa la tradición taurina de Sevilla y el homenaje de su afición a la feria del centenario. Aparte de otras alegorías y símbolos alusivos a la Fiesta Nacional, en las distintas caras de la torre irán colocadas doce cabezas de toros que, por su bravura y nobleza, constan como célebres en los anales taurinos. Todos fueron lidiados en la Plaza de la Maestranza. Entre esos doce toros destacan los llamados «Cardenillo», de don José Anastasio; «Podenco», de Miura; «Primoroso», de don Joaquín Pérez de la Concha; «Estudiante», de doña Carmen de Federico; «Artillero», de Concha y Sierra; «Moruno», de Pablo Romero, y «Lametón», de Parladé. «Cardenillo», «Podenco» y «Primoroso» tomaron, respectivamente, 27, 19 y 26 puyazos. El primero mató ocho caballos. «Podenco» fué muerto al volapié por Mazzantini, y «Primoroso» fué estoqueado por «Lagartijo». Joselito («El Gallo») lidió magistral-

POR ESPAÑA Y AMERICA

La «Torre de los toreros» en la feria de Sevilla. - Cogida grave de Juan Martínez en Zaragoza. - Un acomodador herido de gravedad en Valencia. - Llega a España Rodolfo Gaona

mente en la corrida de la Prensa a «Estudiante». «Reverte» estoqueó al toro «Artillero», que dió una lidia extraordinaria, y Pascual Márquez, en la época contemporánea, estoqueó a «Moruno», de Pablo Romero, en la corrida que tomó la alternativa. «Moruno», en canal, pesó 400 kilos. A «Lametón», de Parladé, le lidió en una corrida, mano a mano con Juan Belmonte, Joselito («El Gallo»), cortando el trianero las dos orejas y el rabo. Fué ésta la última corrida que aquél toreó en la Maestranza, pues días después ocurría la tragedia de Talavera de la Reina. El público sevillano ha acogido con gran simpatía este monumento homenaje de la feria, que recuerda la tradición taurina de Sevilla con una de sus notas más interesantes.

—El domingo hubo corrida de toros en Madrid y en Irapuato (Méjico), y varias novilladas.

—En Irapuato: Mala entrada. Toros de Torrecilla. «Armillita» y Luis Procuna, mano a mano. «Armillita» cortó oreja y rabo en el primero y cumplió en los otros dos. Luis Procuna dió la vuelta al ruedo en su primero y oyó los tres avisos en el cuarto; pero como no fué posible retirar el toro al corral ni apuntillarlo, lo mató Procuna de varios pinchazos. En el sexto se lució en los dos primeros tercios y estuvo breve con muleta y estoque.

—En Valencia: Novillos de María Teresa Oliveira. Medla entrada. Joselito Moreno, vuelta al ruedo y breve. Antonio Caro, bien en los dos. Paco Honrubia cumplió. Finalmente, se lidió un sobrero de las corridas falleras, que despachó discretamente Gavira. El quinto novillo cogió al acomodador José Franco Jiménez, que estuvo remiso en saltar el callejón, que ingresó en la enfermería con una herida contusa en la cara-postero-interna del muslo derecho, de treinta centímetros de extensión y que se extiende hasta la región glútea, con orificio de salida a nivel de la base del triángulo scarpa, interesando la piel, tejido celular y músculo de la región postero-interna, con destrozo en el cuadriceps femoral en un trayecto de cinco centímetros; intensa hemorragia y contusiones en las regiones superciliar izquierda y frontal y conmoción cerebral. Pronóstico muy grave. Al herido le fueron administrados los Santos Sacramentos. Después de curado, fué trasladado al Hospital Provincial.

—En Zaragoza: Novillos de Isaías y Tulio Vázquez. Juan Martínez fué ovacionado en el primero. Al hacer un quite en el segundo, fué cogido. Sufró una cornada en la región superior interna del triángulo scarpa de la pierna izquierda, que interesa piel y tejido celular, con opresión de las venas femorales. Pronóstico grave. Manolo González fué ovacionado en los tres que mató. Juan Zamora, ovación y ovación.

—En la Línea: Novillos de Isaías y Tulio Vázquez. «Joselete», ovacionado en el primero, fué cogido por el cuarto. Este novillo, que había sido fogueado, fué retirado al corral a petición del público. «Joselete» sufrió varios varetazos y fuerte conmoción cerebral. Torrecillas, oreja en uno y vuelta al ruedo en otro. Al Gómez fué cogido al entrar a matar y sufre una cornada grave en el muslo derecho. El novillo fué despachado por Torrecillas.

—En Huelva: Novillos de Hidalgo Hermanos. Pepe Barrera, voluntarioso, oyó dos avisos en su segundo. «Costillares», vuelta al ruedo y un aviso. Posada, vuelta al ruedo y dos orejas y rabo.

—En Málaga: Novillos de Ortuño. Los hermanos «Pepete», voluntariosos y lucidos. Antonio sufre un puntazo en la boca y diversas contusiones.

—En Alcoy: Novillos de Galache. Marimén Giamar no pudo lucirse. Pedro Mesas, vuelta al ruedo en el primero. Despachó el segundo brevemente por cogida de Marcilla, y estuvo pesado con el pincho en el tercero. Marcilla, que mató el cuarto, fué aplaudido.

—En Villanueva del Arzobispo: Novillos de Raúl Larros. Miguel Martín, «Minuto», oreja y vuelta. Enrique Vera, oreja y vuelta.

—Se suspendieron por lluvia las novilladas anunciadas en Barcelona y Alicante. Han llegado a Madrid, de regreso de su gira por América, los matadores de toros «Parrilla» y Paco Muñoz.

—Procedente de Cherbungo ha llegado a San Sebastián el que fué famosísimo matador mejicano Rodolfo Gaona. El jueves llegará a Madrid, y desde aquí se trasladará a Sevilla para presenciar las corridas de feria.

S. B.

Anís **Mazabini**

Obtenido por depuradísima destilación de grano de anís, escogido entre las clases más selectas y científicamente combinadas. He aquí el secreto de la excelsa calidad de este supremo anís.

DELEITA EL PALADAR



Pepe Luis Vázquez



Luis Miguel



Antonio Bienvenida



Parrita

LOS CARTELES TAURINOS DE LA FERIA SEVILLANA

DIA 18

SEIS TOROS

del marqués de Villamarta

ESPADAS:

GITANILLO DE TRIANA

ANDALUZ

y

ANTONIO BIENVENIDA

DIA 19

SEIS TOROS

de Echórzuez

ESPADAS:

PEPE LUIS VAZQUEZ

LUIS MIGUEL DOMINGUIN

y

PARRITA

DIA 20

SEIS TOROS

de Sánchez Cobaleda

ESPADAS:

PEPE LUIS VAZQUEZ

PARRITA

y

CHONI

Sevilla ha lanzado su pregón taurino de primavera. Respondiendo al prestigio de su abolengo, a su tradición magnífica, los carteles de las corridas de Feria de este año compendian, certeramente combinados, las máximas atracciones que en toreros y en toros se pueden hoy ofrecer a la afición de toda España, para la que el ruedo de la Plaza de la Maestranza es cuna legendaria y crisol de glorias taurinas:

DIA 21

SEIS TOROS

de Miura

ESPADAS:

PEPE LUIS VAZQUEZ

LUIS MIGUEL DOMINGUIN

y

PARRITA

DIA 22

SEIS TOROS

de Carlos Núñez

ESPADAS:

ANDALUZ

LUIS MIGUEL DOMINGUIN

y

PARRITA

DIA 23

SEIS TOROS

de Antonio Pérez, de San Fernando

ESPADAS:

PEPE LUIS VAZQUEZ

PEPE DOMINGUIN

y

LUIS MIGUEL DOMINGUIN

DIA 24

SEIS NOVILLOS

de doña María Luisa Domínguez y Pérez de Vargas

ESPADAS:

RAFAEL VAZQUEZ

CARDEÑO

y

DIAMANTE NEGRO

DIA 25

Corrida organizada por la Real Maestranza de Sevilla para conmemorar el centenario de la Feria:

SEIS TOROS,

uno de cada ganadería anunciada en las seis primeras corridas

ESPADAS:

PEPE LUIS VAZQUEZ

LUIS MIGUEL DOMINGUIN

y

ANTONIO BIENVENIDA

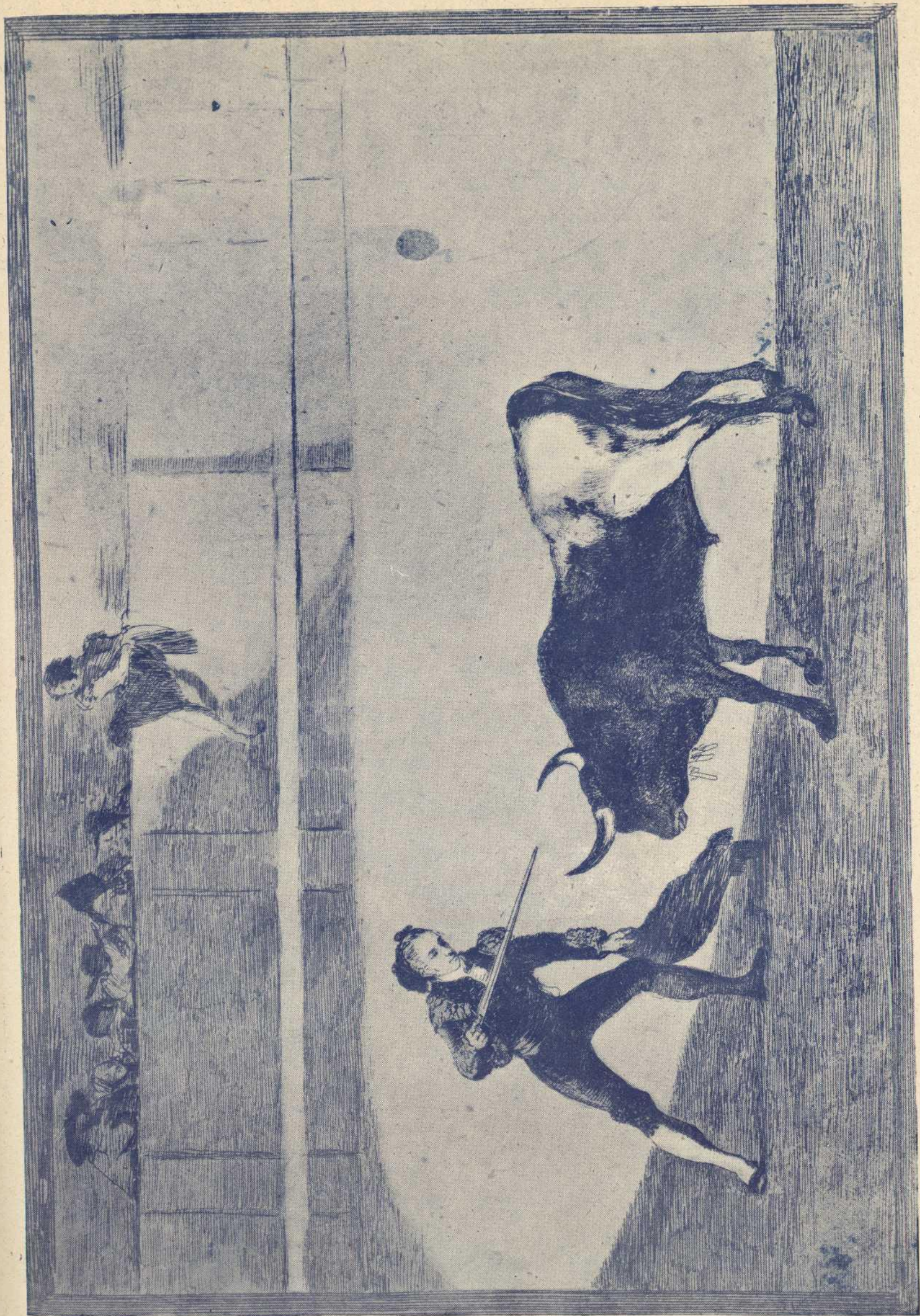
Andaluz

Gitanillo de Triana

El Choni

Pepe Dominguín





«Pedro Romero matando a toro parado» (De «La Tauromaquia», de Goya)

FRASES CELEBRES TAURINAS

EL GUERRA DIJO:

*Primero yo,
despues de mí,
despues "naide"...*



IBERIA

LA MEJOR HOJA DE AFEITAR